

# MORAL Y POLÍTICA

Albert Camus

Es preferible morir a odiar y temer, es preferible morir dos veces a hacerse odiar y temer; tal ha de ser, algún día, la suprema máxima de toda sociedad organizada políticamente. *F. Nietzsche.*

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

Este volumen resume la experiencia de un escritor envuelto durante cuatro años en la vida pública de su país. Se encontrarán en él una selección de los editoriales publicados en *Combat* hasta 1946 y una serie de artículos o testimonios suscitados por la actualidad de 1946 a 1948. Se trata, pues, de un balance.

Esta experiencia se salda, como es habitual, con la pérdida de algunas ilusiones y el fortalecimiento de una convicción más profunda. Solamente me he cuidado, como debía, de que mi elección no ocultara posiciones que se me han hecho ajenas. Algunos de los editores de *combat*, por ejemplo, figuran aquí, no por su valor, a menudo relativo, ni por su contenido, con el que, a veces, no estoy de acuerdo, sino porque me han parecido significativos. Uno o dos entre ellos, en verdad, los releo hoy no sin malestar o tristeza y los reproduzco con esfuerzo. Pero este testimonio no soportaba ninguna omisión.

De esta manera creo haber tenido en cuenta mis injusticias. Se podrá de manifiesto que he dejado hablar, al mismo tiempo, una convicción que, ella al menos, no ha variado. Y, para terminar, he tenido en cuenta la fidelidad y la esperanza. Por no negar nada de lo que se ha pensado y vivido en nuestra época, por testimoniar la duda y la certidumbre, por consignar el error que, en política, acompaña a la convicción como su sombra, este libro permanecerá fiel a una experiencia que fue la de muchos franceses y europeos. En tanto que la verdad se acepte por lo que es y tal como es, aunque sea por un solo espíritu, habrá lugar para la esperanza.

He aquí por qué no apruebo a ese escritor talentoso que, recientemente invitado a una conferencia sobre la cultura europea, rehusó su concurso declarando que esa cultura, ahogada entre dos imperios gigantescos, había muerto. Es verdad, sin duda, que una parte al menos de esa cultura murió el día en que ese escritor concibió tal pensamiento. Pero, aunque este libro esté integrado por escritos ya antiguos, en cierta medida es una respuesta, me parece, a ese pesimismo. La verdadera desesperanza no nace ante una obstinada adversidad, ni en el agotamiento de una lucha desigual. Proviene de que no se perciban más razones para luchar e, incluso, de que no se sepa si hay que luchar. Las páginas que siguen afirman simplemente que si bien la lucha es difícil, las razones para luchar, al menos, permanecen siempre claras.

---

\* Traducción: Rafael Aragón. Digitalización: KCL.

## LA LIBERACIÓN DE PARÍS

### LA SANGRE DE LA LIBERTAD

En la noche de agosto París dispara todas sus bales. En este inmenso escenario de piedras y de agua, alrededor de este río de olas cargadas de historia, se han levantado una vez más las barricadas de la libertad. Una vez más la justicia debe comprarse con la sangre de los hombres.

Conocemos demasiado esta lucha, estamos muy envueltos en ella, en cuerpo y alma, para aceptar sin amargura esta terrible condición. Pero también conocemos demasiado lo que se juega en ella y su verdad para rehusar el difícil destino que debemos afrontar solos.

El tiempo dará testimonio de que los hombres de Francia no querían matar y de que entraron con las manos limpias en una guerra que no eligieron. Es preciso, pues, que sus razones hayan sido inmensas para que empuñaran de pronto los fusiles y disparar sin cesar, en la noche, contra soldados que creyeron durante dos años que la guerra era fácil.

Sí, sus razones son inmensas. Tienen la dimensión de la esperanza y la hondura de la rebelión. Son las razones del porvenir para un país al que se ha querido mantener durante tanto tiempo en la rumia morosa del pasado. París lucha hoy para que Francia pueda hablar mañana. El pueblo está en armas esta noche porque espera una justicia para mañana. Algunos dicen que no vale la pena luchar y que con paciencia París será liberado sin gran costo. Es que intuyen confusamente cuántas cosas están amenazadas por esta insurrección, cosas que seguirían en pie si todo pasara de otra manera.

Es necesario, por el contrario, que esto quede bien claro: nadie puede pensar que una libertad, conquistada durante estas convulsiones, tendrá el aspecto tranquilo y domesticado que algunos gustan soñar. Éste es el terrible alumbramiento de una revolución.

No se puede esperar que hombres que han luchado cuatro años en silencio y día enteros entre el fragor del cielo y de los fusiles consientan en ver retornar las fuerzas de la renuncia y de la injusticia, bajo cualquier forma que sea. No se puede esperar que acepten, ellos que son los mejores, hacer nuevamente lo que han hecho durante veinticinco años los mejores y los puros: amar en silencio a su país y despreciar en silencio a sus jefes. El París que lucha esta noche quiere dirigir mañana. No por el poder, sino por la justicia; no por la política, sino por la moral; no por la dominación de su país, sino por su grandeza.

Nuestra convicción no es que esto se realizará, sino que se realiza ya, en el sufrimiento y la obstinación del combate. Por ello, por encima del dolor de los hombres, a pesar de la sangre y de la ira, a pesar de los muertos irremplazables, de las heridas injustas, de las balas ciegas, no hay que pronunciar palabras de dolor, sino palabras de esperanza, de una terrible esperanza de hombres a solas con su destino.

Este enorme París negro y cálido, con sus dos tormentas, en el cielo y en las calles, nos parece, en fin, más iluminado que aquella Ciudad Luz que nos envidia el mundo entero. Estalla con la luz de la esperanza y del dolor, tiene la llama del coraje lúcido y todo el resplandor, no sólo de la liberación, sino también de la libertad cercana.

(*Combat*, 24 de agosto de 1944).

## LA NOCHE DE LA VERDAD

En tanto las balas de la libertad silban aún en la ciudad, los cañones de la liberación franquean las puertas de París, en medio de las aclamaciones y de flores. En la más hermosa y más cálida de las noches de agosto, el cielo de París mezcla las estrellas de siempre, las balas rasantes, el humo de los incendios y los multicolores fuegos de artificio del regocijo popular. En esta noche sin igual concluyen cuatro años de una historia monstruosa y de una lucha indecible en la que Francia se enfrentó con su vergüenza y su furor.

Quienes no desesperaron nunca de sí mismos no de su país encuentran bajo este cielo su recompensa. Esta noche vale todo un mundo, es la noche de la verdad. La verdad en armas y en lucha, la verdad de la fuerza después de haber sido durante tanto tiempo la verdad de las manos vacías y el pecho descubierto. La verdad está por doquier esta noche en que pueblo y cañón ruge al unísono. Es la voz misma de este pueblo y de este cañón, tiene la faz triunfante y extenuante de los combatientes de la calles, bajo las heridas y el sudor. Sí, es realmente la noche de la verdad, de la única verdad válida, la que anhela luchar y vencer.

Hace cuatro años, unos hombres se irguieron en medio de los escombros y la desesperación y afirmaron con tranquilidad que nada estaba perdido. Dijeron que había que continuar y que las fuerzas del bien podían siempre triunfar sobre las fuerzas del mal a condición de pagar el precio. Ellos pagaron el precio. Ese precio, sin duda, fue elevado, tuvo todo el peso de la sangre, la horrible pesantez de las prisiones. Muchos de esos hombres han muerto, otros viven desde hace años entre muros ciegos. Era el precio que había que pagar. Pero esos mismos hombres si pudieran, no nos reprocharían esta terrible y maravillosa alegría que nos colma como una marea.

Pues esta alegría no les es infiel. Al contrario, los justifica y les dice que tuvieron la razón. Unidos durante cuatro años en el mismo sufrimiento, lo estamos aún en la misma embriaguez, hemos ganado nuestra solidaridad. Y nos damos cuenta, con asombro, en esta noche inquietante, de que durante cuatro años jamás estuvimos solos. Vivimos los años de la fraternidad.

Aún nos esperan duros combates. Pero la paz volverá esta tierra desgarrada y a los corazones torturados de esperanzas y recuerdos. No se puede vivir siempre de muertes y de violencia. Ya llegará el tiempo de la felicidad, de la legítima ternura. Pero esta paz no nos hallará olvidadizos. A algunos de nosotros, la cara de nuestros hermanos desfigurados por las balas y la gran fraternidad viril de estos años no nos abandonarán jamás. Que nuestros camaradas muertos guarden para sí esta paz que se nos promete en la noche anhelante y que ellos ya han conquistado. Nuestra lucha será la suya.

A los hombres nada les es dado y lo poco que pueden conquistar se paga con muertes injustas. Más la grandeza del hombre no está allí. Está en su decisión de ser más fuerte que su condición. Y si su condición es injusta, hay una sola manera de superarla: ser justo él mismo. Nuestra verdad de esta noche, la que planea en el cielo de agosto, constituye precisamente el consuelo del hombre. Y la paz de nuestro corazón como la de nuestros camaradas muertos, es poder decir ante la victoria reconquistada, sin espíritu de desquite ni de reivindicación: "Hicimos lo que había que hacer".

(*Combat*, 25 de agosto de 1944).

## EL TIEMPO DEL DESPRECIO

Treinta y cuatro franceses torturados, después asesinados en Vicennes: palabras que no dicen nada si la imaginación no añade lo suyo. ¿Y qué ve la imaginación? Dos hombres frente a frente, uno se apresta a arrancarle las uñas al otro, que lo mira.

No es la primera vez que imaginamos estas escenas insoportables. En 1933 comenzó una época que uno de nuestros hombres más grandes llamó, con justicia, el tiempo del desprecio. Y durante diez años, con cada noticia de que seres desnudos y desarmados había sido pacientemente mutilado por hombres cuyo rostro es como el nuestro, se nos trastorna la cabeza y nos preguntamos cómo era posible.

Sin embargo, era posible. Durante diez años fue posible y hoy, como para advertirnos que la victoria de las armas no es todo, hay todavía camaradas despedazados, miembros destrozados y ojos aplastados a taconazos. Y los que tal hicieron eran capaces de ceder su asiento en el subterráneo, así como Himmler, que hizo de la tortura una ciencia y un oficio, entraba sin embargo en su casa, de noche, por la puerta trasera para no despertar a su canario favorito.

Sí, todo esto era posible, lo vemos demasiado bien. Pero sí tantas cosas lo son, ¿por qué haber elegido hacer ésa antes que otra?

Porque se trataba de matar al espíritu, de humillar las almas. Cuando alguien cree en la fuerza, conoce bien a su enemigo. Mil fusiles apuntándole no impedirán que un hombre crea en su fuero íntimo en la justicia de una causa. Y si muere, otros hombres justos dirán “no” hasta que la fuerza se canse. Entonces matar al justo no alcanza, es menester matar su espíritu para que el ejemplo de un justo que renuncia a la dignidad del hombre desaliente a todos los justos y a la justicia misma.

Desde hace diez años, un pueblo se ha dedicado a esta destrucción de las almas. Estaba seguro de su fuerza como para creer que el alma era, en adelante, el único obstáculo, y que había que ocuparse de ella.

De ella se ocuparon, y para su desdicha a veces tuvieron éxito. Sabían que hay siempre una hora del día o de la noche en que el más valeroso de los hombres se siente cobarde.

Supieron siempre esperar esa hora. Y en esa hora buscaron el alma a través de las heridas del cuerpo y la volvieron hosca y demente y, a veces, traidora y mentirosa.

¿Quién se atrevería a hablar aquí de perdón? Ya que el espíritu ha comprendido por fin que no podía vencer a la espada más que con la espada, ya que tomó las armas y alcanzó la victoria, ¿quién podría pedirle que olvide? Mañana no hablará el odio, sino la justicia misma basada en la memoria. Y es justicia, la más eterna y sagrada, perdonar, quizás, en nombre de todos los que, entre nosotros, han muerto sin haber hablado, con la paz superior de un corazón que jamás traicionó: pero también es justicia castigar terriblemente en nombre de los más animosos de los nuestros a los que se hizo cobardes degradando su alma, y que murieron desesperados llevando en su corazón, devastado para siempre, odio a los demás y desprecio por sí mismos.

(*Combat*, 30 de agosto de 1944).

## PERIODISMO CRÍTICO

### CRÍTICA DE LA NUEVA PRENSA

Ya que, entre la insurrección y la guerra, tenemos hoy una pausa, querría hablar de algo que conozco bien y me interesa muchísimo: la prensa. Y ya que se trata de esta prensa nueva, surgida de la batalla de París, querría hablar de ella con la fraternidad y clarividencia que se les deben a camaradas de lucha.

Cuando redactábamos nuestros periódicos en la clandestinidad, lo hacíamos naturalmente sin adornos y sin declaraciones de principios. Pero sé que con todos nuestros camaradas de todos los periódicos teníamos una gran esperanza secreta. La esperanza de que esos hombres que habían recorrido peligros mortales en nombre de ideas que les eran caras, sabrían darle a su país la prensa que merecía y que ya no tenía. Sabíamos por experiencia que la prensa de preguerra había perdido sus principios y su moral. El apetito del dinero y la indiferencia por la grandeza habían operado al mismo tiempo para dar a Francia una prensa que, con raras excepciones, no tenía otro propósito que acrecentar el poder de algunos, ni otro efecto que envilecer la moral de todos. No fue, pues, difícil a esta prensa convertirse en lo que fue de 1940 a 1944: la vergüenza del país.

Nuestro deseo, tanto más profundo cuanto que en general no lo expresábamos, era liberal los periódicos del ansia de lucro y darles un tono y una verdad que apuntaban a lo que hay de más elevado en el público. Pensábamos entonces que un país vale a menudo lo que vale su prensa. Y si es verdad que los periódicos son la voz de una nación, estábamos decididos, desde nuestro puesto y en cuanto modestamente pudiéramos, a elevar nuestro país elevando su lenguaje. Con razón o sin ella, es éste el motivo por el que muchos de los nuestros murieron en condiciones inimaginables, en tanto otros sufren la soledad y los peligros de la prisión.

En realidad, nosotros no hemos hecho más que ocupar locales donde armamos periódicos que publicamos en plena batalla. Fue una gran victoria y, desde este punto de vista, los periodistas de la Resistencia demostraron un coraje y una voluntad que merecen el respeto de todos. Pero, y quiero disculparme por decirlo en medio del entusiasmo general, es poco, puesto que todo queda por acometer. Hemos conquistado los medios para realizar la revolución profunda que deseábamos, pero aún falta que la realicemos realmente. Y, para decirlo de una vez, la prensa liberada, tal como se presenta en París después de una decena de números, no es muy satisfactoria.

Quisiera que se interprete bien lo que me propongo decir en este artículo y en los que seguirán. Hablo en nombre de la hermandad de lucha y no aludo aquí a nadie en particular. Las críticas que se pueden formular se refieren a toda la prensa sin excepción, y nosotros nos incluimos. Se podrá argumentar que esta crítica es prematura, que hay que dar tiempo a nuestros periódicos para organizarse antes de hacer este examen de conciencia. La respuesta es "no".

Estamos bien ubicados como para conocer las increíbles condiciones en que fueron confeccionados nuestros periódicos. Pero la cuestión no es ésta. El problema está en un cierto tono que puede haberse adoptado desde el comienzo y que no se adoptó. Es importante que esta prensa se examine en el momento mismo en que está formándose, en que va a tomar su aspecto definitivo. Así, sabrá mejor lo que quiere ser y lo será.

¿Qué queríamos nosotros? Un prensa clara y viril, con un lenguaje respetable. Durante años, un artículo podría costar a sus autores la prisión o la muerte, y ellos lo sabían. Es evidente que

para esos hombres las palabras tenían un valor y debían reflexionarse sobre ellas. Esta responsabilidad del periodista ante su público es lo que querían restaurar.

Pero, en el apresuramiento, la cólera o el delirio de nuestra ofensiva, nuestros periódicos pecaron por pereza. En estas jornadas, el cuerpo ha trabajado tanto que el espíritu perdió parte de su vigilancia. Diré ahora en general lo que me propongo detallar después: muchos de nuestros periódicos han retomado fórmulas que parecían caducas y no se han detenido ante los excesos de la retórica o la apelación a cierta sensibilidad cursi que lo más preclaro de nuestros periódicos hacían antes y después de la declaración de la guerra.

En el primer caso, debemos persuadirnos de que sólo calcamos, con una simetría inversa. La prensa de la ocupación. En el segundo caso, retomamos por comodidad fórmulas e ideas que amenazan la moral misma de la prensa del país. Nada de esto es admisible o habrá que renunciar y desesperar ante lo que tenemos por hacer.

Puesto que conquistamos ya los medios para expresarnos, nuestra responsabilidad ante nosotros mismo y el país es total. Lo esencial, y tal es el objeto de este artículo, es que estemos bien advertidos de ello. La tarea de cada uno de nosotros es pensar bien lo que nos proponemos decir, modelar poco a poco el espíritu de nuestros periódicos, escribir cuidadosamente, y no perder jamás de vista esta inmensa necesidad de dar al país su voz auténtica. Si logramos que esa voz sea la de la energía y no la del odio; de la altiva objetividad y no de la retórica; de la humanidad más bien que de la mediocridad, entonces mucho se habrá salvado y nosotros no careceremos de mérito.

(*Combat*, 31 de agosto de 1944).

## **EL PERIODISMO CRÍTICO**

Es preciso que nos ocupemos también del periodismo de ideas. La concepción que tiene la prensa francesa de la información, ya lo hemos dicho, podría ser mejor. Se quiere informar rápido en lugar de informar bien. La verdad no se beneficia con ello.

Razonablemente no se puede, entonces, deplorar que los editoriales tomen, en parte, el lugar de la información. Algo al menos es evidente: la información, tal como es provista hoy a los periódicos y tal como éstos la utilizan, no puede prescindir de un comentario crítico. Ésta es la fórmula a la que podría tender la prensa en su conjunto.

Por una parte, el periodista puede ayudar a la comprensión de noticias mediante un conjunto de consideraciones que den su alcance exacto a informaciones cuya fuente e intención no son siempre evidentes. El periodista puede, por ejemplo, en la composición del diario, enfrentar telegramas que se contradicen, y lograr así que uno cuestione al otro. Puede informar al público acerca de la credibilidad que es conveniente atribuir a una información dada sabiendo que emana de tal agencia o de tal corresponsal del exterior. Para dar un ejemplo preciso, es seguro que, de la gran cantidad de corresponsales que mantenían en el exterior las agencias, sólo cuatro o cinco ofrecían las garantías de veracidad que debe exigir una prensa decidida a desempeñar su papel. Le corresponde al periodista, mejor informado que el público, presentarle, con el máximo de reservas, informaciones de las que conoce bien la precariedad.

A esta crítica directa del texto y de las fuentes, el periodista podría agregar artículos, claros y precisos, que pusieran al público al tanto de la técnica de información. Puesto que al lector le interesan el doctor Petiot y la estafa de alhajas, no hay razón inmediata para que no le interese

el funcionamiento de una agencia internacional de prensa. La ventaja estaría en despertar su sentido crítico en lugar de apelar a su inclinación hacia lo fácil. El problema consiste solamente en saber si esta información crítica es técnicamente posible. Mi convicción sobre este punto es afirmativa.

Hay otro aporte del periodista al público. Consiste en el comentario político y moral de la actualidad. Frente a las fuerzas desordenadas de la historia, de las que las informaciones son el reflejo, puede ser positivo señalar día a día, las reflexiones de una personalidad o las observaciones comunes de varias personalidades. Pero esto no puede hacerse desaprensivamente, sin distancias y sin cierta idea de la relatividad. Desde luego, el amor por la verdad no impide tomar partido, más aún, si se ha comenzado a comprender lo que tratamos de hacer en este periódico, el uno no se entiende sin el otro. Pero, en esto como en los demás, hay que encontrar un cierto tono sin el cual todo se desvaloriza.

Para tomar ejemplos de la prensa actual, es cierto que el avance sorprendente de los ejércitos aliados, la gran cantidad de noticias internacionales, la certidumbre de la victoria que reemplaza de pronto a la esperanza infatigable de la liberación, en fin, la proximidad de la paz obligan a todos los periódicos a definir sin dilaciones lo que el país requiere y lo que es. Es por ello que se habla tanto de Francia en sus artículos. Pero, claro está, se trata de un tema que sólo se puede abordar con infinitas precauciones y eligiendo las palabras. Si se pretende retomar los clisés y las frases patrióticas de una época en que se llegó a irritar a los franceses con la sola mención de la palabra patria, no se aporta nada a la definición que buscamos. Al contrario, se le quita mucho. Para tiempo nuevos son necesarias, si no palabras nuevas, al menos un nuevo ordenamiento de palabras. Sólo el corazón y el respeto que inspira el verdadero amor pueden dictar este nuevo enfoque. Solamente así contribuiremos, modestamente, a dotar a este país de un lenguaje que sea escuchado.

Como se ve, esto lleva a pedir que los artículos de fondo tengan fondo y que las noticias falsas o dudosas no sean presentadas como verdaderas. A este conjunto de elementos llamo periodismo crítico. Y una vez más, es necesario un tono y el sacrificio de muchas cosas. Pero alcanzaría, quizás, con que se comenzara a reflexionar sobre todo eso.

(*Combat*, 8 de septiembre de 1944).

## **AUTOCRÍTICA**

Hagamos un poco de autocrítica. El oficio que consiste en definir todos los días, ante la actualidad, las exigencias del sentido común y de la simple honestidad de espíritu entraña cierto peligro.

Por querer lo mejor, se dedica uno a juzgar lo peor y a veces lo que sólo está menos bien. En una palabra, uno puede adoptar la actitud sistemática del juez, del maestro de escuela o del profesor de moral. De este oficio, a la jactancia o a la tontería no hay más que un paso.

Esperamos no haberlo dado. Pero no estamos seguros de haber escapado siempre al peligro de dar a entender que creemos tener el privilegio de la clarividencia y la superioridad de los que no se equivocan jamás. No es así, sin embargo. Tenemos el deseo sincero de colaborar en la obra común mediante el ejercicio periódico de ciertas reglas de conciencia de las que la política, nos parece, no ha hecho uso hasta ahora.

Ésa es toda nuestra ambición y, por supuesto, si bien marcamos los límites de ciertos pensamientos o acciones políticas, también conocemos los nuestros. Sólo tratamos de salvarlos recurriendo a dos o tres escrúpulos. Pero la actualidad es exigente, y la frontera separa la moral del moralismo, incierta, y sucede que, por fatiga o por olvido, se la franquea.

¿Cómo escapar a este peligro? Por la ironía. Pero no estamos ¡ay! En tiempos de ironía. Estamos todavía en tiempos de indignación. Sepamos solamente conservar, suceda lo que sucediera, el sentido de lo relativo y todo se salvará.

Ciertamente, no podemos leer sin irritación, al día siguiente la toma de Metz, y sabiendo lo que ha costado, un reportaje sobre la entrada de Marlene Dietrich en dicha ciudad. Y nos indignamos con razón. Compréndase, sin embargo, que no pensamos que los diarios deban ser forzosamente aburridos. Simplemente no creemos que en tiempo de guerra los caprichos de una estrella sean necesariamente más interesantes que el dolor de los pueblos, la sangre de los ejércitos o el esfuerzo encarnizado de una nación para encontrar su verdad.

Todo esto es difícil. La justicia es a la vez una idea y un ardor del alma. Sepamos tomarla en lo que tiene de humano, sin transformarla en esa terrible pasión abstracta que ha mutilado a tantos hombres. La ironía no nos es ajena y no es a nosotros a quienes tomamos en serio, sino a la prueba indecible que sufre este país y a la formidable aventura que hoy es necesario vivir. Esta definición dará al mismo tiempo su medida y su relatividad a nuestro esfuerzo cotidiano.

Nos ha parecido necesario hoy decirnos todo esto y decírselo a la vez a nuestros lectores para que sepan que en todo lo que escribimos, día tras día, no olvidamos el deber de reflexión y de escrupulosidad que tiene que ser el de todo periodista. En una palabra, no olvidamos el esfuerzo de crítica que nos parece necesario en este momento.

(*Combat*, 22 de septiembre de 1944).

## **MORAL Y POLÍTICA**

### **CAPÍTULO I**

En *Le Figaro* de ayer, el señor d’Ormesson comentaba el discurso del Papa. Ese discurso suscitaba ya muchas observaciones, pero el comentario del señor d’Ormesson tiene al menos el mérito de plantear con mucha claridad el problema que se le presenta hoy a Europa.

“Se trata -dice- de armonizar la libertad del individuo, que es más necesaria, más sagrada que nunca, con la organización colectiva de la sociedad, que las condiciones de la vida moderna hacen inevitable”.

Lo cual está muy bien dicho. Sólo propondremos al señor d’Ormesson una fórmula más breve diciendo que, para nosotros, se trata de conciliar justicia y libertad. Que la vida sea libre para cada uno y justa para todos, es nuestro objetivo. Entre los países que se han forzado en ese sentido, que lo han logrado en forma desigual, dando unos prioridad a la libertad, otros a la justicia, Francia tiene un papel que desempeñar en la búsqueda de este equilibrio superior.



Es inútil ocultárselo: esta conciliación es difícil. Al menos si debemos creerle a la Historia, no ha sido, no ha sido posible hasta ahora; es como si hubiera entre ambas nociones un principio de contradicción. ¿Y cómo no iba a ser así? La libertad para cada uno es también la libertad para el banquero o para el ambicioso, es decir, la justicia restablecida. La justicia para todos es la sumisión de la personalidad al bien colectivo. ¿Cómo hablar entonces de libertad absoluta?

El señor d'Ormesson opina, sin embargo, que el cristianismo ha dado solución a este problema. Que le permita a una persona ajena a la religión, aunque respetuosa de la convicción de los demás, expresarle sus dudas sobre este punto. El cristianismo en su esencia (y esto constituye su paradójica grandeza) es una doctrina de la injusticia. Está basado en el sacrificio del inocente y en la aceptación de este sacrificio. La justicia, por el contrario, -y París acaba de probarlo en sus noches iluminadas por las llamas de la insurrección- no se da sin la rebelión.

Entonces, ¿hay que renunciar a este esfuerzo por algo aparentemente inalcanzable? No, no hay que renunciar, sino simplemente medir la inmensa dificultad y hacérsela bien a quienes, de buena fe, quieren simplificarlo todo.

Por lo demás, sepamos que en el mundo de hoy, sólo por el esfuerzo vale la pena vivir y luchar. Contra una condición tan desesperante, la dura y maravillosa tarea de este siglo es edificar la justicia en el más injusto de los mundos, y salvar la libertad de esas almas destinadas a la servidumbre desde su comienzo. Si fracasamos, los hombres volverán a la oscuridad. Pero, al menos, se lo habrá intentado.

Este esfuerzo, en fin, exige clarividencia y esa atenta vigilancia que llevará a pensar en el individuo cada vez que hayamos solucionado lo social, y a volver al bien de todos cada vez que el individuo haya centrado nuestra atención. El señor d'Ormesson tiene razón en pensar que el cristianismo puede mantener una constancia tan difícil gracias a su amor al prójimo. Pero, otros, que no viven en la fe, esperan, sin embargo, lograrlo también gracias a la sola preocupación por la verdad, al olvido de su propia persona y al amor por la grandeza humana.

(*Combat*, 8 de septiembre de 1944).

## **CAPÍTULO II**

El de marzo de 1944, en Argel, el Congreso de "*Combat*" sostuvo que el movimiento "*Combat*" hacía suya la fórmula: "El anticomunismo es el comienzo de la dictadura". Creemos oportuno recordarlo y agregar que nada puede cambiarse en esta fórmula en momentos en que querríamos aclarar con algunos de nuestros camaradas comunistas ciertos malentendidos que comienzan a asomar. Estamos convencidos, en efecto, de que nada bueno puede hacerse si no hay claridad. Y quisiéramos intentar hoy emplear, acerca de un tema sumamente difícil, el lenguaje de la razón y la humanidad.

Al comienzo sentamos un principio, y no fue sin reflexión. La experiencia de estos últimos veinticinco años dictó esta preposición categórica. Lo cual no significa que seamos comunistas. Los cristianos tampoco lo son y, sin embargo, han aceptado la unidad de acción con los comunistas. Y nuestra posición, como la de los cristianos, significa: si bien no estamos de acuerdo con la filosofía ni con la moral práctica del comunismo, rechazamos enérgicamente el anticomunismo político, porque conocemos su inspiración y sus fines inconfesados.

Una posición tan firme no debiera dejar lugar a ningún malentendido. Sin embargo, no es así. Luego, nos debemos de haber expresado torpemente o, al menos, con oscuridad. Nuestra tarea

ha de consistir, entonces, en tratar de comprender esos malentendidos y disiparlos. Nunca se podrá suficiente franqueza y claridad en uno de los problemas más importantes del siglo.

Digamos, pues, categóricamente que los posibles malentendidos tienen su origen en una diferencia de métodos. La mayor parte de las ideas colectivistas y del programa social de nuestros camaradas, su ideal de justicia, su repudio a una sociedad en la que el dinero y los privilegios ocupan el primer lugar, todo ello nos es común. Simplemente, y nuestros camaradas lo reconocen de buena gana, ellos encuentran en una filosofía muy coherente de la historia la justificación del realismo político como medio exclusivo para lograr el triunfo de un ideal común a muchos franceses. Es en este punto donde, muy claramente, nos separamos de ellos, lo hemos dicho mil veces: no creemos en el realismo político. Nuestro método es diferente.

Nuestros camaradas comunistas deben entender que hombres que no tenían una doctrina tan sólida como la suya hayan tenido mucho para meditar durante estos cuatro años. Y lo han hecho con buena voluntad, en medio de mil peligros. Entre tantas ideas trastocadas, tantas figuras puras sacrificadas, en medio de los escombros, sintieron la necesidad de una doctrina y una vida nuevas. Para ellos todo un mundo murió en junio de 1940.

Hoy buscan esta nueva verdad con la misma buena voluntad y sin exclusivismos. También se puede comprender perfectamente que esos mismos hombres, al reflexionar sobre la más amarga de las derrotas, conscientes además de sus propias flaquezas, hayan juzgado que su país pecó por confusión y que, de ahora en más, el porvenir sólo tendrá sentido con un gran esfuerzo de clarividencia y de renovación.

Éste es el método que tratamos de aplicar hoy y querríamos que se nos reconociera el derecho de intentarlo de buena fe. Este método no pretende rehacer toda la política de un país, sólo quiere tratar de provocar en la vida política de ese mismo país una experiencia muy limitada que consistiría en introducir, por medio de una simple crítica objetiva, el lenguaje de la moral en el ejercicio de la política. Esto significa decir que sí y no al mismo tiempo, y decirlo con la misma serenidad y la misma objetividad.

Si se nos lee con atención, y ésta la menor benevolencia que puede acordarse a toda empresa de buena fe, se verá que a menudo devolvemos con creces con una mano lo que parece que quitamos con la otra. Si se considera solamente nuestras objeciones, el malentendido es inevitable. Pero si se equilibran esas objeciones con la afirmación muchas veces repetida desde aquí de nuestra solidaridad, se reconocería sin esfuerzo que tratamos de no ceder a la vana pasión humana y de hacer siempre justicia a uno de los movimientos más considerables de la historia política.

Puede suceder que no sea siempre evidente el sentido de este difícil método. El periodismo no es escuela de perfección: son necesarios cien números de un diario para precisar una sola idea. Pero esta idea puede ayudar a precisar otras, con la condición de que se ponga, al examinarla, la misma objetividad que se puso al formularla. Puede ser también que nos engañemos y que nuestro método sea utópico o imposible. Pero pensamos que no podemos afirmarlo antes de haberlo intentado. Es la experiencia que hacemos desde aquí, tan lealmente como les es posible a hombres que no tienen más preocupación que la lealtad.

Sólo pedimos a nuestros camaradas comunistas que mediten esto, como nosotros nos esforzamos por reflexionar sobre sus objeciones. Con esto ganaremos, al menos, que cada uno pueda precisar su posición y, en cuanto nos concierne, ver más claramente las dificultades y las probabilidades de éxito de nuestra empresa. Es esto lo que nos induce a hablar con ellos de tal manera. Y también la exacta noción que tenemos de lo que Francia perdería si nuestras reticencias y desconfianzas recíprocas nos condujeran a un clima político que los mejores de los franceses rehusaran aceptar, prefiriendo, entonces, la soledad a la polémica y la desunión.

### **CAPÍTULO III**

Se habla mucho de orden en estos momentos. Es que el orden es algo bueno que nos ha hecho mucha falta. A decir verdad, los hombres de nuestra generación no lo han conocido y siente por él una especie de nostalgia que les hubiera hecho cometer muchas imprudencias si no hubieran tenido, al mismo tiempo, la certeza de que el orden debe confundirse con la verdad. Esto los vuelve algo desconfiados y difíciles de contentar acerca de las pruebas de orden que se les propone.

Pues de orden es también una noción oscura. Hay distintas clases de órdenes. Está el que sigue reinando en Varsovia, está el que esconde el desorden y el que se opone a la justicia, caro éste a Goethe. Está también ese orden superior de los corazones y de la conciencia que se llama amor, y ese orden sangriento en que el hombre se niega a sí mismo, y que se alimenta del odio. Quisiéramos, entre todo esto, distinguir el orden justo.

Evidentemente hoy se habla del orden social. Pero ¿el orden social es sólo la tranquilidad en las calles? No es seguro, pues todos hemos tenido la impresión, durante estas desgarrantes jornadas de agosto, que el orden comenzaba precisamente con los primeros disparos de la insurrección. Bajo una apariencia desordenada, las revoluciones llevan consigo un principio de orden. Este principio reinará si la revolución es total. Pero, cuando las revoluciones abortan o se detienen a mitad de camino, un gran desorden monótono se instaura por muchos años.

¿Es orden, al menos, la unidad de gobierno? Ciertamente no se puede prescindir de ella, pero el Reich alemán había obtenido esa unidad y no podemos decir, sin embargo, que la haya dado a Alemania su orden verdadero.

Quizás la siempre consideración de la conducta individual nos ayude. ¿Cuándo decimos que un hombre ha puesto orden en su vida? Es necesario para ello que se haya puesto de acuerdo con su vida y que haya conformado su conducta a lo que cree verdadero. El rebelde que, en el desorden de la pasión, muere por una idea que ha hecho suya, es en realidad un hombre de orden porque ha ordenado toda su conducta según un principio que le parece evidente. Pero nadie podrá jamás hacernos considerar como hombre de orden a ese privilegio que hacer sus tres comidas diarias durante toda su vida, que tiene su fortuna invertida en valores seguros, pero que se mete en su casa cuando hay disturbios en la calle. Es tan sólo un hombre de miedo y de ahorro. Y si el orden francés debiera ser el de la prudencia y la sequedad de corazón, estaremos tentados de ver en él el pero desorden, porque, por indiferencia, permitiría todas las injusticias.

De todo esto podemos inferir que no hay orden sin equilibrio y sin armonía. En cuanto al orden social, será un equilibrio entre gobernantes y gobernados. Y esa armonía debe lograrse en nombre de un principio superior. Ese principio es, para nosotros, la justicia. No hay orden sin justicia, y el orden social de los pueblos reside en su felicidad.

El resultado es que no se puede invocar la necesidad de orden para imponer la propia voluntad, pues de ese modo se toma el problema al revés. No se debe exigir orden para gobernar bien, sino que hay que gobernar para lograr el único orden que tiene sentido. No es el orden el que refuerza la justicia, sino la justicia la que da su certeza al orden.

Nadie tanto como nosotros puede anhelar este orden superior en el que, en una nación en paz consigo misma y con su destino, en el que el obrero podrá trabajar sin amargura ni envidia, en el que el artista podrá crear sin atormentarse por la desdicha del hombre; en el que, en fin, cada ser humano podrá meditar, en el silencio de su intimidad, sobre su condición.

No sentimos ningún placer perverso por este mundo de violencia y de disturbios, en que lo mejor de nosotros se agota en una lucha desesperada. Pero, como ella está iniciada, creemos que hay que llevarla a término. Sabemos también que hay un orden que no queremos, pues consagraría nuestra renuncia y el fin de la esperanza humana. Es por ello que, aunque profundamente decididos a colaborar en la instauración de un orden justo, sépase también que estamos decididos a rechazar para siempre la célebre frase un falso gran hombre y a declarar que preferiremos eternamente el desorden a la injusticia.

(*Combat*, 12 de octubre de 1944).

## **CAPÍTULO IV**

El Ministro de Informaciones pronunció ayer un discurso que aprobamos por entero. Pero hay un punto que queremos remontar porque no es muy común que un ministro hable a su país con el lenguaje de la moral viril y le recuerde sus deberes insoslayables.

El señor Teitgen ha desarmado esa mecánica de la concesión que condujo a tantos franceses de la debilidad a la traición. Cada concesión hecha al enemigo y a la actitud fácil acarrea una nueva concesión. Esta última no era más grave que la primera, pero entre las dos, una tras otra, constituían una cobardía. Dos cobardías formaban el deshonor.

Éste es, en efecto, el drama del país. Y es difícil de resolver porque compromete toda la conciencia humana, pues plantea un problema que debe resolverse tajantemente por sí o por no.

Francia vivía gracias al uso de una cordura que explicaba a las nuevas generaciones que la vida está hecha de tal manera que es preciso saber hacer concesiones, que el entusiasmo tiene su tiempo y que en un mundo donde los pillos forzosamente tienen razón, hay que tratar de no equivocarse.

En eso estábamos. Y cuando los hombres de nuestra generación se indignan ante la injusticia se los convencía de que eso se les pasaría. Así, cada vez más, la moral de la comodidad y del desengaño se propagó. Júzguese el efecto que pudo causar en ese clima la voz abatida y temblequéante que pedía a Francia replegarse sobre sí misma. Siempre se gana al dirigirse a lo que hay de cómodo en el individuo y que es posible sin una terrible exigencia hacia sí mismo y hacia los demás. Esto es fatigoso, con toda seguridad. Y cierto número de franceses estaba fatigado de antemano en 1940.

No lo estaban todos. Fue asombroso que muchos hombres que entraron en la resistencia no fuera patriotas de profesión. Es que el patriotismo, en primer lugar, no es una profesión. Es una manera de amar su patria que consiste en no quererla injusta y en decírselo. Pero es que también el patriotismo no fue suficiente siempre para movilizar a esos hombres para la extraña lucha que era la suya. Era necesaria además esa delicadeza de espíritu que repele toda transacción, la altivez que faltaba en la burguesía, en resumen, la capacidad de decir no.

La grandeza de esta época, tan miserable por otra parte, consiste en que fue necesario optar, en que la intransigencia se convirtió en el más imperioso de los deberes y en que la moral de la concesión tuvo, al fin, su sanción. Si los pillos tenían razón, hubo que admitir equivocarse. Y si la vergüenza, la mentira y la tiranía eran las condiciones de la vida, hubo que preferir la muerte.

Es ese poder de intransigencia y de dignidad que debemos restaurar hoy en toda Francia y en todas las escalas. Es preciso saber que cada mediocridad consentida, cada negligencia y cada actitud cómoda nos hacen tanto mal como los fusiles del enemigo. Al cabo de estos cuatro años de terribles pruebas, Francia, exhausta, conoce la dimensión de su drama, que es no tener ya derecho a la fatiga. Es la primera condición de nuestra recuperación, y el país espera que los mismos hombres que supieron decir no, pondrán mañana la misma firmeza y el mismo desinterés en decir sí, y que sabrán, en fin, exigir al honor sus virtudes positivas tal como superior tomar de él su poder de rechazo.

(*Combat*, 29 de octubre de 1944).

## **CAPÍTULO V**

Hace dos días, Jean Guéhenno publicó en *Le Figaro* un hermoso artículo del que no se puede dejar de expresar simpatía y el respeto que debe inspirar a todos los que sienten alguna inquietud por el provenir de los hombres. Hablaba en él de la pureza: el tema es difícil.

Es verdad que Jean Guéhenno no hubiera tomado la iniciativa de hablar sobre ese tema si en otro artículo, inteligente aunque injusto, un joven periodista no le hubiera reprochado una pureza moral que temía se confundiera con la indiferencia intelectual. Jean Guéhenno le responde con justicia, abogando por una pureza sostenida en la acción. Y, claro está, se plantea aquí el problema del realismo: se trata de saber si todos los medios son legítimos.

Todos estamos de acuerdo en los fines, pero discrepamos en cuanto a los medios. Todos aportamos, sin duda alguna, una pasión desinteresada por la felicidad imposible de los hombres. Pero, simplemente, hay entre nosotros quienes creen que se puede recurrir a cualquier medio para lograr esa felicidad, y hay quienes no lo creen. Nos contamos entre los últimos. Sabemos con qué rapidez se toman los medios por fines y no admitimos cualquier justicia. Esto puede provocar ironía de los realistas y Jean Guéhenno acaba de experimentarlo. Pero es él quien tiene razón y estamos convencidos de que su aparente locura es hoy la única cordura deseable. Porque se trata, en efecto, de conseguir la salvación del hombre. No ubicándose fuera del mundo, sino a través de la historia misma. Se trata de estar al servicio de la dignidad del hombre por medios que sean dignos, en medio de un contorno histórico que no lo es. Mídase la dificultad y la paradoja de tal empresa.

Sabemos, en efecto, que la salvación del hombre es quizás imposible, pero afirmamos que no es ésta una razón para dejar de intentarla y afirmamos sobre todo que no es lícito llamarla imposible antes de haber hecho, de una buena vez, lo que fuera necesario para demostrar que no lo era.

Hoy se nos presente la ocasión. Este país es pobre, y nosotros somos pobres con él. Europa es miserable, su miseria es la nuestra, sin riquezas ni herencia material, hemos entrado, quizás, en una libertad que nos permite entregarnos a esa locura que se llama la verdad.

Se nos ocurrió así expresar nuestra convicción de que se nos daba una última oportunidad. La insidia, la violencia, el sacrificio ciego de los hombres son medios que fueron probados durante

siglos. Esa prueba fue amarga. Sólo queda por intentar la vía normal y simple de una honestidad sin ilusiones, de la prudente lealtad y la obstinación por fortalecer tan sólo la dignidad humana. Creemos que el idealismo es ilusorio. Pero nuestra idea, para terminar, es que el día en algunos hombres decían poner al servicio del bien la misma obstinación y la misma incansable energía que otros ponen al servicio del mal, ése día las fuerzas del bien podrán triunfar, por un tiempo muy breve quizás, pero por algún tiempo, y esa conquista será entonces inconmensurable.

¿Por qué -se nos dirá- volver sobre esta discusión? Hay tantas cuestiones de orden práctico más urgentes. Pues bien, nosotros jamás hemos dejado de hablar de esas cuestiones de orden práctico. La prueba de que cuando hablamos de ellas no contentamos a todos.

Y, por otra parte, era necesario retomar el tema porque en realidad no hay cuestión más urgente. Sí, ¿por qué volver sobre esta discusión? Para que el día en que, en un mundo entregado a la cordura realista, la humanidad haya vuelto a la demencia y a las tinieblas, hombres como Guéhenno sepan que no están solos y sepan, también, que la pureza, dígame lo que se diga, no es nunca un desierto.

(*Combat*, 4 de noviembre de 1944).

## **CAPÍTULO VI**

Cuanto más se piensa en ello, más nos persuadimos de que una doctrina socialista está tomando cuerpo en amplios sectores de la opinión pública. Ya lo dijimos ayer. Pero el tema merece que se lo precise. Pues, en definitiva, nada de esto es original. Críticos mal predispuestos podrían asombrarse de que los hombres de la resistencia, y con ellos muchos franceses, hayan hecho tanto esfuerzos para llegar a eso.

Pero, en primer lugar, no es absolutamente necesario que las doctrinas políticas sean nuevas. La política (no decimos la acción) no necesita genios. Los asuntos humanos son complicados en su detalle, pero simples en sus principios.

La justicia social puede muy bien lograrse sin una filosofía ingeniosa. Sólo exige algunas verdades de sentido común y esas cosas simples como la clarividencia, la energía y el desinterés. En esta materia, querer innovar a toda costa es trabajar para el año 2000. Y debemos poner en orden los problemas de nuestra sociedad, en seguida, mañana si es posible.

En segundo lugar, las doctrinas no son eficaces por su novedad, sino solamente por la energía que transmiten y por el espíritu de sacrificio de los hombres que las sirven. Es difícil saber si el socialismo teórico representó algo profundo para los socialistas de la Tercera República. Pero hoy, el socialismo es algo quemante para muchos hombres. Es porque da forma a la impaciencia y a la fiebre de justicia que los animan.

En fin, sólo en nombre de una concepción pobre del socialismo uno estaría tentado, quizás, de creer que llegar a él es poca cosa. Hay una cierta forma de esta doctrina que detestamos más, tal vez, que la tiranía. Es la que descansa en el optimismo, que se apoya en el amor a la humanidad para eximirse de servir a los hombres, en el progreso inevitable para esquivar las cuestiones salariales, y en la paz universal para evitar los sacrificios necesarios. Jamás comprometió a quien lo profesaba. En una palabra, este socialismo tiene miedo de todo, incluso de la revolución.

Lo hemos conocido. Y es verdad que volver a él sería bien poca cosa. Pero hay otro socialismo que está decidido a comprometerse. Rechaza por igual la mentira y la debilidad. No se plantea la cuestión fútil del progreso, sino que está convencido de que la suerte del hombre está siempre en las manos del hombre.

No cree en las doctrinas absolutas e infalibles, sino en el mejoramiento obstinado, caótico pero incansable de la condición humana. La justicia para este socialismo bien vale una revolución. Y si ésta le es más difícil que a otros, porque no desprecia al hombre, es más probable también que no exija sacrificios útiles. En cuanto a saber si tal disposición de corazón y de espíritu puede traducirse en hecho es un punto sobre el cual volveremos.

Queríamos disipar hoy algunos equívocos. Es evidente que el socialismo de la Tercera República no respondió a las exigencias que acabamos de formular. Hoy puede reformarse, y lo deseamos. Pero también deseamos que los hombres de la resistencia y los franceses que están de acuerdo con ellos conserven intactas estas exigencias fundamentales. Pues si el socialismo tradicional quiere reformarse, no lo hará solamente llamando a los hombres nuevos que comienzan a tomar conciencia de esta nueva doctrina. Lo hará acercándose él mismo a esta doctrina y aceptando incorporarse a ella totalmente. No hay socialismo sin compromiso y fidelidad de todo el ser, es lo que sabemos hoy. Y esto sí que es nuevo.

(*Combat*, 24 de noviembre de 1944).

## **CAPÍTULO VII**

El Papa acaba de dirigir al mundo un mensaje en el que, abiertamente, toma posición a favor de la democracia. Nos congratulamos. Pero creemos también que este mensaje pleno de matices exige un comentario con matices. No estamos seguros de que este comentario exprese la opinión de todos nuestros camaradas de *Combat*, entre los cuales hay cristianos. Pero sí estamos seguros de que traduce los sentimientos de una gran parte de ellos.

Ya que se nos presenta la ocasión, quisiéramos decir que nuestra satisfacción no está desprovista de pesar. Hace años que esperábamos que la más grande autoridad espiritual de estos tiempos quisiera condenar claramente los actos de las dictaduras. Digo claramente, ya que esta condena puede deducirse de algunas encíclicas, a condición de que se las sepa interpretar, pues está formulada en ellas en el lenguaje tradicional que jamás fue claro para la gran mayoría de los hombres.

Y era la gran mayoría de los hombres la que esperaba todos estos años que se elevara una voz para decir decididamente, como hoy, dónde se encontraba el mal. Era nuestro deseo secreto que la condena se hubiera manifestado en el momento mismo en que triunfaba el mal y en que las fuerzas del bien estaban amordazadas. Que se diga hoy, cuando la dictadura tambaleaba en todo el mundo, nos alegra. Pero no queríamos alegrarnos tan sólo, queríamos creer y admirar. Queríamos que el espíritu diera pruebas de su valor antes que la fuerza viniera a apoyarlo y a darle la razón.

Este mensaje que condena a Franco, ¡cómo querríamos haberlo visto en 1936, a fin de que George Bernanos no se hubiera visto obligado a hablar y a maldecir! Esta voz que acaba de indicarle al mundo católico el partido que debe tomar, era la única que pudo haber hablado en medio de las torturas y los lamentos, la única que pudo haber negado, tranquilamente y sin temor, la fuerza ciega de los ataques.

Digamos claramente: hubiéramos deseado que el Papa tomara partido en el transcurso de estos años vergonzosos, y denunciara lo que había que denunciar. Es duro pensar que la iglesia ha dejado esa tarea a otros más oscuros que no tenían su autoridad y de los cuales algunos carecían de la esperanza invencible en que ella vive. Pues la Iglesia no tenía entonces por qué ocuparse de perdurar y preservarse. Incluso entre cadenas no hubiera dejado de ser. Por el contrario, hubiera encontrado en ella una fuerza que hoy estamos tentados de no reconocerle.

Pero, al menos, ahí está el mensaje. Y ahora los católicos que dieron lo mejor de sí mismo en la lucha común saben que tenían razón y que estaban del lado del bien. Las virtudes de la democracia son reconocidas por el Papa. Pero, aquí interviene los matices. Pues esta democracia se entiende en sentido amplio y el Papa dice que puede abarcar tanto la república como la monarquía. Esta democracia desconfía de la masa, que Pío XII distingue sutilmente del pueblo. Admite también las desigualdades sociales, aunque atemperándolas con el espíritu de fraternidad.

La democracia, tal como aparece definida en este texto, tiene paradójicamente un matiz radical-socialista que no deja de sorprendernos. Por lo demás queda dicho cuando el Papa expresa su deseo de un régimen moderado.

Comprendemos, desde luego, ese deseo. Hay una moderación del espíritu que debe ayudar a la inteligencia de la cosa social, y aun a la felicidad del hombre, pero tantos matices y tantas precauciones abren también el camino a la moderación más aborrecible: la moderación del corazón, que es, justamente, la que admite las desigualdades y que tolera la prolongación de la injusticia. Esos consejos de moderación son de doble filo. Hoy se corre el riesgo de que sirvan a los que quieren conservarlo todo y no han comprendido que algo debe ser cambiado. Nuestro mundo no necesita almas tibias, sino corazones ardientes que sepan darle a la moderación su justo lugar. No, los cristianos de los primeros siglos no eran moderados. Y la iglesia debería hoy darse la tarea de no dejarse confundir con las fuerzas conservadores.

Esto es, al menos, lo que deseábamos decir, porque quisiéramos que todo lo que tenga nombre y honra en este mundo esté al servicio de la causa de la libertad y la justicia. En esta lucha, nunca seremos demasiados. Esta es la única razón de nuestras reservas. ¿Quiénes somos nosotros, en efecto, para permitirnos criticar a la más alta autoridad espiritual del siglo? Nada más que, precisamente, defensores del espíritu, más sabemos que hay que ser infinitamente exigentes con aquellos cuya misión es representar el espíritu.

*(Combat, 26 de noviembre de 1944).*

## **CAPÍTULO VIII**

El señor Mauriac acaba de publicar un artículo sobre el “desprecio de la caridad” que no me parece justo ni caritativo. Por primera vez ha adoptado, en las cuestiones que nos separan, un tono sobre el cual no quiero insistir y que yo, al menos, no voy a adoptar. Por otra parte, yo no habría respondido si las circunstancias no me obligaran a abandonar esos debates cotidianos en que los mejores y los peores de nosotros discutiremos durante meses, sin que nada de lo que nos importa verdaderamente se aclarara. No habría respondido si no sintiera que esta discusión, cuyo tema es nuestra vida misma, comenzaba a tornarse confusa. Y ya que se me alude personalmente, quisiera, antes de terminar, hablar en mi nombre y tratar, por última vez, de aclarar lo que quise decir.



Cada vez que a propósito de la depuración yo hablé de justicia, el señor Mauriac habló de claridad. Y la virtud de la caridad es bastante peculiar como para que haya parecido que al reclamar la justicia, yo abogaba por el odio. Verdaderamente se diría, según el señor Mauriac, que en estos asuntos cotidianos nos es absolutamente necesario escoger entre el amor a Cristo y el odio al hambre. ¡Y bien, no es así! Somos de los que rechazan a la vez los gritos de odio que nos llegan por un lado y los pedidos enternecidos que nos viene por el otro. Y buscamos entre ambos esa voz justa que nos dé la verdad sin la vergüenza. No necesitamos para ello tener conocimiento de todo, sino solamente desear la claridad, con esa pasión de la inteligencia y del corazón sin la cual ni el señor Mauriac ni yo haríamos nada bueno. Esto me permite decir que la claridad no tiene nada que hacer aquí. Tengo la impresión, a este respecto, de que el señor Mauriac lee muy mala los textos que se propone contradecir. Bien veo que es un humorista y no un escritor de razonamiento, pero yo querría que en estas materias habláramos sin humor. Pues el señor Mauriac me ha leído muy mal si cree que ante el mundo que se nos ofrece se me ocurre sonreír. Cuando digo que la caridad que se propone como ejemplo a veinte pueblos hambrientos de justicia no es más que un consuelo irrisorio, le ruego a mi oponente que crea que lo digo sin sonreír.

En tanto yo respete al señor Mauriac por lo que es, tendré el derecho de rechazar lo que piensa. Y para esto no es necesario sentir ese desprecio por la caridad, que generosamente, me atribuye. Al contrario, las posiciones me parecen claras. El señor Mauriac no quiere aumentar el odio y en eso lo sigo gustoso. Pero yo no quiero que se me aumente la mentira y en esto espero que me apruebe. En una palabra, espero, que diga abiertamente que hay ahora necesidad de justicia.

En verdad, no creo que lo diga: es ésta una responsabilidad que no va a asumir. El señor Mauriac que ha escrito que nuestra República sabría ser dura, medita escribir pronto una palabra que no ha anunciado aún: la palabra perdón. Sólo quisiera decirle que veo dos caminos mortales para nuestro país (y hay maneras de sobrevivir que no valen más que la muerte). Estos dos caminos son el del odio y el del perdón. Tanto uno como el otro me parecen desastrosos. No tengo ninguna inclinación por el odio. La sola idea de tener enemigos me parece lo más penoso del mundo y mis camaradas y yo hemos debido hacer un gran esfuerzo para soportar tenerlos. Pero el perdón no me parece mejor y, en estos momentos, tendrían carácter de agravio. En todo caso, estoy convencido de que el perdón no nos pertenece. Si siento horror por las condenas, eso me concierne tan sólo a mí. Voy a perdonar francamente con el señor Mauriac cuando los padres de Valin, cuando la mujer de Leynaud me hayan dicho que puedo hacerlo. Pero no antes, jamás antes, para no traicionar, al precio de un deshago del corazón, lo que siempre he amado y respetado en este mundo, lo que constituye la nobleza del hombre: la fidelidad.

Esto es quizás duro de ori. Sólo querría que el señor Mauriac supiera que no es menos duro de decir. Escribí claramente que Béraud no merecía la muerte, pero declaro que no tengo imaginación para representarme los grilletos que, según el señor Mauriac, los condenados por traición llevan en los tobillos. Precisamente, nos ha hecho falta mucha imaginación durante cuatro años para miles de franceses honorables que ciertos periodistas, a los que ahora se quiere convertir en mártires, señalaban cada día para todos los suplicios. En tanto hombre, admiraré, quizás, al señor Mauriac por saber amar a los traidores; pero en tanto ciudadano, lo deploro porque ese amor engendrará una nación de traidores y de mediocres y una sociedad que repudiamos.

Para terminar, el señor Mauriac me echa a Cristo en cara. Solamente quisiera decirle esto, con la gravedad que corresponde: creo tener una idea justa de la grandeza del cristianismo, pero nos contamos entre los que, en este mundo acosado, sentimos que si bien Cristo ha muerto para algunos, no ha muerto para nosotros. Al mismo tiempo, nos rehusamos a desesperar del hombre. Sin tener la ambición insensata de salvarlo, queremos al menos servirlo. Si

consentimos en pasarnos sin Dios y sin esperanza, no renunciamos tan fácilmente al hombre. Sobre este punto bien puedo decirle al señor Mauriac que no nos desanimamos y que rehusamos hasta el último momento una caridad divina que frustraría la justicia de los hombres.

(*Combat*, 11 de enero de 1945).

## CAPÍTULO IX

El señor Harriot acaba de pronunciar palabras desafortunadas. Unas palabras desafortunada es una palabra inoportuna. El señor Harriot habló en una oportunidad que no es la suya y sobre un tema que se puede considerar intempestivo. Aunque tuviera razón, no es el hombre indicado para tachar de inmoral a la nación y para declarar que esta época no puede dar lecciones a la época de postguerra.

Esta condena es injusta, en primer lugar, porque es demasiado general. Es cierto que los franceses gustan apostar en contra cuando se trata de sí mismos. Pero, si bien se puede excusar este defecto en hombres que han combatido y sufrido mucho por su país, es difícil mostrar la misma indulgencia para con una personalidad a quien su experiencia política debía prevenir y cuya doctrina debía hacerlo más modesto.

Nada hay que se pueda condenar en general y a una nación menos todavía. El señor Harriot debería saber que esta época no pretende dar lecciones de moral a la que la ha precedido. Pero sí tiene el derecho, adquirirlo en medio de terribles convulsiones, de rechazar pura y simplemente la moral que la condujo a la catástrofe.

Pues, no son, sin duda, las ideas políticas del señor Harriot y de sus colegas radicales las que nos han perdido. Pero la moral sin obligaciones ni sanciones que era la suya, la Francia de tenderos, de boliches y de banquetes legislativos con que no regalaron hizo más por enervar las almas y aflojar las energías que perversiones más espectaculares. En todo caso, esa moral no da derecho al señor Harriot a condenar a los franceses de 1945.

Este pueblo está a la búsqueda de una mora, ésta es la verdad. Todavía no es la definitiva. Pero ya ha dado bastantes pruebas de su abnegación y de su espíritu de sacrificio como para exigir que hombres que fueron representativos no lo juzguen con algunas palabras despectivas. Comprendemos muy bien el despecho que puede sentir el señor Harriot al ver que se rechaza una cierta moral política de preguerra. Pero debe resignarse a ello. Los franceses están cansados de las virtudes mediocres; saben ahora cuánto desarraigo y dolor puede costar un conflicto moral extendido a una nación entera. No es pues de extrañar que se aparten de sus falsas *élites*, ya que ellas fueron, en primer lugar, las *élites* de la mediocridad.

Cualesquiera sean la sabiduría y la experiencia del señor Harriot, somos muchos los que creemos que ya no tiene nada que enseñarnos. Si aún puede sernos útil es en la medida en que, considerando lo que él es y lo que fue su partido, y columbrado luego la prodigiosa aventura que debe correr Francia para renacer, nos digamos que no hay una medida común entre ellos y nosotros y que la renovación francesa exige otra cosa que corazones tibios.

Es posible que en el entorno del señor Harriot se prefieran dos horas de mercado negro a una semana de trabajo. Pero, podemos asegurarle que hay millones de franceses que trabajan y callan. Y por ellos se debe juzgar a la nación. Por esto consideramos que decir que Francia necesita más una reforma normal que una reforma política es tan tonto como afirmar lo contrario. Necesita las dos, precisamente para impedir que una nación entera sea juzgada por

los escandalosos beneficios de unos pocos miserables. Siempre hemos puesto el acento sobre las exigencias de la moral. Pero sería una estafa que esas exigencias sirvieran para escamotear la renovación política e institucional que necesitamos. Es menester dictar buenas leyes si se quiere tener buenos ciudadanos. Nuestra única esperanza reside en que esas buenas leyes nos eviten por algún tiempo el retorno al poder de los profesores de moral que hicieron cuanto hacía falta para que las palabras diputado y gobierno hayan sido en Francia, durante largos años, símbolo de escarnio.

(*Combat*, 17 de junio de 1945).

## **CAPÍTULO X**

Se nos disculpará por empezar hoy por una primera verdad: es cierto, de aquí en más, que la depuración en Francia no sólo fracasó sino que, además, se desacreditó. La palabra depuración ya era bastante penosa por sí misma. El hecho se hizo odioso. Tenía una sola posibilidad de no hacerse odioso: ser una empresa sin espíritu de venganza y sin ligereza. Hay que pensar que el camino de la simple justicia no es fácil de encontrar entre los clamores del odio, por una parte, y los alegatos del remordimiento, por la otra. El fracaso, de todos modos, es completo.

Es que, además, la política con todas sus cegueras se ha mezclado en esto. Demasiada gente clamó por la muerte como si los trabajos forzados, por ejemplo, fueran un castigo sin consecuencia. Pero, demasiada gente, por el contrario, aulló de terror cuando algunos años de prisión castigaron el ejercicio de la delación y del deshonor. En todo caso, hemos aquí impotentes. Quizás lo más seguro hoy es hacer lo que haga falta para que injusticias demasiado flagrantes no envenenen más aún un aire que a los franceses ya les cuesta trabajo respirar.

Es de una de esas injusticias de la que queremos hablar hoy. El mismo tribunal que condenó a Albertani, reclutador de la L. V. F, a cinco años de trabajos forzados, condenó a ocho años de la misma pena al pacifista René Génin, que tenía a su cargo la crónica literaria de *L'Oeuvre* durante la guerra. Esto no puede admitirse ni por lógica ni en justicia. No aprobamos aquí a René Génin. El pacifismo integral no nos parece razonable y sabemos además que hay siempre un momento en que ya no es sostenible. No podemos aprobar tampoco que Génin haya escrito, aun que sobre temas literarios, en *L'Oeuvre*.

Pero hay que respetar, sin embargo, las proporciones y juzgar a los hombres según lo que son. No se castiga con trabajos forzados algunos artículos literarios, aun en los periódicos de la ocupación. Por lo demás, la posición de Génin nunca varió. Se puede no compartir su punto de vista, pero su pacifismo, al menos, es el resultado de una cierta concepción del hombre que no deja de ser respetable. Una sociedad se enjuicia a sí misma si en el momento en que no es capaz, por falta de definición, o de ideas claras, de castigar a los auténticos criminales, envía a presidio a un hombre que, por azar, se encontraba entre esos falsos pacifistas que preferían el hitlerismo y no la paz. Y una sociedad que quiere y pretende renacer ¿puede no tener esa preocupación elemental de claridad y de limitación?

Génin no denunció a nadie ni participó en ninguna de las empresas del enemigo. Si se juzgaba que su colaboración literaria en *L'Oeuvre* merecía una sanción, había que aplicarla, pero se la debía adecuar al delito. A ese grado de exageración, una sanción no repara nada. Sólo provoca la sospecha de que semejante sentencia no es la de una nación sino la de una clase. Humilla a un hombre en beneficio para nadie. Desacredita una política para daño de todos.

Este proceso, en todos los casos, exige ser revisado. Y no sólo para evitar a un hombre sufrimientos desproporcionados a sus faltas, sino para que la justicia misma sea preservada y llegue a ser, en un caso al menos, respetable. Aunque René Génin haya estado en destino campo que nosotros, nos parece que sobre este punto toda la opinión de la Resistencia debería estar con nosotros para salvar, con decisión, todo lo que aún puede ser salvado en este terreno.

(*Combat*, 30 de agosto de 1945).

## **CAPÍTULO XI**

El mundo es lo que es, es decir, poca cosa. Es lo que desde ayer todos sabemos gracias al formidable concierto que la radio, los diarios y las agencias noticiosas acaban de desencadenar con respecto a la bomba atómica. En efecto, nos enteramos, en medio de una multitud de comentarios entusiastas, que cualquier ciudad de mediana importancia puede ser totalmente arrasada por una bomba del tamaño de una pelota de fútbol. Los diarios Norteamericanos, ingleses y franceses se extienden en elegantes disertaciones sobre el porvenir, el pasado, los inventores, el costo, la vocación pacífica y los efectos bélicos, las consecuencias políticas y aun la índole independiente de la bomba atómica. En resumen, la civilización mecánica acaba de alcanzar su último grado de salvajismo. Será preciso elegir en un futuro más o menos cercano entre el suicidio colectivo o la utilización inteligente de las conquistas científicas.

Mientras tanto, es lícito pensar que hay cierta independencia en celebrar así un descubrimiento que se pone, primeramente, al servicio de la más formidable furia destructora de que el hombre haya dado pruebas desde siglos. Nadie, sin duda, a menos que sea un idealista impenitente, se asombrará de que, en un mundo entregado a todos los desgarramientos de la violencia, incapaz de ningún control, indiferente a la justicia y a la sencilla felicidad de los hombres, la ciencia se consagre al crimen organizado.

Estos descubrimientos deben ser registrados, comentados según lo que son, anunciados al mundo para que el hombre tenga una idea precisa de su destino. Pero rodear estas terribles revelaciones de una literatura pintoresca o humorística, eso no es soportable.

Ya se respiraba con dificultad en un mundo torturado, y he aquí que se nos ofrece una nueva angustia, que tiene todas las posibilidades de ser definitiva. Sin duda se le brinda al hombre su última posibilidad. La bomba atómica puede servir, en rigor, para una edición especial. Pero debiera ser, con toda seguridad, motivo de algunas reflexiones y de mucho silencio.

Además, hay otras razones para coger con reserva la novela de ciencia ficción que los diarios nos ofrecen. Cuando se ve al redactor diplomático de la Agencia Reuter anunciar que esta invención vuelve caducos los tratados e incluso las decisiones de Postadam, señalar que es indiferente que los rusos estén en Koenigsberg o los turcos en los Dardanelos, no se puede evitar atribuirle a tal concierto intenciones bastante ajenas al desinterés científico.

Entiéndase bien. Si los japoneses capitulan después de la destrucción de Hiroshima y por efecto de la intimidación, nos alegraremos. Pero nos rehusamos a sacar de tan grave noticia otra conclusión que no sea la decisión de abogar más enérgicamente aún a favor de una verdadera sociedad internacional, en la que las grandes potencia no tengan derecho superiores a los de las pequeñas y medianas naciones, en que la guerra, azote hecho definitivo por el sólo efecto de la inteligencia humana, no depende más de los apetitos o de las doctrinas de tal o cual Estado.

Ante las perspectivas aterradoras que se abren a la humanidad, percibimos aún mejor que la paz es la única lucha que vale la pena entablar. No es ya un ruego, sino una orden que debe subir de los pueblos hacia los gobiernos, la orden de elegir definitivamente entre el infierno y la razón.

(*Combat*, 8 de agosto de 1945).

## LA CARNE

### CAPÍTULO I

Nos fue difícil hablar ayer de René Leynaud. Los que hayan leído en un rincón del diario el anuncio de que un periodista de la Resistencia fue fusilado por los alemanes, habrán prestado tan sólo una atención distraída a lo que, para nosotros, es una terrible, una atroz noticia. Y sin embargo es necesario que hablemos de él. Es necesario que hablemos para que la memoria de la resistencia conserve, si no en una nación que corre el riesgo de ser olvidadiza, al menos en algunos corazones atentos a la calidad humana.

Había entrado en los primeros meses en la Resistencia. Todo lo que constituía su vida moral, el cristianismo y el respeto a la palabra dada, lo había impelido a ocupar silenciosamente su lugar en esta batalla de las sombras. Había elegido el sobrenombre que respondía a lo que había de más profundo en él: para todos sus camaradas de *Combat*, se llamaba *Clair*.

La única pasión personal que conservó, con la del pudor, fue la poesía. Había escrito poemas que sólo dos o tres de nosotros conocíamos. Tenía la cualidad de lo que era él, es decir la transparencia misma. Pero en la lucha diaria había renunciado a escribir, dedicándose tan sólo a comprar libros de poesía los más diversos, que se reservaba para leer después de la guerra. Por lo demás, compartía nuestra convicción de que cierto lenguaje y la obstinación en la rectitud restituirían a nuestro país el aspecto sin igual que esperábamos de él. Desde hacía meses lo aguardaba su lugar en este periódico y con todo el empeñamiento de la amistad y de la ternura, rechazábamos la noticia de su muerte. Hoy ya no es más posible.

Ese lenguaje que había de tener, él no la tendrá más. La absurda tragedia de la resistencia está toda entera en esta horrible desgracia. Pues hombres como Laynaud habían entrado en la lucha convencidos de que nadie podía hablar antes de haberse jugado. La desgracia es que la guerra sin uniforme no tiene la terrible justicia de la guerra convencional. Las balas del frente alcanzan a cualquiera, al mejor y al peor. Pero durante estos cuatro años fueron los mejores los señalados y los que cayeron: fueron los mejores los que ganaron el derecho de hablar y perdieron el poder de hacerlo.

En todo caso, aquel que amábamos no hablará más. Y sin embargo Francia tenía necesidad de voces como la suya. Su corazón altivo entre todos, largo tiempo silencioso entre su fe y su honor, habría sabido decir las palabras que eran necesarias. Pero ahora, ha callado para siempre. Y otros, que son indignos, hablan de ese honor que él había hecho suyo, como otros, que no están seguros, hablan de ese Dios que él había elegido.

Hoy es fácil criticar a los hombres de la Resistencia, señalar sus debilidades y acusarlos. Pero, quizás, es debido a que los mejores de ellos han muerto. Lo decimos porque lo creemos profundamente: si nosotros estamos todavía aquí es porque no hicimos lo suficiente. Laynaud

hizo lo suficiente. Y hoy, devuelve a esta tierra para nosotros sin porvenir y para él pasajera, desviado de esta pasión a la que había sacrificado todo, esperamos al menos que su consuelo sea no oír las palabras de amargura y de denigración que resuenan alrededor de esta pobre aventura humana en la que estamos mezclados.

Que nadie tema, no nos serviremos de él, que jamás se sirvió de nadie. Salió desconocido de esta lucha en que había entrado desconocido. Conservaremos para él lo que habría preferido: el silencio de nuestro corazón, el recuerdo atento y la horrible tristeza de lo irreparable. Pero aquí donde intentamos siempre alejar la amargura, él nos perdonará que la dejemos volver y que nos pongamos a pensar que, tal vez, la muerte de un hombre como él es un precio demasiado cara para pagar el derecho restituido a otros hombres de olvidar en sus actos y en sus escritos lo que valieron durante cuatro años el coraje y el sacrificio de algunos franceses.

(*Combat*, 27 de octubre 1944).

## **CAPÍTULO II**

Francia vivió muchas tragedias que hoy han alcanzado su desenlace. Y vivirá todavía muchas otras que no han comenzado aún. Pero hay una que desde hace cinco años los hombres y las mujeres de este país no han dejado de sufrir: la separación.

La patria lejana, los amores truncos, esos diálogos de sombras que mantienen dos seres por encima de las llanuras y las montañas de Europa, o esos monólogos estériles que cada uno prosigue a la espera del otro, son los signos miserables de la época. Franceses y francesas esperan desde hace cinco años. Hace cinco años que en sus corazones desarraigados luchan desesperadamente contra el tiempo, contra la idea de que el ausente envejece y de que todos estos años han sido perdidos para el amor y la felicidad.

Si, este tiempo es el tiempo de la separación. Uno no se atreve ya a pronunciar la palabra felicidad en esta época torturada. Y sin embargo, millones de seres, hoy, se buscan, y estos años son para ellos un plazo que no termina nunca y al cabo del cual esperan que su felicidad sea nuevamente posible.

¿Quién podría, entonces, censurarlos? ¿Y quién podría decir que están equivocados? ¿Qué sería la justicia sin la posibilidad de la dicha, de qué serviría la libertad en la miseria? Nosotros lo sabemos bien, nosotros los franceses que entramos en esta guerra no por afán de conquista, sino para defender precisamente cierta idea de felicidad. Sencillamente, esa felicidad eran tan indómita y tan pura que nos pareció que valía la pena atravesar primero los años de la desdicha. Conservemos entonces el recuerdo de esa felicidad y de los que las han perdido. Ello le quitará aridez a nuestra lucha y, sobre todo, le otorgará toda su crueldad a la desdicha de Francia y a la tragedia de sus hijos separados.

No es éste el lugar ni el momento de escribir que la separación me parece a menudo la norma y que reunirse no es sino la excepción, que la felicidad es un azar que se prolonga. Lo que se espera de todos nosotros son palabras de esperanza. Es verdad que a nuestra generación sólo se le exigió una cosa: ponerse a la altura de la desesperación. Pero ello nos prepara mejor, quizás, para hablar de la más grande esperanza, la que se va a buscar a través de la miseria del mundo y que se parece a una victoria. Es la única que nos parece respetable. Sólo de la separación eterna no podríamos triunfar, porque ella da fin a todo. Pero, no por lo demás, no hay nada que el coraje y el amor no puedan vencer. Un coraje de cinco años, un amor de cinco

años, es la prueba inhumana que franceses y francesas han soportado sobre sí y que miden la dimensión de su infortunio.

Todo esto es lo que se ha querido conmemorar en la Semana del Ausente. Una semana no es gran cosa. Es que es más fácil ser ingenioso en la desdicha que en la felicidad y cuando queremos aliviar desgracias, no tenemos tantos medios, entonces damos dinero. Espero solamente que se dará mucho dinero. Ya que no podemos nada ante el dolor, hagamos algo por la miseria. El dolor será así más libre y todos esos seres frustrados podrán disponer de su tiempo para sus sufrimientos. Será un lujo del que están privados desde hace mucho.

Pero que nadie se crea libre y que el dinero donado no tranquilice las conciencias: hay deudas que no se agotan. A los que están allá, a esa inmensa multitud misteriosa y fraternal, le damos el rostro de los que conocemos y nos fueron arrancados. Pero sabemos bien que no los hemos amado bastante, que no hemos aprovechado lo suficiente el tiempo en que ellos se dirigían a nosotros. Nadie los ha amado bastante, ni siquiera su patria puesto que están todavía donde están. Que al menos esta semana, "nuestra" semana, no nos haga olvidar "sus" años. Que nos enseñe a no amarlos con un amor mediocre, que nos dé memoria e imaginación, lo único que puede hacernos dignos de ellos. Por sobre todo, que nos sirva para olvidar nuestras vanas palabras y para preparar el silencio que les ofreceremos ese día difícil y maravilloso en que estén frente a nosotros.

(*Combat*, 22 de diciembre de 1944).

### **CAPÍTULO III**

Hemos leído con el resto y la aprobación que merece la carta de un combatiente, publicada ayer por *Le Populaire*. Su severidad es legítima, sus condenas, fundadas en su mayoría. En cuanto al desconcierto y la amargura que trasunta, los señalamos suficientemente, muchas veces solicitamos que se someta a toda la nación a la regla de guerra, como para volver sobre ello.

Esto dicho, no podemos aprobar en la carta de nuestro camarada su condena a la juventud de retaguardia: "Juventud enclenque, títere y ridícula que se burla estrepitosamente de todo lo que la sobrepasa: Víctor Hugo o el coraje". No es que sea posible contradecir este punto de vista. En efecto, no ha sido razonado, es sólo la expresión de un estado de ánimo que, por lo demás, una parte de nosotros mismos comprende y aprueba. Pero es necesario, tal vez, pensar en los jóvenes franceses que al leer esta carta se expondría a dudar de sí mismos, creyendo que eso es lo que se puede pensar de ellos y acongojándose por haber dado a sus mayores una imagen tan irrisoria y a tal punto desesperante.

Pues bien, esta condena no es fundada. La excesiva generalización es su defecto. Está dictada por la legítima impaciencia de los que han sufrido. Hay en toda amargura un juicio sobre el mundo. La decepción lleva a generalizar y se habla de toda una juventud cuando sólo se ha contemplado a algunos desdichados pero creemos posible testimoniar a favor de esta juventud que los hombres de la colaboración insultaron durante años y que sería injusto condenar en el mismo momento en que necesitamos de ella.

La tarea de la juventud francesa no fue fácil. Parte de ella combatió, y sabemos bien que el día de la insurrección había detrás de las barricadas tantos rostros de jóvenes como de adultos. Otros no encontraron ocasión de luchar o no tuvieron presencia de ánimo. Hoy todos están a la expectativa. Dos generaciones legaron a esta juventud la desconfianza hacia las ideal y el

pudor de las palabras. Hela aquí ahora ante inmensas tareas para las cuales no se la ha provisto de ninguna herramienta. No tiene nada que hacer y yodo en este mundo la supera. ¿Quién podría decir que es ella la culpable? He visto hace poco muchos de esos rostros jóvenes reunidos en una sala. Sólo leí en ellos seriedad y atención. Precisamente, esta juventud está atenta. Lo que quiere decir también que espera y que a este llamado mudo nadie ha contestado todavía. No es ella, somos nosotros, es el país entero y el gobierno con él, los responsables de su aislamiento y de su pasividad.

No se le ayudará con palabras despectivas. Se la ayudará con una mano fraternal y un lenguaje viril. Este país, que ha sufrido durante tanto tiempo de sensibilidad, no puede prescindir de su juventud. Pero esta juventud necesita que se le otorgue confianza y que se la conduzca con espíritu de grandeza y no en un clima de desamparo o de desgano. Francia conoció la época del coraje desesperado. Ese coraje sin porvenir ni dulzura fue, quizás, el que la salvó en todo no puede servir indefinidamente. Los franceses no necesitan, ciertamente, ilusiones. Ya están demasiado dispuestos a alimentarlas. Pero Francia no puede vivir sólo de desconfianza y de rechazo. Su juventud, en todo caso, necesita que se la provea de afirmaciones para poder afirmarse ella misma.

Siempre es difícil unir realmente a los que combaten y a los que esperan. La comunidad de la esperanza no es suficiente, es preciso la de las experiencias. Pero si bien no será jamás posible unir en un mismo espíritu a hombres cuyos sufrimientos son distintos, no hagamos nada al menos que pueda enfrentarlos. En el caso que nos ocupa, no agreguemos a las angustias de los jóvenes franceses una condena que los sublevará si la siente injusta y los colocará en situación de inferioridad si piensan que es plausible. Nosotros tenemos buenas razones para ceder, a veces, ante la amargura. Pero, dentro de lo posible, debemos guardárnosla para nosotros.

No, en verdad esta juventud no se burla de lo que la sobrepasa. La que hemos conocido, al menos, no se ha reído nunca más que de las grandes palabras ampulosas y tenía razón. Pero la hemos visto siempre silenciosa en medio de la lucha o ante el espectáculo del valor. Es el indicio de su calidad y la certidumbre de un alma difícil que sólo puede emplearse y que no es todavía responsable de la soledad en que se la deja.

(*Combat*, 22 de diciembre de 1944).

## **CAPÍTULO IV**

“Nuestro alimento es un litro de sopa a mediodía y café con trescientos gramos de pan por la noche... Estamos cubiertos de piojos y pulgas... Todos los días mueren judíos. Una vez muertos, son apilados en un rincón del campo de concentración y esperan que haya bastantes para enterrarlos... Entonces, durante horas y días, a causa del sol, un olor infecto se esparce en el campo judío y sobre el nuestro”.

Este campo inundado por el horrendo olor de la muerte, es el de Dachau. Lo sabíamos desde tiempo atrás y el mundo comienza a cansarse de tantas atrocidades. Los delicados lo encuentran monótono y nos reprocharán hablar todavía de ello. Pero Francia encontrará, tal vez, una nueva sensibilidad cuando sepa que este grito es lanzado por uno de los miles de deportados políticos en Dachau ocho días después de su liberación por las tropas norteamericanas. Pues esos hombres han sido mantenidos en su campo a la espera de una repatriación que no ven llegar. En los mismos lugares en que creyeron alcanzar al extremo infortunio, conocen hoy un sufrimiento más extremo, porque concierne ahora a su confianza.



Los fragmentos que citamos están extraídos de una carta de cuatro páginas dirigida por un internado a su familia, que tenemos a disposición de todos. Muchas informaciones nos permitían creer, en efecto, que tales cosas ocurrían con nuestros camaradas deportados. Pero nos conteníamos de hablar a la espera de informaciones más seguras. Hoy ya no es más posible. El primer mensaje que nos llega de allá es decisivo y tenemos que gritar nuestra indignación y nuestra cólera. Hay allá una vergüenza que debe cesar.

Cuando los campos alemanes rebosan de víveres, cuando los generales hitleristas comen a sus anchas, es una vergüenza, efectivamente, que los internados políticos pasen hambre. Cuando los "deportados de honor" son repatriados inmediatamente y en avión, es vergonzoso que nuestros camaradas sigan viendo todavía los mismos horizontes desesperados que contemplaron durante años. Esos hombres piden gran cosa. No quieren trato de favor. No reclaman medallas ni discursos. Sólo quieren volver a sus casas. Ya están hartos. Aceptaron sufrir por la Liberación, pero no puede comprender que haya que sufrir la Liberación. Sí, están hartos porque se les habrá malbaratado todo, hasta esta victoria que es también -hasta un punto que este mundo indiferente a las cosas del espíritu no puede saber- su victoria.

Es preciso que se sepa que uno sólo de los cabellos de estos hombres es más precioso para toda Francia y para el universo entero que una veintena de esos políticos cuyas sonrisas son registradas por nubes de fotógrafo. Ellos, y sólo ellos, fueron los custodios del honor y los testimonios del coraje. Por esto es necesario que se sepa que si ya no es insoportable saberlos en medio del hambre y la enfermedad, no soportemos que se los desespere.

En esta carta en que cada línea es motivo de furor y de rebelión para el lector, nuestro camarada dice lo que fue el día de la victoria de Dachau: "ni un grito, ni una manifestación; este día no nos aporta nada". ¿Se comprende lo que esto quiere decir, cuando se trata de hombres que, en lugar de esperar que la victoria les llegara del otro lado del mar, sacrificaron todo para apresurar ese día de sus más caras esperanzas? ¡Helo aquí, ese día! Debe, sin embargo, encontrarlos en medio de cadáveres y de pestilencias, contenidos sus ímpetus por las alambradas, desconcertados ante un mundo que, en sus más negros pensamientos, no habían podido imaginar hasta tal punto estúpido e inconsciente.

Nos detendremos aquí, pero si este clamor no es escuchado, si los organismos aliados no anuncian medidas inmediatas, repetiremos este llamado, emplearemos todos los medios a nuestro alcance para gritar por encima de todas las fronteras y hacer saber al mundo cuál es la suerte que las democracias victoriosas reservan a los que se han sacrificados por ellas para que los principios que ellas defienden tengan al menos apariencia de verdaderos.

(*Combat*, 17 de mayo de 1945).

## **CAPÍTULO V**

Protestamos anteayer a causa de la suerte reservada a los deportados que están aún en los campos de concentración de Alemania. Nuestros camaradas de *France-Soir* intentaron ayer dar a nuestra protesta una interpretación política que rechazábamos categóricamente. Semejante tentativa no sólo es pueril, sino aun de mal tono ante un problema tan grave. No tenemos a nadie que defender. Sólo apuntamos a salvar las más preciosas vidas francesas. Ni la política, ni las susceptibilidades nacionales tienen nada que hacer frente a esta angustia.

En todo caso, no es el momento de iniciar procesos, pues el proceso sería general. Es hora de actuar con rapidez y de remover brutalmente las imaginaciones perezosas y los corazones

indiferentes que nos cuestan hoy tan caros. Hay que actuar y actuar rápidamente, y si nuestra voz puede provocar la agitación necesaria, la emplearemos, sin perdonar a nadie.

Los norteamericanos nos prometen hoy repatriar en avión a cinco mil deportados por día. Esta promesa llega después de nuestro llamado y tomamos nota de ella con alegría y satisfacción. Pero aún queda el problema de los campos de cuarentena. Los campos de Dachau y de Allach están siendo diezmados por el tifus. Al 6 de mayo se contaban 123 muertes por día. Los médicos deportados que están allá piden que la cuarentena se haga, no más en el campo mismo que está superpoblado y donde cada pulgada de terreno está infectada, sino en el campo de los S. S. que se halla a pocos kilómetros y es limpio y confortable. Esto no se ha obtenido aún y debe obtenerse.

Cuando todo esté resuelto, habrá que determinar las responsabilidades, y se hará. Pero hay que despertar a los que duermen, a todos los que duermen, sin excepción. Es preciso decirles, por ejemplo, que es inadmisibles que nuestros camaradas deportados no tengan correspondencia regular con sus familias y que la patria les parezca hoy tan lejana como en los días de su mayor desdicha. Hay que decirles también que no son conservas lo que se les debe dar a esos organismos arruinados, sino una alimentación controlada por médicos que exige todo un equipo y que ahorrará algunas de esas vidas irremplazables.

Continuaremos protestando, de todos modos, hasta que hayamos recibido completa satisfacción. Si nuestro artículo anterior ha provocado alguna emoción, tanto mejor. Hubiera sido preferible, sin duda, que no hubiera hecho falta un artículo para que esa emoción naciera. Hay en Dachau espectáculos que hubieran debido alcanzar. Pero no es tiempo de lamentaciones, sino de acción.

Para hablar con claridad, nada reprochamos en especial a los norteamericanos. Se sabe, por otra parte, que desde aquí hacemos todo lo posible para preservar la amistad norteamericana. Pero lanzamos una acusación general ante la cual los responsables deben reconocerse, retractarse públicamente y hacer lo posible para reparar sus olvidos y sus errores. Los hombres y las naciones no siempre ven dónde están su interés y su verdadera riqueza.

Los gobiernos, no importa cuáles, de las democracias están demostrando, en este caso particular, que ignoran dónde se hallan sus verdaderas *élites*. Están en esos campos infectos donde algunos sobrevivientes de un grupo heroico se baten todavía contra la indiferencia y la inconstancia de los suyos.

Francia, en particular, perdió a sus mejores hijos en la lucha voluntaria de la Resistencia. Es una pérdida que Francia mide día a día en su verdadera extensión. Cada uno de los hombres que muere hoy en Dachau aumenta aún más su debilidad y su desdicha. Lo sabemos demasiado bien como para no ser terriblemente avaros de esos hombres y para no defenderlos con todas nuestras fuerzas, sin miramientos para nadie ni nada, hasta que sean liberados por segunda vez.

(*Combat*, 19 de mayo de 1945).

## PESIMISMO Y TIRANÍA

### EL PESIMISMO Y EL VALOR

Desde hace algún tiempo ya se ven aparecer artículos que se refieren a obras presuntamente pesimistas, artículos que pretenden demostrar, en consecuencia, que esas obras conducen directamente a la más cobarde servidumbre. El razonamiento es elemental. Una filosofía pesimista es, en esencia, una filosofía desalentada y quienes no creen que el mundo es bueno están destinados a aceptar servir a la tiranía. El más eficaz de esos artículos, por ser el mejor, es el del señor Georges Adam en *Les lettres françaises*. El señor George Rabeau, en uno de los últimos números de *L'Aube*, retoma esa acusación bajo el título inaceptable de: “¿El nazismo no ha muerto?”.

Sólo veo una manera de responder a esta campaña: hacerlo abiertamente. Aunque el problema me sobrepase, aunque apunte a Malraux, Sartre y algunos otros más importantes que yo, me parecería hipócrita no hablar en mi nombre. No insistiré, sin embargo, sobre el fondo de la discusión. La idea de que un pensamiento pesimista es forzosamente desalentado es una idea pueril, pero que necesita una muy larga refutación. Sólo hablaré del método que inspiró esos artículos.

Digamos ante todo que es un método que no quiere tener en cuenta los hechos. Los escritores aludidos en esos artículos han probado en su turno, y como han podido, que a falta de optimismo filosófico, el deber humano, al menos, no les era ajeno. Un espíritu objetivo aceptaría pues decir que una filosofía negativa no es incompatible, en los hechos, con una moral de la libertad y del valor. Sólo vería en ella la ocasión de aprender algo sobre el corazón humano.

Ese espíritu objetivo tendría razón. Pues esta coincidencia, en algunos espíritus, de una filosofía de la negación y de una moral positiva representa, de hecho, el gran problema que sacude dolorosamente todo esta época. Brevemente, es un problema de civilización y se trata para nosotros de saber si el hombre, sin el auxilio de lo eterno o del pensamiento racionalista, puede crear por sí solo sus propios valores. Esta empresa nos sobrepasa a todos infinitamente. Lo digo porque así lo creo: Francia y Europa deben hoy crear una nueva civilización o perecer.

Pero las civilizaciones no se forjan a reglazos sobre la punta de los dedos, sino por la confrontación de ideas, por el espíritu vivificador, por el dolor y el coraje. No es posible que temas que son los de Europa desde hace cien años sean juzgados en un santiamén en *L'Aube*, por un editoralista que, con toda tranquilidad, atribuye a Nietzsche afición por la lujuria y a Heidegger la idea de que la existencia es inútil. No me agrada mucho la demasiado célebre filosofía existencialista, y, para decirlo de una vez, creo que sus conclusiones son falsas. Pero representa, al menos, una gran aventura del pensamiento y difícilmente se soporta verla sometida, como lo hace el señor Rabeau, al juicio del conformismo más estrecho.

Es que en realidad esos temas y esas empresas no son apreciados en estos momentos de acuerdo con las reglas de la objetividad. No son juzgados según los hechos, sino según una doctrina. Nuestros camaradas comunistas y nuestros camaradas cristianos nos hablan desde lo alto de doctrinas que respetamos. No son las nuestras, pero jamás se nos ocurrió hablar de ellas con el tono que se acaba de emplear respecto de nosotros y con la seguridad con que lo hacen. Que se nos deje, entonces, proseguir, modestamente, esta experiencia y nuestro pensamiento. El señor Rabeau nos reprocha tener quienes nos escuchan. Creo que es mucho decir. Pero lo cierto es que el malestar que nos ocupa es el de toda una época de la cual no queremos separarnos. Queremos pensar y vivir en nuestra circunstancia. Creemos que la

verdad de este siglo no puede alcanzarse más que yendo hasta el final de su propio drama. Si este tiempo sufrió de nihilismo, no es ignorándolo como obtendremos la moral que necesitamos. No, no todo se resume en la negación y el absurdo, lo sabemos. Pero, es preciso plantear en primer lugar la negación y lo absurdo porque son lo que nuestra generación ha encontrado y con lo que tenemos que arreglar.

Los hombres puestos en tela de juicio por esos artículos intentan lealmente por el doble juego de su obra y su vida resolver este problema. ¿Es tan difícil comprender que no se puede solucionar en algunas líneas una cuestión que otros no están tan seguros de resolver consagrándose a ella por entero? ¿No se les puede acordar la paciencia que se le concede a toda empresa de buena fe? ¿No se les puede hablar, en fin, más modestamente?

Detengo aquí esta protesta. Espero haber sido medido. Pero querría que se la sienta indignada. La crítica objetiva es para mí lo mejor y admito sin esfuerzo que se diga que una obra es mala o que una filosofía no es buena para el destino del hombre. Es justo que los escritores respondan de sus escritos. Ellos los obliga a reflexionar. Pero deducir de esos principios juicios sobre la disposición para la servidumbre de tal o cual personalidad para la servidumbre de tal o cual personalidad, sobre todo cuando se tiene la prueba de lo contrario, concluir que tal o cual pensamiento debe forzosamente conducir al nazismo es dar del hombre una imagen que prefiero no calificar y es suministrar muestras muy mediocres de los beneficios morales de la filosofía optimista.

(*Combat*, Septiembre de 1945).

## DEFENSA DE LA INTELIGENCIA

(Alocución pronunciada en la reunión organizada por *L'Amité français* en el salón de la *Mutualité* el 15 de marzo de 1945).

Si la amistad francesa, de la que aquí se trata, no debiera ser más que una simple efusión sentimental entre personas simpáticas, yo no daría mucho por ella. Sería lo más fácil, pero sería también lo menos útil. Y supongo que los hombres que tomaron esta iniciativa han querido otra cosa: una amistad más difícil que fuera constructiva. Para que no nos dejemos tentar por lo fácil y nos contengamos con congratulaciones recíprocas, querría simplemente en los diez minutos que me son concedidos, mostrar las dificultades de la empresa. Desde este punto de vista no podría hacerlo mejor que hablando de lo que se opone a la amistad: la mentira y el odio.

En efecto, no haremos nada por la amistad francesa si no nos libramos de la mentira y del odio. En algún sentido, es muy cierto que no nos hemos librado de ellos. Compartimos su compañía desde hace mucho tiempo. Compartimos su compañía desde hace mucho tiempo. Y, quizás, la última y más durable victoria del hitlerismo sean esas huellas vergonzosas que han quedado en el corazón de los mismos que los combatieron con todas sus fuerzas. ¿Cómo podría ser de otra manera? Desde años el mundo se ha entregado a un despliegue de odio como jamás tuvo igual. Durante cuatro años, entre nosotros mismos, hemos asistido al ejercicio razonado de este odio. Hombres como ustedes y como yo, que a la mañana acariciaban a los chiquillos en el subterráneo, se transformaban a la tarde en verdugos minuciosos. Se convertían en funcionarios del odio y la tortura. Durante cuatro años, estos funcionarios llevaron adelante su administración: allí se fabricaban pueblos de huérfanos y se fusilaban a los hombres en plena

cara para que no pudiera reconocérselos; allí se hacía entrar a taconazos los cadáveres de niños en ataúdes demasiado estrechos y se torturaba al hermano delante de la hermana; allí se formaban cobardes y se destruían las almas más altivas. Parece que estos hechos no son creídos en el extranjero. Sin embargo durante cuatro años nuestra carne y nuestra angustia los tuvieron que creer. Durante cuatro años, todas las mañanas, cada francés recibía su ración de odio y su bofetada: era el momento en que abría el diario. Forzosamente, algo de todo eso tuvo que quedar.

Nos ha quedado el odio. Nos ha quedado ese impulso que, el otro día en Dijon, lanzaba a un niño de catorce años sobre un colaboracionista linchado para aplastarle la cara. Nos ha quedado este furor que nos quema el alma al recordar ciertas imágenes y ciertos rostros. Al odio de los verdugos ha respondido el odio de la víctima. Y una vez que partieron los verdugos, los franceses se han quedado con su odio, en parte sin destino. Todavía se miran entre ellos con un resto de cólera. Y bien, en primer término debemos triunfar de todo esto. Hay que curar esos corazones envenenados. Y mañana, la más difícil victoria que debemos lograr sobre el enemigo la tendremos que librar en nosotros mismos, con el esfuerzo superior que transforme nuestra sed de odio en deseo de justicia. No ceder al odio, no hacer ninguna concesión a la violencia, no admitir que nuestras pasiones nos enceguezcan, he aquí lo que todavía podemos hacer por la amistad y contra el hitlerismo. Aún hoy, algunos periódicos se entregan a la violencia y al insulto. De ese modo, uno se rinde al enemigo. Por el contrario, se trata para nosotros de no permitir jamás que la crítica se mezcle con el insulto, se trata de admitir que nuestro oponente pueda tener razón y que, en todo caso sus razones, aunque sean malas, pueden ser desinteresadas. Se trata, en fin, de rehacer nuestra mentalidad política.

¿Qué significa todo esto? Si reflexionamos sobre ello, significa que debemos preservar la inteligencia. Estoy persuadido, en efecto, de que allí está el problema. Hace algunos años, cuando los nazis acababan de tomar el poder, Goering daba una idea precisa de su filosofía al declarar: "Cuando se me habla de inteligencia, saco el revólver". Y esa filosofía desborda a Alemania. Al mismo tiempo y en toda Europa civilizada, se denunciaban los excesos de la inteligencia y los defectos de los intelectuales. Los intelectuales mismos, por su interesante reacción y, con ellas, ese romanticismo de mala ley que prefiere sentir a comprender como si ambos pudieran separarse. Desde entonces, la inteligencia no ha dejado de ser acusada. Vino la guerra, después de la derrota. Vichy nos enseñó que la inteligencia era la gran responsable. Los campesinos habían leído demasiado a Proust. Y todo el mundo sabe que *Paris-Soir*, Fernandel y los banqueros de los círculos de amigos eran signos de inteligencia. Parece que la mediocridad de las *élites*, causa de la muerte de Francia, tenía su origen en los libros.

Aun ahora se maltrata a la inteligencia. Lo cual prueba que el enemigo no está todavía vencido. Alcanza que se haga el esfuerzo de comprender sin ideas preconcebidas, es suficiente que se hable de objetividad para que se denuncie de sutil a quien tal hace y se ponga en tela de juicio todas sus razones. ¡Y bien, no! Esto es lo que hay que reformar. Conozco como todo el mundo que el intelectual es un animal peligroso que traiciona con facilidad. Pero no es ésa la inteligencia sana. Nosotros hablamos de la inteligencia que se apoya en el valor, de la que durante cuatro años pagó el precio que había que pagar para tener el derecho de ser respetada. Cuando esta inteligencia se paga, llega la noche de las dictaduras. Por ellos debemos mantenerla con todos sus deberes y todos sus derechos. A ese precio, sólo a ese precio, la amistad francesa tendría sentido. Porque la amistad es la ciencia de los hombres libres. Y no hay libertad sin inteligencia y sin comprensión recíprocas.

Para terminar, me dirigiré a ustedes, estudiantes. No soy de los que les predicarán virtud; muchos franceses la confunden con debilidad. Si tuviera algún derecho, les predicaría más bien la pasión. Pero querría que sobre uno o dos puntos, los que constituirían la inteligencia francesa del mañana, están, al menos, resueltos a no ceder jamás. Querría que no cedieran cuando se les diga que la inteligencia está siempre de más, cuando se les pretenda probar que es lícito

mentir para triunfar más fácilmente. Querría que no cedieran ante la insidia, ni ante la violencia, ni ante la abulia. Sólo entonces, tal vez, será posible una amistad francesa que sea otra cosa que vana charlatanería. Entonces, quizás en una nación libre y apasionada de verdad, el hombre volverá a sentir ese amor por el hombre sin el cual el mundo jamás será otra cosa que una inmensa soledad.

## **DOS AÑOS DESPUÉS**

### **DEMOCRACIA Y MODESTIA**

El parlamento reinicia sus sesiones. Van a recomenzar los arreglos; los regateos, las triquiñuelas. Los mismos problemas que nos abruman desde hace dos años van a ser llevados a los mismos callejones sin salida. Y cada vez que una voz libre intente decir, sin pretensiones, lo que piensa de ellos, un ejército de perros guardianes, de todo pelo y color, ladrará furiosamente para tapar su eco.

Nada de todo esto es divertido, por supuesto. Felizmente, cuando uno sólo mantiene esperanzas razonables, no se sienten desfallecer. Los franceses que vivieron plenamente los diez últimos años aprendieron al menos a no temer por ellos mismos, sino solamente por los demás. Ya han pasado lo peor. De ahora en más están tranquilos y firmes. Repitamos, pues, tranquila y firmemente, con esa inalterable ingenuidad que se tiene a bien reconocernos, los principios elementales que nos parecen los únicos apropiados para hacer aceptable la vida política.

No hay, tal vez, ningún régimen político bueno, pero la democracia es, con toda seguridad, el menos malo. La democracia no puede separarse de la noción de partido, pero la noción de partido puede muy existir sin la democracia. Esto ocurre cuando un partido o un grupo de hombres creen poseer la verdad absoluta. Es por ello que el Parlamento y los diputados necesitan hoy una cura de modestia.

El mundo de hoy hace evidente todas las razones de esta modestia. ¿Cómo olvidar que ni el parlamento ni ningún gobierno tienen los medios para resolver los problemas que nos acosan? La prueba está en que ninguno de esos problemas fue abordado por los diputados sin que se pusiera en evidencia la querrela internacional. ¿Nos falta carbón? Es porque los ingleses no niegan el del Ruhr y los rusos el del Sarre. ¿Falta pan? El señor Blum y el señor Thorez se echan en cara las toneladas y los quintales de trigo que nos hubiera debido proveer Moscú y Washington. Imposible mejor prueba de que el Parlamento y el gobierno no pueden por el momento desempeñar más que un papel puramente administrativo y que Francia, en fin, es un país dependiente.

Lo único que se puede hacer es reconocerlo, extraer de ellos las consecuencias que convienen y tratar, por ejemplo, de definir en común el orden internacional sin el cual ningún problema interno se arreglará jamás en ningún país. Dicho de otro modo, sería necesario que nos olvidáramos un poco de nosotros mismos. Esto daría a los diputados y a los partidos un poco de esa modestia que caracteriza a las buenas y verdaderas democracias.

Demócrata, en definitiva, es aquel que admite que el adversario puede tener razón, que le permite, por consiguiente, expresarse y acepta reflexionar sobre sus argumentos. Cuando los

partidos o los hombres están demasiados persuadidos de sus razones como para cerrar la boca de sus oponentes por la violencia, entonces la democracia no existe más. Cualquiera que sea la ocasión para que se manifiesta la modestia, ésta es saludable para la repúblicas. Hoy Francia no tiene ya los medios para ser poderosa. Dejemos a otros el cuidado de decir si esto es bueno o malo. Pero es una coyuntura. A la espera de recuperar ese poderío o de renunciar a él, le queda aún a nuestro país la posibilidad de ser un ejemplo. Pero sólo podrá serlo a los ojos del mundo proclamando las verdades que puede descubrir en el interior de sus fronteras, es decir afirmando, por el ejercicio de su gobierno, que la democracia interna será aproximativa en tanto no se realice un orden democrático internacional y planteando en principio, finalmente, que ese orden, para ser democrático, debe renunciar a los desgarramientos de la violencia.

Son éstas -ya se habrá comprendido- consideraciones voluntariamente inactuales.

(*Combat*, febrero de 1947).

## EL CONTAGIO

Francia es, sin duda, un país menos racista que todos aquellos que he tenido ocasión de visitar. Por ello es imposible aceptar sin indignarse los signos que aparecen, aquí y allá, de esta enfermedad estúpida y criminal.

Un diario de la mañana exhibe en primera página, a varias columnas, este titular: "El asesino Raseta" Es un indicio. Pues es bien evidente que el asunto Raseta está ahora en la etapa de la instrucción sumarial y es inadmisibles publicar una acusación tan grave antes de que esa instrucción haya finalizado.

Debo decir desde ya que sobre el problema *malgache* sólo tengo, como información veraz, relatos de atrocidades cometidas por los insurrectos e informes sobre algunos aspectos de la represión. Por mis convicciones, siento igual repugnancia por ambos métodos. Pero el asunto es saber si el señor Raseta es un asesino o no. Con toda seguridad, un hombre honesto no lo decidirá antes de terminar la instrucción. En ningún momento del proceso, periodista alguno habría osado publicar tal titular si el presunto asesino se llamara Dupont o Durand. Pero el señor Raseta es *malgache* y debe ser asesinado de todos modos. Un titular como ése no deja de tener consecuencias.

No es el único indicio. Se encuentra normal que el desdichado estudiante que mató a su novia utilice para desviar las sospechas la presencia de "sidis"<sup>1</sup>, como ellos dicen, en el bosque de Sénart. Si un árabe se pasea por el bosque, la primavera no tiene nada que ver. Sólo puede hacerlo para asesinar a sus contemporáneos.

Del mismo modo, uno puede estar seguro de encontrar, en cualquier momento, un francés, a menudo inteligente por otra parte, que dice que los judíos en realidad exageran. Naturalmente, este francés tiene un amigo judío, que, él por lo menos... En cuanto a los millones de judíos que fueron torturados y quemados, el interlocutor no aprueba esos métodos, lejos de allí. Simplemente encuentra que los judíos exageran y que no tienen razón en apoyarse los unos a los otros, aunque esta solidaridad les haya sido enseñada por el campo de concentración.

Sí, éstos son indicios. Pero hay más. Hace un año se utilizaron en Argelia los métodos de la represión colectiva. *Combat* reveló la existencia de la cámara de confesiones "espontáneas" en

---

<sup>1</sup> Sidi designa, en argot, al moro (N. del T.).

Fianarantsoa. Tampoco aquí voy a abordar el fondo del problema, que es de otro orden. Pero es necesario hablar de la forma, que da motivos para la reflexión.

Tres años después de haber experimentado los efectos de una política de terror, algunos franceses reciben estas noticias con la indiferencia de las personas que ya han visto demasiado. Sin embargo, el hecho está allí, claro y horroroso como la verdad misma: hacemos en estos casos lo mismo que les reprochamos a los alemanes. Sé bien que se no ha dado la explicación de esto: los rebeldes malgaches torturaron, también ellos, a franceses. Pero la villanía y el crimen del adversario no disculpan que uno se convierta en villano y criminal. Yo no he oído decir que nosotros hayamos construido hornos crematorios para vengarnos de los nazis. Hasta que se pruebe lo contrario, les hemos opuesto nuestros tribunales. La justicia clara y firme es la prueba del derecho. Y lo que debería representar a Francia es la justicia.

En realidad la explicación es otra. Si los hitleristas aplicaron a Europa sus leyes abyectas es porque consideraban que su raza era superior y que la ley no podía ser la misma para los alemanes y para los pueblos esclavos. Si nosotros, franceses nos rebelábamos contra ese terror, es porque estimábamos que todos los europeos son iguales en derecho y en dignidad. Pero si hoy los franceses se enteran sin sublevarse de los métodos que otros franceses utilizan a veces contra los argelinos o los malgaches, es porque viven, de manera inconscientes, en la certeza de que nosotros somos, de alguna manera, superiores a esos pueblos y que la elección de los medios adecuados para mostrar esa superioridad importa poco.

Repito, no se trata de solucionar aquí el problema colonial, ni de disculpar nada. Se trata de detectar los signos de un racismo, que deshonra, al menos, al nuestro. En eso debería consistir nuestra auténtica superioridad y algunos de nosotros temblamos de que se pueda perder. Si es verdad que el problema colonial es el más complejo de los que se nos plantea, si es verdad que gobierna la historia de los próximos podremos resolverlo si introducimos en él los más funestos prejuicios.

No se trata aquí de abogar por un sentimentalismo ridículo que mezclaría todas las razas en una confusión enternecida. Los hombres no se asemejan, es verdad, y sé bien cuán profundas tradiciones me separan de un africano o de un musulmán. Pero también sé muy bien lo que me une a ellos y que hay algo en cada uno de ellos que no puedo despreciar sin envilecerme yo mismo. Por todo esto es necesario decir claramente que estos signos, espectaculares o no, de racismo revelan lo que hay de más abyecto y de más insensato en el corazón de los hombres. Solamente cuando hayamos triunfado del racismo tendremos el difícil derecho de denunciar, donde las encontremos, la tiranía o la violencia.

*(Combat, 10 de mayo de 1947).*

## **ANIVERSARIO**

El 8 de mayo de 1945, Alemania firmaba la más importante capitulación de la historia. El general Jodl declaraba entonces: “Considero que la rendición pone a Alemania y al pueblo alemán al arbitrio de sus vencedores”. Dieciocho meses después, Jodl era ahorcado en Nuremberg. Pero no pudo ahorcarse a setenta millones de alemanes, Alemania está siempre al arbitrio de los vencedores, y, en fin, este aniversario no es jubiloso, la victoria tiene también sus servidumbres.

Sucede que Alemania no ha dejado de estar bajo acusación, lo que vuelve difícil, sobre todo para un francés, decir o hacer cosas razonables al respecto. Hace dos años, la radio de



Flensburg difundía, por orden de Doenitz, un llamado en el que los dirigentes provisionales del Reich vencido expresaban su esperanza "de que la atmósfera de odio que rodía Alemania en toda la tierra sea poco a poco remplazada por un espíritu de conciliación entre naciones sin el cual el mundo no puede rehabilitarse". Esta lucidez llegaba con cinco años de retraso y la esperanza de Doenitz se realizó sólo a medias. El odio a Alemania fue sustituido por un extraño sentimiento en el que la desconfianza y un vago rencor se mezclan con una indiferencia fatigada. En cuanto al espíritu de conciliación...

El silencio de tres minutos que siguió al anuncio de la capitulación alemana se prolonga, pues, interminablemente en el mutismo en que la Alemania ocupada prosigue su existencia huraña, en medio de un mundo que le opone tan sólo una indiferencia algo despectiva. Ello se debe, sin duda, a que el nazismo, como todos los regímenes rapaces, podía esperar todo del mundo, excepto el olvido. Fue ese mismo régimen el que nos enseñó el odio. Y quizás ese odio podría haberse olvidado, ya que la memoria de los hombres se disipa a la misma velocidad a que marcha la historia. Pero el cálculo, la precisión minuciosa y fría que el régimen hitlerista ponía en el odio siguen estando en todos los corazones. Los mecanismos de odio olvidan menos rápidamente que sus ejecutores. Es una advertencia válida para todos.

Hay, pues, ciertas cosas que los hombres de mi edad no puede olvidar. Pero ninguno de nosotros aceptaría, creo, pisotear a un vencido. La justicia absoluta es imposible, como son imposibles el odio o el amor eternos. Por ello es necesario volver a la razón. Ya no estamos en tiempos del Apocalipsis. Hemos entrado en los tiempos de la organización mediocre y de las conciliaciones sin grandeza. Por prudencia y por afán de felicidad hay que preferir éstos, aunque se sepa que a fuerza de mediocridad se vuelve a los apocalipsis. Pero este respiro permite la reflexión y esta reflexión en lugar de incitarnos hoy a despertar odios que dormitan, debería, por el contrario, conducirnos a colocar las cosas y a Alemania en su verdadero lugar.

Cualesquiera sea nuestra pasión íntima y el recuerdo de nuestra indignación, sabemos bien que la paz mundial necesita de una Alemania pacificada, y no se pacifica un país desterrándolo para siempre del concierto internacional. Si el diálogo con Alemania es aún posible, la razón misma exige que se reanude. Más es preciso decir, y con la misma fuerza, que el problema alemán es un problema secundario, aunque se lo quiera hacer pasar por el más importante de todos para desviar nuestra atención de lo que salta a la vista. Y lo que salta a la vista es que Alemania, más que una amenaza, se ha convertido en una presa de Rusia y de Estados Unidos. Y los únicos problemas urgentes de nuestro siglo son los que conciernen al acuerdo o la hostilidad de esas dos potencias. Si ese acuerdo se logra, Alemania, y algunos otros países con ella, conocerá un destino razonable. En caso contrario, se verá hundida en una inmensa derrota general. Es decir que, en toda ocasión, Francia debe preferir el esfuerzo de la razón a la política del poderío. Es preciso elegir en la actualidad entre hacer cosas probablemente ineficaces o ciertamente criminales. Creo que la elección no es difícil.

Además, ese esfuerzo es una muestra de confianza en sí mismo. Es la muestra de que uno se siente suficientemente firme como para continuar luchando y abogando, suceda lo que sucediere, por la justicia y la libertad. El mundo actual no es un mundo esperanzado. Tal vez volvamos al Apocalipsis. Pero la capitulación de Alemania, esa victoria contra toda lógica y toda esperanza, ilustrará por mucho tiempo esa impotencia de la fuerza de la que Napoleón hablaba con melancolía: "A la larga, Fontanes, el espíritu termina siempre por vencer a la espada". A la larga, sí... Pero, después de todo, es buena regla de conducta pensar que el espíritu libre siempre tiene razón y termina siempre por triunfar, ya que el día en que deje de tener razón será el día en que la humanidad entera habrá errado y en que la historia de los hombres habrá perdido su sentido.

(*Combat*, 7 de mayo de 1947).

## ESTO NO TIENE DISCULPA

Hemos podido leer, en nuestro número de ayer, la valiente carta que el R. P. Riquet, miembro de la Resistencia y deportado, dirigió al señor Ramadier. Ignoro lo que los cristianos puedan pensar al respecto. Pero, por mi parte, no me quedaría con la conciencia tranquila si dejara sin eco esta carta. Y me parece, por el contrario, que un no creyente debe sentirse obligado, más que nadie, a manifestar su indignación ante la incalificable actitud que parte de nuestra prensa ha tenido en este asunto.

No tengo deseo de justificar a cualquiera. Si es verdad que algunos religiosos conspiraron contra el Estado, merecen, sin duda, ser castigados de acuerdo con las leyes que este país se ha dado. Pero, a mi leal saber, y hasta el presente, Francia nunca creyó que la responsabilidad pudiera hacerse colectiva. Antes de denunciar a los conventos como nidos de asesinos y de traidores, a la iglesia entera como un vasto y oscuro complot, hubiera sido preferible que los periodistas y los militantes de los partidos hicieran memoria.

Quizás reencontraran la imagen de un tiempo en que algunos conventos encubrían, con su silencio, un complot muy diferente. Quizás admitieran poner frente a los tibios y a los claudicantes el ejemplo de algunos héroes que supieron abandonar sin discursos sus comunidades pacíficas, por las comunidades torturadas de los campos de concentración. Nosotros que fuimos los primeros en denunciar la complaciente actitud de algunos dignatarios de la iglesia, tenemos el derecho de escribir esto en momentos en que otros periodistas olvidan de tal manera los deberes y la dignidad de su profesión como para llegar al insulto.

Cualquiera sea la responsabilidad de un gobierno que no reveló más que lo que le convenía y que eligió para hacerlo el momento más favorable para él, la de los periodistas es aún mayor. Pues han ocultado lo que sabían, se desviaron de lo que constituye nuestra única justificación, que es nuestra comunidad de sufrimiento durante cuatro años. Para periódicos que tuvieron el honor de la clandestinidad es un olvido imperdonable, una falta a la más noble de las memorias y un desafío a la justicia. Cuando *Frank-Tireur*, al responder al padre Riquet, sin reproducir su carta, exclama: “Quién permanece fiel al espíritu de la Resistencia? ¿Los que tratan de sustraer a la justicia a los verdugos de los sacerdotes deportados o quienes quieren castigarlos?”, olvida que si hay una justicia que debe aplicarse al enemigo, hay otra, superior ante el espíritu, que se le debe a los hermanos de armas. La más estricta justicia exigía a este respecto que se hiciera el esfuerzo de no mezclar, en la confusión de una acusación general, a un puñado de acusados con la inmensa corte de inocentes, olvidando porque sí a todos lo que se hicieron matar. No, decididamente, nada lo justifica.

Pero, en verdad, ¿para qué protesta? El espíritu calculador se vuelve sordo, predicamos en el desierto. ¿Quién se preocupa hoy por la Resistencia y su honor? Después de estos años en que tantas esperanzas fueron destrizadas cuesta retomar el mismo lenguaje. Sin embargo, es necesario. Sólo se habla de lo que se conoce, uno se avergüenza por los que ama y sólo por ellos. Ya oigo desde aquí la burla. ¡Qué! ¿*Combat* está ahora con la iglesia? Pero esto no tiene importancia. Los no creyentes como nosotros solamente odiamos el odio y mientras haya un soplo de libertad en este país seguiremos negándonos a unírnos con los que gritan e insultan, para quedarnos, tan sólo, junto a lo que atestiguan, no importa quiénes sean.

(*Combat*, 22 de marzo de 1947).

## NI VÍCTIMAS NI VERDUGOS

### EL SIGLO DEL MIEDO

El siglo XVII fue el siglo de las matemáticas, el XVIII el de las ciencias físicas y el XIX el de la biología. Nuestro siglo XX es el siglo del miedo. Se me dirá que el miedo no es una ciencia. Pero, en primer lugar, la ciencia en cierto modo responsable de ese miedo, porque sus últimos avances teóricos la han llevado a negarse a sí misma y porque sus perfeccionamientos prácticos amenazan con destruir la tierra toda. Además, si bien el miedo en sí mismo no puede ser considerado una ciencia, no hay duda de que es, sin embargo, una técnica.

Lo que más impresiona en el mundo en que vivimos es, primeramente y en general, que la mayoría de los hombres (salvo los creyentes de todo tipo) están privados de porvenir. No hay vida valedera sin proyección hacia el porvenir, sin promesas de maduramiento y de progreso. Vivir contra una pared es una vida de perro. ¡Y bien! Los hombres de mi generación y de la que ingresa hoy en los talleres y las facultades vivieron y viven cada vez más como perros.

Por cierto, no es la primera vez que los hombres se hallan ante un porvenir materialmente cerrado. Pero salían adelante, por lo general, gracias a la palabra y al clamor. Recurrían a otros valores en los que depositaban sus esperanzas. Hoy nadie habla ya (salvo los que se repiten) porque el mundo nos parece conducido por fuerzas ciegas y sordas que no oyen las voces de advertencia, los consejos y las súplicas. Algo en nosotros fue destruido por el espectáculo de los años que acababan de vivir. Y ese algo es aquella eterna confianza del hombre que le ha hecho creer siempre que podían obtenerse de otro hombre reacciones humanas hablándole con el lenguaje de la humanidad. Nosotros vimos mentir, envilecer, matar, deportar, torturar y cada vez que sucedía era imposible persuadir a los que lo hacían de no hacerlo, porque estaban seguros de sí mismo y porque no se persuade a una abstracción, es decir al representante de una ideología.

El largo diálogo de los hombres acaba de cortarse. Y, por supuesto, un hombre a quien no se puede persuadir es un hombre que da miedo. Así, al lado de los que no hablaban porque lo juzgaban inútil, se extendían y se extiende aún una inmensa conspiración del silencio, aceptada por los que tiemblan y se dan buenas razones para ocultarse a sí mismos que tiemblan, y suscitada por quienes tienen interés en hacerlo, "No deben ustedes hablar de la depuración de artistas en Rusia, porque es hacerle el juego a la reacción". "No deben decir que Franco se mantiene en el Poder gracias a la ayuda de los anglosajones, porque es hacerle el juego al comunismo". Bien decía yo que el miedo es una técnica.

Entre el miedo muy general a una guerra que todo el mundo prepara y el miedo particular a las ideologías homicidas, es muy cierto que vivimos en el terror. Vivimos en el terror porque ya no es posible la persuasión, porque el hombre fue entregado por completo a la historia y no puede volverse hacia esa parte de sí mismo, tan verdadera como la parte histórica, y que reencuentra ante la belleza del mundo y de los rostros; porque vivimos en el mundo de la abstracción, el mundo de las oficinas y de las máquinas, de las ideas absolutas y del mesianismo sin matices. Nos asfixia esa gente que cree tener la razón absoluta, ya sea con sus máquinas o con sus ideas. Y para todos aquellos que no pueden vivir sino en el diálogo y la amistad de los hombres, este silencio es el fin del mundo.

Para salir de este terror habría que poder reflexionar y actuar según esa reflexión. Pero el terror, precisamente, no constituye un clima favorable para la reflexión. Creo, sin embargo, que en lugar de vituperar este miedo, hay que considerarlo como uno de los primeros elementos de la

situación y tratar de ponerle remedio. Nada hay más importante. Pues esto concierne a la suerte de gran número de europeos a quienes, hartos de violencia y de mentiras, burlados en sus esperanzas más caras, les repugna tanto la idea de matar a sus semejantes para convencerlos como la de ser convencidos de la misma manera. Sin embargo, es la alternancia en que se coloca a esta gran masa de hombres de Europa, que no pertenecerá a ningún partido, o que no están cómodos en el que eligieron, que dudan de que el socialismo se haya realizado en Rusia y el Liberalismo en los Estados Unidos, que reconocen, no obstante, a aquéllos y a éstos el derecho de afirmar su verdad, pero les rehúsan de imponerla por la muerte, individual o colectiva. Entre los poderosos de la hora actual, esos hombres no tienen fuerza y sólo podrán hacer admitir (no digo triunfar, sino admitir) su punto de vista y sólo recuperará su lugar en el mundo cuando hayan tomado conciencia de lo que quieren y lo digan simple y enérgicamente, como para que sus palabras puedan liar un haz de energías. Y si el miedo no es el clima adecuado para la reflexión, deberán, en primer lugar, enfrentarlo.

Para enfrentarlo es necesario ver qué significa y que rechaza. Significa y rechaza el mismo hecho: un mundo en el que legitima el homicidio y en el que la vida humana se considera una futilidad. He aquí el primer problema político de hoy. Y antes de seguir adelante es necesario tomar posición respecto de él. Previamente a toda realización deben hoy plantearse dos preguntas: “Sí o no, directa o indirectamente, ¿quiere usted que lo maten o le violenten? Sí o no, directa o indirectamente ¿quiere usted matar o violentar?” Todos los que contesten no a estas dos preguntas quedan automáticamente enfrentados a una serie de consecuencias que deben modificar su manera de plantear el problema. Tengo el proyecto de precisar tan sólo dos o tres de esas consecuencias. Entretanto, el lector de buena voluntad puede interrogarse y responder.

*(Combat, noviembre de 1948).*

## **SALVAR VIDAS**

Habiendo dicho en una oportunidad que yo no podría ya admitir, después de la experiencia de estos dos últimos años, verdad alguna que pudiera ponerme en la obligación, directa o indirecta, de hacer condenar a muerte a un hombre, algunas personas que aprecio me hicieron notar que mi afirmación era utópica, que no hay ninguna verdad política que no nos conduzca un día a esos extremos, y que, en consecuencia, había que correr ese riesgo o aceptar el mundo tal cual es.

El argumento era presentado con energía. Pero, en primer lugar, pienso que se ponía en él tanta energía porque quienes lo exponían eran incapaces de imaginar la muerte ajena. Es un defecto de nuestra época. Del mismo modo que se ama por teléfono y que se trabajaba no ya sobre la materia sino sobre la máquina, en la actualidad uno mata y es muerto por poder. Así, la pulcritud gana, pero se pierde la vivencia.

Sin embargo, este argumento tiene otra virtud, aunque indirecta; plantea el problema de la utopía. En suma, las personas como yo querrían, un mundo no donde ya no se mate (¡no estamos tan locos!), sino donde el homicidio no esté legitimado. Y aquí estamos, en efecto, en la utopía y la contradicción. Pues vivimos precisamente en un mundo donde el homicidio es legítimo y debemos cambiar este mundo si no lo queremos así. Pero parece que no se lo puede cambiar sin correr el riesgo de cometer homicidio. El homicidio, pues, nos reenvía al homicidio y continuamos viviendo en el terror, sea que lo aceptemos con resignación, sea que queremos suprimirlo utilizando medios que sustituirán ese terror por otro terror.

En mi opinión, todo el mundo debería reflexionar sobre esto. Pues lo que me sorprende en medio de las polémicas, de las amenazas y de los estallidos de violencia es la buena voluntad de todos. Con excepción de algunos tramposos, todos, de la derecha a la izquierda, consideran que su verdad es la adecuada para promover la felicidad de los hombres. Y, sin embargo, la conjunción de esas buenas voluntades desemboca en este mundo infernal donde todavía se mata, se amenaza, se deporta a los hombres, donde se prepara la guerra y donde es imposible decir una palabra sin ser de inmediato insultado o traicionado. De aquí debe deducirse, entonces, que si los que son como nosotros viven en la contradicción, no son los únicos y que quienes los acusan de utopistas viven, tal vez, en una utopía diferente, sin duda, pero, en definitiva, más costosa.

Debe, entonces, admitirse que el rechazar la legitimación del homicidio nos obliga a reconsiderar nuestra idea de utopía. Al respecto, parece que puede afirmarse lo siguiente: es utopía todo lo que está en contradicción con la realidad. Desde este punto de vista sería totalmente utópico querer que nadie mate a nadie. Es la utopía absoluta. Pero pedir que no se legitima el homicidio es mucho menos utópico. Por otra parte, las ideologías marxistas y capitalista, basadas las dos en la idea de progreso, convencidas ambas de que la aplicación de sus principios debe conducir fatalmente al equilibrio de la sociedad, son utopías de un grado mucho más alto. Además están constándonos muy caro.

De aquí se puede deducir que la lucha se entablará en los años venideros, no entre las fuerzas de la utopía y de la realidad, sino entre diferentes utopías que tratan de insertarse en la realidad, sino entre diferentes utopía que tratan de insertarse, en la realidad y entre las cuales sólo se trata de elegir las menos costosas. Estoy convencido de que no podemos ya tener la esperanza razonable de salvarlo todo, pero, al menos, podemos proponernos salvar vidas para que el futuro siga siendo posible.

Se ve, pues, que el hecho de rechazar la legitimación del homicidio no es más utópico que las actitudes realistas de hoy. La cuestión consiste en saber si estas últimas cuestan más o menos caro. Es un problema que debemos resolver también y se me disculpará, entonces, que piense que se puede ser útil definiendo, en relación con la utopía, las condiciones que son necesarias para pacificar a los individuos y las naciones. Esta reflexión, si se la hace sin temor y sin pretensión, puede ayudar a crear las condiciones de un pensamiento justo y de un acuerdo provisional entre los hombres que no quieren ser ni víctimas ni verdugos. Entiéndase bien, no se trata, en los artículos que seguirán, de definir una posición absoluta, sino solamente de rectificar algunas ideas hoy falseadas y tratar de plantear el problema de la utopía tan correctamente como sea posible. Se trata, en suma, de definir las condiciones de un pensamiento político modesto, es decir liberado de todo mesianismo y desembarazado de la nostalgia del paraíso terrenal.

## **EL SOCIALISMO MISTIFICADO**

Si se admite que el estado de terror, confesado o no, en que vivimos de de diez años a esta parte no ha cesado aún y es en la actualidad el mayor responsable del malestar que experimentan los individuos y las naciones, es preciso ver qué se puede oponer al terror. Esto plantea el problema del socialismo occidental. Porque el terror sólo se legitima cuando se admite el principio: "El fin justifica los medios". Y que este principio no se admite más que en el caso en que la eficiencia de una acción se plantee como fin absoluto, como en las ideología nihilistas (todo está permitido, lo que importa es el éxito), o en las filosofías que hacen de la historia un absoluto (Hegel, después Marx: la sociedad sin clases es el fin, todo lo que conduzca a ella es admisible).

Éste es el problema que se les ha planteado a los socialistas franceses, por ejemplo. Hoy sienten escrúpulos. Han visto actuar a la violencia y a la opresión, de las que hasta ahora no habían tenido más que una idea bastante abstracta. Y se preguntaron si aceptarían, como quiere su filosofía, ejercer ellos la violencia, aunque provisionalmente y con un propósito sin embargo distinto. Un reciente prologuista de Saint-Just, hablando de hombres que tenía escrúpulos semejantes, escribía con desprecio: "retrocediéndose ante el horror". Nada hay más cierto. Y por ello merecieron incurrir en el desprecio de almas tan fuertes y superiores que se instalaron son titubear en el horror. Pero, al mismo tiempo, ellos dieron voz a este clamor angustiado de los mediocres -nosotros también lo somos- que son millones y que constituyen la materia prima de la historia y a los que habría algún día que tener en cuenta, pese a todos los desdenes. Por el contrario, nos parece más serio tratar de comprender la contradicción y la confusión en que se encuentran nuestros socialistas. Desde este punto de vista, es evidente que no se ha reflexionado bastante sobre la crisis de conciencia de socialismo francés tal como se ha manifestado en un congreso reciente. Es evidente que nuestros socialistas, bajo la influencia de León Blum, y más aún bajo la amenaza de los acontecimientos sienten como preocupación prioritaria los problemas morales (el fin no justifica todos los medios) que hasta ahora no habían destacado. Su legítimo deseo era remitirse a algunos principios que fueran superiores al homicidio. No es menos evidente que esos socialistas quieren mantener la doctrina marxista; unos porque piensan que no se puede ser revolucionario si no se es marxista; otros porque piensan que no se puede ser revolucionario si no se es marxista, otros por una fidelidad respetable a la historia del partido, historia que los persuade también de que no se puede ser socialista sin ser marxista. El último congreso del partido puso de relieve estas dos tendencias y la tarea principal de este congreso fue conciliarlas. Pero no se puede conciliar lo inconciliable.

Pues está claro que si el marxismo es una doctrina verdadera, y si han una lógica en la historia, el realismo político es legítimo. Es igualmente claro que si los valores morales preconizados por el partido socialista están fundamentados en derechos, entonces el marxismo es absolutamente falso porque pretende ser absolutamente verdadero. Desde este punto de vista, la famosa superioridad del marxismo en un sentido idealista y humanitario es sólo una humorada y un sueño sin consecuencias. Marx no puede ser superado porque fue hasta el límite de la consecuencia. Los comunistas pueden razonablemente utilizar la mentira y la violencia que no quieren los socialistas apoyándose en los principios mismos y en la dialéctica refutable que los socialistas quieren, sin embargo, conservar. No era extraño, entonces, que el congreso socialista terminara por yuxtaponer simplemente las dos posiciones contradictorias cuya esterilidad se vio sancionada en las últimas elecciones.

Desde este punto de vista, la confusión continúa. Era preciso elegir y los socialistas no quieren o pudieron elegir.

No he escogido este ejemplo para abrumar a los socialistas, sino para ilustrar las paradojas en que vivimos. Para abrumar a los socialistas, sería necesario ser superiores a ellos. No es el caso. Por el contrario, me parece que esta contradicción es común a todos los hombres quienes he hablado, que desean una sociedad que sea al mismo tiempo feliz y digno, que quieren que los hombres sean libres en un contexto de justicia, pero que hesitan entre una libertad en la que -lo saben bien- la justicia es finalmente burlada, y una justicia en la que -y lo ven bien- la libertad es suprimida desde un comienzo. Esta angustia intolerable se convierte generalmente en motivo de burla para quien saben lo que hay que creer o hacer. Pero opino que en vez de burlarse de ella, es necesario razonarla y aclararla, ver que significa, traducir la reprobación casi total que vierte sobre el mundo que la provoca y despejar la débil esperanza que contiene.

Y la esperanza reside precisamente en esa contradicción que obliga u obligará a los socialistas a optar. O bien admitirán que el fin justifica los medios, y por consiguiente que el homicidios puede ser legitimado, o bien renunciarán al marxismo como filosofía absoluta, limitándose a

conservar de él el aspecto crítico, al menos frecuentemente verdadero. Si eligen el primer término de la alternativa, la crisis de conciencia habrá terminado y las situaciones se habrán clarificado. Si admiten el segundo, demostrarán que esta época marca el fin de las ideologías, es decir de las utopías absolutas que se destruyeron a sí mismas, en la historia, por el precio que terminan por costar. Será preciso, entonces, elegir otra utopía, más modesta y menos ruinosa. Es así, al menos, cómo la negativa a legitimar el homicidio obliga a plantear la cuestión.

Sí, ésta es la cuestión que debe plantearse y nadie, creo, osará responder con ligereza.

## **LA REVOLUCIÓN DESNATURALIZADA**

Desde agosto de 1944, todo el mundo habla de revolución entre nosotros y siempre con sinceridad, sin ninguna duda. Pero la sinceridad no es una virtud en sí misma. Hay un tipo de sinceridad tan confusa que resulta peor que una mentira. No se trata hoy para nosotros, de hablar con el corazón, sino solamente pensar claro. Idealmente, la revolución es un cambio de las instituciones políticas y económicas apto para hacer reinar más libertad y justicia en el mundo. Prácticamente, es el conjunto de acontecimientos históricos, a menudo desdichados, que dan lugar a ese cambio feliz.

¿Puede decirse hoy que esta palabra se emplea en su sentido clásico? Entre nosotros, cuando la gente oye hablar de revolución, y suponiendo que conserven entonces su sangre fría, piensan en un cambio en el sistema de la propiedad (generalmente la socialización de los medios de producción) obtenido sea por una legislación establecida según las leyes de la mayoría, sea en ocasión de la toma del poder por una minoría.

Es fácil ver que este conjunto de nociones no tiene sentido alguno en las circunstancias históricas actuales. Por una parte, la toma del poder por la violencia es una idea romántica que el progreso de los armamentos ha hecho ilusoria. El aparato represivo de los gobiernos tiene toda la fuerza que le confieren los tanques y los aviones. Serían necesarios, entonces, tanques y aviones tan sólo para equilibrar esa fuerza. 1789 y 1917 son aún fechas importantes, pero ya no son ejemplos.

Suponiendo que esta toma del poder sea, a pesar de todo, posible, que se realice por las armas o por la ley, sólo sería eficaz si Francia (o Italia o Checoslovaquia) pudiera ser colocada entre paréntesis y aislada del resto del mundo. Pues, en nuestra actualidad histórica, en 1946, una modificación del régimen de propiedad, por ejemplo, acarrearía tales repercusiones sobre los créditos norteamericanos que nuestra economía se vería amenazada de muerte. Una revolución de derecha no tendría mejores posibilidades, a causa de la hipoteca paralela que nos crea Rusia gracias a los millones de electores comunistas y a su cualidad de mayor potencia continental. La verdad, y perdóneseme que lo escriba claramente, ya que todo el mundo la conoce sin decirla, es que no somos libres, como franceses, de ser revolucionarios. O al menos, no podemos ser revolucionarios solitarios, porque ya no existen hoy en el mundo, políticas conservadoras o socialistas que puedan desarrollarse en el sólo ámbito nacional.

Así, sólo podemos hablar de revolución internacional. Más exactamente, la revolución se producirá a escala internacional o no se producirá. Pero, ¿qué sentido tiene todavía esta expresión? Hubo un tiempo en que creía que la revolución internacional se realizaría por la sincronización de varias revoluciones nacionales; una suma de milagros, de alguna manera. Hoy, y si nuestro análisis precedente es exacto, sólo se puede pensar en la difusión de una revolución que ya ha triunfado. Es lo que Stalin percibió muy bien y es la explicación más

benévola que pueda darse de su política (la otra es negar a Rusia el derecho de hablar de revolución).

Esto equivale a considerar a Europa y a Occidente como una sola nación donde una importante minoría bien armada podría imponerse y luchar para tomar por fin el poder. Pero dado que la fuerza conservadora (en este caso los EE.UU.) estaría igualmente bien armada, es fácil darse cuenta de que la idea de revolución ha sido reemplazada hoy por la de guerra ideológica. Más precisamente, la revolución internacional implica hoy un serio riesgo de guerra. Toda revolución en el futuro será una revolución extranjera. Se iniciaría con una ocupación militar, o lo que es lo mismo, con una amenaza de ocupación. Sólo tendrá sentido a partir de la victoria definitiva del ocupante sobre el resto del mundo.

Las revoluciones cuestan ya muy caras en el interior de los países. Pero, en general, se aceptan la necesidad de ese prejuicio teniendo en cuenta el progreso que se supone traen. Hoy, el precio que costaría la guerra a la humanidad deber objetivamente balanceado con el progreso que se puede esperar de la toma del poder mundial por Rusia o los EE. UU. Y creo la importancia definitiva que se haga el balance y que, por una vez, se imagine lo que sería este planeta, con sus treinta millones de cadáveres, después de un cataclismo que nos costaría diez veces más.

Haré notar que esta manera de razonar es totalmente objetiva. No toma en cuenta más que la apreciación de la realidad, sin implicar, por el momento, juicios ideológicos o sentimentales. En todo caso, debería impulsar a la reflexión a quienes hablan con ligereza de revolución. Lo que esta palabra contiene *hoy* debe ser aceptado o rechazado en conjunto. Quien lo acepte debe reconocerse responsables conscientes de la guerra por venir. Quien lo rechace deberá o bien declararse partidario del *status quo*, lo cual constituye una utopía total en la medida que supone una inmovilización de la historia, o bien renovar el contenido de la palabra revolución, lo cual indica un consentimiento a lo que llamará utopía relativa.

Después de haber reflexionado un poco sobre este problema, me parece que los hombres que quieran cambiar eficazmente el mundo tienen que elegir entre las matanzas que se anuncian, el sueño imposible de una historia totalmente paralizada y la aceptación de una utopía relativa que deje una posibilidad a la acción y a los hombres a la vez. Pero no es difícil ver que, al contrario, esta utopía relativa es la única posible y la única inspirada en la realidad. Cuál es la frágil posibilidad que podría salvarnos de las matanzas es lo que examinaremos en un próximo artículo.

## DEMOCRACIA Y DICTADURA INTERNACIONALES

Hoy sabemos que ya no hay islas y que las fronteras son inútiles. Sabemos que en un mundo en constante aceleración, en que el Atlántico se atraviesa en menos de un día, en que Moscú habla con Washington en algunas horas, estamos obligados a la solidaridad o a la complicidad, según los casos. Durante los años 40 aprendimos que el daño causado a un estudiante de Praga afectaba al mismo tiempo al obrero de Clichy, que la sangre vertida en alguna parte sobre los márgenes de un río de Europa central impulsaba a un campesino de Texas a derramar la suya sobre el suelo de las Ardenas que veía por primera vez. No había, como no hay más, un solo sufrimiento aislado, una sola tortura en este mundo que no repercuta en nuestra vida cotidiana.

Muchos norteamericanos querrán continuar viviendo encerrados en su soledad, que encuentran buena. Muchos rusos querrían, tal vez, seguir con la experiencia estatista al margen del mundo



capitalista. No pueden ni podrán jamás lograrlo. Del mismo modo, ningún problema económico, por secundario que perezca, se puede resolver hoy al margen de la solidaridad de las naciones. El pan de Europa está en Buenos Aires y las máquinas herramienta de Siberia se fabrican en Detroit. Hoy día, la tragedia es colectiva.

Todos sabemos, pues, sin sombra de duda, que el nuevo orden, que buscamos no puede ser solamente nacional, ni siquiera continental, ni menos occidental u oriental. Debe ser universal. No es posible esperar soluciones parciales o concesiones. El compromiso es lo que vivimos, es decir la angustia del presente y el homicidio de mañana. Y durante este tiempo, la velocidad de la historia y del mundo se acelera. Los veintidós sordos, futuros criminales de guerra, que discuten hoy la paz intercambian sus monótonos diálogos, tranquilamente sentados en el centro de un rápido que los arrastra hacia el abismo, a mil kilómetros por hora. Sí, este orden universal es el único problema del momento y rebasa todas las querellas constitucionales y electorales. Es éste el problema que nos exige que le dediquemos todos los recursos de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad.

¿Cuáles son en la actualidad los medios para alcanzar esta unidad mundial, para realizar esta revolución internacional, en que los recursos humanos, las materias primas, los mercados comerciales y las riquezas espirituales puedan estar mejor redistribuidos? No veo más que dos, y estos dos medios definen nuestra última alternativa. El mundo puede ser unificado desde arriba, como dije ayer, por un solo Estado más poderoso que los otros, Rusia y los EE. UU pretende ese papel. No tengo nada que replicar y las personas que conozco lo tiene, a la idea defendida por algunos de que Rusia o los EE. UU disponen de los medios para reinar y unificar este mundo a imagen de una sociedad. Esa idea me repugna, como francés y más aún como mediterráneo. Pero no tomaré en cuenta este argumento sentimental.

He aquí nuestra única objeción, tal como la he definido en un último artículo: esta unificación no puede realizarse sin guerra, o, al menos, sin una amenaza seria de guerra. Concederá, todavía, aunque no estoy de acuerdo, que la guerra pueda no ser atómica. Aún así, la guerra de mañana dejaría a la humanidad tan mutilada y empobrecida que la sola idea de orden sería definitivamente anacrónica. Marx podía justificar, como lo hizo, la guerra de 1870, pues era la guerra del fusil Chassepot y además estaba localizada. En las perspectivas del marxismo, cien mil muertos no son nada, en efecto, si constituyen el precio de la felicidad de centenas de millones de hombres. Pero la muerte cierta de centenas de millones para lograr la presunta felicidad de los que queden, es un precio demasiado caro. El progreso vertiginoso de los armamentos, hecho histórico ignorado por Marx, obliga a plantear de un modo distinto el problema de los medios y del fin.

Y el medio, ahora, anularía el fin. Cualquiera sea el fin deseado, por elevado y necesario que se lo considere, que quiera o no consagrar la felicidad humana, la justicia o la libertad, el medio empleado para lograrlo representa un riesgo tan definitivo tan desproporcionado en magnitud con las posibilidades de éxito que nos negamos objetivamente a correrlo. Es preciso, pues, volver al segundo medio apto para asegurar este orden universal: el acuerdo mutuo de todas las partes. No nos preguntamos si es posible, considerando que es precisamente que el único posible. Nos preguntaremos en primer lugar qué es.

Este acuerdo de partes tiene un nombre: democracia internacional. Todo el mundo habla de ella en la ONU, por supuesto. Pero, ¿qué es la democracia internacional? Es una democracia que es internacional. Se me perdonará esta perogrullada, pero las verdades más evidentes son también las más desfiguradas.

¿Qué es la democracia nacional o internacional? Es una forma de organización en que la ley está por encima de los gobernantes, y esa ley es la expresión de la voluntad de todos, representada por un cuerpo legislativo. ¿Es eso lo que se trata de establecer hoy? Se nos está

preparando, en efecto, una ley internacional. Pero esa ley es hecha o deshecha por los gobiernos, es decir por el ejecutivo. Estamos, entonces, en un régimen de dictadura internacional. La única manera de salir es poner la ley internacional por encima de los gobiernos, por consiguiente, hacer esta ley, disponer de un parlamento, constituir ese parlamento por medio de elecciones mundiales en las que participen todos los pueblos. Y ya que no tenemos ese parlamento, el único medio de resistir a esta dictadura internacional en base a un plan internacional y por medios que no contradigan el fin perseguido.

## **EL MUNDO VA RÁPIDO**

Es evidente para todos que el pensamiento político está, cada vez más, rebasado por los acontecimientos. Los franceses, por ejemplo, comenzaron la guerra de 1914 con los principios de la guerra de 1870, y la de 1939 con los principios de 1918. Pero, además, el pensamiento anacrónico no es una especialidad francesa. Será suficiente señalar que las grandes políticas de hoy pretenden solucionar el futuro del mundo mediante principios formados en el siglo XVIII en cuanto concierne al liberalismo capitalista, y en el XIX en lo que respecta al socialismo llamado científico. En el primer caso, un pensamiento nacido en los primeros años del industrialismo moderno, y en el segundo, una doctrina contemporánea del evolucionismo darwiniano y del optimismo renaniano se proponen poner equilibrio en la época de la bomba atómica, de las mutaciones bruscas y del nihilismo. Nada podría ilustrar mejor el desfase cada vez más desastroso que se está produciendo entre el pensamiento político y la realidad histórica.

Por supuesto, el espíritu va siempre atrasado con respecto al mundo. La historia corre mientras que el espíritu medita, pero ese retraso inevitable aumenta hoy en proporción con la aceleración histórica. El mundo ha cambiado mucho más en los últimos cincuenta años que en los doscientos años anteriores. Y se ve al mundo arreglar encarnizadamente problemas de fronteras cuando todos los pueblos saben que las fronteras son hoy abstractas. Fue todavía el principio de las nacionalidades lo que reinó aparentemente en la conferencia de los Veintiuno.

Debemos tener en cuenta esto en nuestro análisis de la realidad histórica. Centramos actualmente nuestras reflexiones alrededor del problema alemán, que es un problema secundario en relación con el choque de imperios que nos amenaza. Pero si, mañana, concibiéramos soluciones internacionales en función del problema ruso-americano, correríamos el riesgo de vernos nuevamente rebasados. El choque de imperios está ya a punto de hacerse secundario en relación con el choque de las civilizaciones. Desde todas partes, en efecto, las civilizaciones colonizadas hacen oír sus voces. En diez años, en cincuenta años será la preeminencia de la civilización occidental lo que se cuestionará. Es mejor, entonces, pensar en ello de inmediato y abrir el parlamento mundial a esas civilizaciones a fin de que la ley sea verdaderamente universal, y universal el orden que consagre.

Los problemas que plantea actualmente el derecho de veto son equívocos porque las mayorías o las minorías que se oponen a la ONU son falsas. La URSS tendrá siempre el derecho de rechazar la decisión de la mayoría en tanto se ésta una mayoría de ministros y no una mayoría de pueblos representados por sus delegados, y en tanto los pueblos, precisamente, no estén allí representados. El día en que esta mayoría tenga una significación será preciso que todos la obedezcan o rechacen su decisión, es decir declaren abiertamente su voluntad de dominio.

Del mismo modo, si tenemos presente esta aceleración del mundo, encontraremos la manera correcta de plantear el problema económico actual. En 1930 ya no se enfocaba el problema del socialismo como en 1848. A la abolición de la propiedad había sucedido la técnica de la

socialización de los medios de producción. Y está técnica, en efecto, además de reglar la propiedad, tomaba en cuenta al mismo tiempo la escala aumentada en que planteaba el problema económico. Pero, desde 1930, esta escala aumentó todavía más. Y del mismo modo que la solución económica debe apuntar, *en primer término*, a los medios de producción internacional: petróleo, carbón y uranio. Debe haber colectivismo, debe alcanzar a los recursos indispensables para todos y que, efectivamente, no deben pertenecer a nadie en particular. Los demás, todo lo demás, es sólo discurso electoral.

Estas perspectivas son utópicas a los ojos de algunos, pero para todos los que se niegan a aceptar la posibilidad de una guerra, es este conjunto de principios los que conviene afirmar y defender sin ninguna reserva. En cuanto a saber qué caminos pueden acercarnos a una concepción semejante, no se pueden concebir sin la reunión de los antiguos socialistas y los hombres de hoy, solitarios a través del mundo.

En todo caso, es posible responder una vez más, y para terminar, a la acusación de utopía. Pues, para nosotros la cosa es muy simple: tendrá que ser la utopía o la guerra, tal como nos la están preparando métodos de pensamiento caducos. El mundo tiene que elegir hoy entre el pensamiento político anacrónico nos está matando. Por desconfiados que seamos (y que yo sea), el sentido de la realidad nos obliga pues a volver a esta utopía relativa. Y cuando haya entrado en la Historia, como muchas otras utopías del mismo género, los hombres no concebirán otra realidad. Tan cierto es que la Historia no es más que el esfuerzo desesperado de los hombres para dar forma a sus sueños más clarividentes.

## **UN NUEVO CONTRATO SOCIAL**

Resumo: la muerte de los hombres de todas las naciones no se arreglará antes de que se solucione el problema de la paz y de la organización mundial. No habrá revolución eficaz en ninguna parte del mundo hasta que no se produzca esa revolución. Todo lo que se diga fuera de esto, en Francia, es fútil o interesado. Iré más lejos aún. No sólo no podrá modificarse en forma durable el modo de propiedad en ningún punto del globo, sino que ni aun los problemas más simples, como el pan de todos los días, el hambre que atenaza los vientres de Europa, el carbón, no tendrá solución en tanto no se instaure la paz.

Todo pensamiento que reconozca lealmente ser incapaz de justificar la mentira y el homicidio es llevado a esta conclusión, por poca preocupación que tenga por la verdad. Sólo le queda, entonces, acomodarse tranquilamente a este pensamiento.

Este pensamiento reconocerá así: 1º que la política interior, considerada en su aislamiento, es un asunto secundario, y por otra parte, imposible; 2º que el único problema es la creación de una orden internacional que aportará finalmente las reformas de estructura durables por las cuales la revolución se define; 3º que no existen en el interior de las naciones más que problemas administrativos que es preciso solucionar provisionalmente, y de la mejor manera posible, a la espera de un arreglo político más eficaz, por más general.

Habrà que decir, por ejemplo, que la Constitución francesa sólo puede ser juzgada en función del servicio que preste o no preste al orden internacional fundado en la justicia y el diálogo. Desde este punto de vista, la indiferencia de nuestra constitución respecto de las más simples libertades humanas es condenable. Será preciso reconocer que la organización provisional del abastecimiento es diez veces más importante que el problema de las nacionalizaciones o las estadísticas electorales. Las nacionalizaciones no serán viables en un solo país. Y si el

abastecimiento no puede tampoco solucionarse en el plano nacional es, al menos, más apremiante e impone que se apele a recursos aunque sean provisionales.

Por consiguiente, todo esto puede dar, a nuestro juicio, a la política interior el criterio que le faltaba hasta ahora. Por más que treinta editoriales de *L'Humanité* no podrán hacernos olvidar que estos dos periódicos, con los partidos que representan y los hombres que los dirigen, aceptaron la anexión sin referéndum de Brigue y Tende y que se unieron así en una misma empresa de destrucción respecto de la democracia internacional. Que su intención sea buena o mala, Bidault y Thorez favorecen por igual el principio de dictadura internacional. Desde este punto de vista, y piénsese lo que se quiera, ellos representan en nuestra política, no la realidad, sino la utopía más desdichada.

Sí, debemos restarle importancia a la política interna. No se cura la peste con remedios para resfríos. Una crisis que desgarrar al mundo entero debe solucionarse a escala universal. El orden para todos, a fin de que disminuya para cada uno el peso de la miseria y del miedo es, en la actualidad, nuestro objetivo lógico. Pero esto exige acción y sacrificios, es decir hombres. Y si hay muchos hombres que en lo íntimo de su corazón maldicen hoy la violencia y el crimen, no hay muchos que quieran reconocer que esto los obliga a reconsiderar su pensamiento o su acción. Sin embargo, quienes quieran realizar este esfuerzo encontrará en él una esperanza razonable y una regla de acción.

Admitirán que no pueden esperar mucho de los actuales gobiernos, porque éstos viven y actúan según principios homicidas. La única esperanza reside en el mayor esfuerzo, que consiste en retomar las cosas desde su comienzo para hacer de una sociedad condenada a una sociedad viviente. Es, pues, preciso que esos hombres, uno por uno, rehagan entre ellos, en el interior de las fronteras y por encima de las mismas, un nuevo contrato social que los una según principios razonables.

El movimiento por la paz del que hablé debería poder articularse en el interior de las naciones en comunidades de trabajo, y por encima de las fronteras en comunidades de reflexión, de las cuales las primeras, según los contratos de común acuerdo al modo cooperativo, aliviarían al mayor número posible de individuos. Y las segundas tratarían de definir los valores de los que se nutrirá ese orden internacional, al tiempo que abogarían, en toda ocasión, por él.

Más precisamente, la tarea de estas últimas sería oponer palabras claras a las confusiones del terror y definir, al mismo tiempo, los valores indispensables para un mundo pacificado. Sus primeros objetivos podrían ser un código de justicia internacional cuyo primer artículo establecería la abolición general de la pena de muerte, una clarificación de los principios necesarios a toda civilización de diálogo. Este trabajo respondería a las necesidades de una época que no encuentra en ninguna filosofía la justificación necesaria al ansia de amistad que quema hoy a los espíritus occidentales. Pero, es evidente que no se trataría de construir una nueva ideología. Se trataría tan sólo de buscar un estilo de vida.

Son éstos, en todo caso, motivos de reflexión y no puede extenderme aquí, en el marco de estos artículos. Pero, para hablar más concretamente, digamos que los hombres que decidieran oponer, en toda circunstancia, el ejemplo a la fuerza, la prédica a la dominación, el diálogo al insulto y el honor a la astucia; que rechazarán todas las ventas de la sociedad actual y no aceptaran más que los deberes y las cargas que los ligan a otros hombres; que se dedicaran a orientar la enseñanza en primer lugar, la prensa y la opinión después, según los principios de conducta que se han tratado hasta aquí, esos hombres no actuarían utópicamente, sino, es bien, evidente, de acuerdo con el realismo más honesto. Prepararían el futuro y así harían caer desde ya algunos de los muros que nos oprimen. Si el realismo es el arte de tener en cuenta, a la vez, el presente y el futuro, de obtener lo más sacrificado lo menos ¿quién no ve que la realidad más deslumbrante estaría de su lado?

Si esos hombres aparecerán o no, no lo sé. Es probable que la mayoría de ellos reflexionen en este momento y eso es bueno. Pero con toda seguridad, la eficacia de su acción estará unida al coraje con el cual acepten renunciar, en lo inmediato, a algunos de sus sueños para no dedicarse sino a lo esencial que es la salvación de las vidas. Y llegado aquí será preciso, tal vez, antes de terminar, alzar la voz.

## **HACIA EL DIÁLOGO**

Sí, habría que alzar la voz. Hasta ahora me he cuidado de apelar a las fuerzas del sentimiento. Lo que nos destroza hoy es una lógica histórica que creamos desde el comienzo y cuyos nudos terminarán por ahogarnos. No es el sentimiento el que puede cortar los nudos de una lógica que desvaría, sino solamente una razón que razone dentro de los límites que se reconoce.

Pero no querría, en fin, que nadie quedara en la creencia de que el futuro del mundo puede prescindir de nuestras fuerzas de indignación y de amor. Sé bien que le son necesarios al hombre grandes móviles para ponerse en marcha y que le es difícil comenzar a moverse para una lucha cuyos objetivos son tan limitados y en la que la esperanza participa apenas. Pero no se trata de arrastrar a los hombres. Lo esencial, por lo contrario, es que no sean arrastrados y que sepan bien lo que hacen.

Salvar lo que aún puede ser salvado para que el futuro sea simplemente posible, he aquí el gran móvil, la pasión y el sacrificio que se pide. Esto exige tan sólo que se reflexione en ello y que se decida con claridad si aún hay que aumentar el dolor humano con fines siempre indiscernibles, si hay que aceptar que el mundo se cubra de armas y que el hermano mate al hermano, o si es preciso, por el contrario, ahorrar tanto como sea posible la sangre y el dolor, para tan sólo darles su oportunidad a otras generaciones que estarán mejor preparadas que nosotros.

Por mi parte, creo estar casi seguro de haber optado. Y, habiendo elegido, me pareció que debía hablar, decir que no seré jamás de esos, cualesquiera que sean, que se acomodan al homicidio, y sacar de ello las consecuencias que conviene. La cosa está ya hecha y ahora, entonces, me detendré. Pero antes querría que se supiera bien con qué espíritu hablé hasta aquí.

Se nos pide amar o detestar a tal o cual país, a tal o cual pueblo. Pero somos de los que se dan muy bien cuenta de nuestra semejanza con todos los hombres como para aceptar esa opción. La forma correcta de amar al pueblo ruso, en reconocimiento por lo que jamás dejo de ser, es decir la levadura mundial de que hablan Tolstoi y Gorki, no es desearle aventuras de dominación, sino ahorrarle, después de tantas pruebas pasadas, una nueva y terrible sangría. Lo mismo puede decirse respecto del pueblo norteamericano y de la desdicha de Europa. Es éste el tipo de verdades elementales que se olvidan en medio de las pasiones actuales.

Sí, lo que hay que combatir hoy son el miedo y el silencio, y con ellos la separación de los espíritus y de las almas que implican. Lo que hay que defender es el diálogo y la comunicación universal entre los hombres. La servidumbre, la injusticia, la mentira son los flagelos que acaban con esta comunicación e impiden el diálogo. Es por ello que debemos rechazarlos. Pero estos flagelos son hoy la mentira misma de la historia y, por consiguiente, muchos hombres los consideran como males necesarios. Es verdad, también, que no podemos escapar a la historia puesto que estamos totalmente inmersos en ella. Pero se puede pretender luchar en la historia para preservar esa parte del hombre que no le pertenece. Es eso todo lo que he querido decir.

Y en todo caso, definiré mejor aún esta actitud y el espíritu de estos artículos mediante un razonamiento que querría, antes de terminar, que se lo medite con lealtad.

Una gran experiencia pone en marcha hoy a todas las naciones del mundo, según las leyes del poder y de la dominación. No diré que hay que impedir ni dejar continuar esta experiencia. No tiene necesidad de que la ayudemos y, por el momento, se burla de que pretendamos contrariarla. La experiencia continuará, pues. Plantearé simplemente esta pregunta: ¿Qué sucederá si la experiencia fracasa, si la lógica de la historia de contradice, esa lógica sobre la cual tantos descansan, sin embargo? ¿Qué sucederá si a pesar de dos o tres guerras, a pesar del sacrificio de varias generaciones y de ciertos valores, nuestros nietos -suponiendo que lleguen a existir- no se encuentran más cerca de la sociedad universal? Sucederá que los sobrevivientes de esta experiencia no tendrán ni siquiera la fuerza de ser los testigos de su propia agonía. Entonces, puesto que la experiencia prosigue y que es inevitable que prosiga aún, no está mal que los hombres se asignen la tarea de preservar, a lo largo de la historia que apocalíptica que nos espera, la reflexión modesta que, sin pretender resolverlo todo, servirá en algún momento para fijar si sentido a la vida cotidiana. Lo esencial es que estos hombres midan bien el precio que tendrán que pagar.

Ahora puedo terminar. Lo que me parece deseable, en este momento, es que medio de un mundo homicida uno se decida a reflexionar sobre el homicidio y a elegir. Si esto pudiera hacerse, nos dividiríamos entre los que aceptan en rigor ser homicidas y los que se niegan con todas sus fuerzas. Ya que es terrible división existe, será un progreso, al menos hacerla clara. A través de los cinco continentes, y en los próximos años, va a continuar una lucha interminable entre la violencia y la prédica. Y es verdad que las posibilidades de la primera son mil veces superiores a los de esta última. Pero, siempre he creído que si bien el hombre esperanzado en la condición humana es un loco, el que desespera de los acontecimientos es un cobarde. Y además el único honor será el de mantener obstinadamente esta formidable apuesta que decidirá en fin de las palabras son más fuertes que las balas.

## **DOS RESPUESTAS A MANUEL D’ASTIER DE LA VIGERIE**

### **PRIMERA RESPUESTA**

Pasaré por alto el título, imprudente en mi opinión, que usted le puso a su respuesta.<sup>2</sup> Pasaré por alto también dos o tres contradicciones de las que no quiero sacar ventaja. No busco tener razón en contra suya, lo que me interesa es responderle sobre lo esencial. Y aquí comienza mi dificultad. Pues, precisamente, usted no ha hablado de lo esencia y las objeciones que me hace me parecen muy a menudo secundarias o sin objeto. Si quiero contestarlas en primer lugar es sólo para tener el campo libre.

No es refutarme, en efecto, refutar la no violencia. Jamás he abogado por ella. Y es ésa una actitud que se me atribuye para comodidad de la polémica. No pienso que haya que devolver bendiciones a los golpes. Creo que la violencia es inevitable; los años de ocupación me lo han enseñado. Para decirlo de una vez, hubo, en esos tiempos, terribles violencias que no me crearon ningún problema. No voy a decir, entonces, que es preciso suprimir toda violencia, lo que sería deseable pero utópico. Solamente digo que hay que rechazar toda legitimación de la

---

<sup>2</sup> *Arrancad la víctima a los verdugos*. En *Caliban*, núm.

violencia, provenga de una razón de Estado absoluta o de una filosofía totalitaria. La violencia es, a la vez, inevitable e injustificable. Creo que hay que atender a su carácter excepcional y encerrarla en los límites que se pueda. No predico, pues, ni la no violencia -conozco desgraciadamente su imposibilidad-, ni, como dicen los burlones, la santidad -me conozco demasiado como para creer en la virtud pura-. Pero en un mundo en que nos dedicamos a justificar el terror con argumentos opuestos, pienso que hay que poner límite a la violencia, reducirla a algunos sectores cuando es inevitable, amortiguar sus efectos terroríficos e impedir llegar hasta el extremo de su furor. Me horroriza la violencia confortable. Me horrorizan aquellos cuyas palabras van más lejos que sus actos. Es en eso en lo que me separo de algunos de nuestros grandes hombres, y dejaré de menospreciar sus apelaciones al homicidio cuando sean ellos mismos quienes tengan los fusiles de la ejecución.

Al comienzo de su artículo, usted me pregunta por qué razones estoy del lado de la Resistencia. Es una pregunta que no tiene sentido para algunos hombres entre los cuales me cuento. Me parecía, y me sigue pareciendo, que no se puede estar del lado de los campos de concentración. Comprendí entonces que detestaba menos la violencia que las instituciones de la violencia. Y para ser bien preciso, recuerdo perfectamente el día en que la ola de indignación dentro de mí llegó a la cúspide. Era una mañana, en Lyon, y yo leía en el diario la ejecución de Gabriel Péri.

Es esto lo que da derecho a los hombres entre los que me cuento (¡y sólo a ellos, d'Astier!) de gritar su repugnancia y su desprecio por el actual gobierno griego, y de combatirlo por medios que serán finalmente más eficaces que los de usted. Los hombres de Atenas son abyectos verdugos. No son los únicos, pero ellos acaban de hacer estallar a la faz del mundo la culpabilidad, de ordinario menos disfrazada, de la sociedad burguesa. Adivino su respuesta. Usted pretenderá que en situaciones extremas, para que los comunistas griegos no sean fusilados, hay que reducir al silencio o liquidar el número necesario de no comunistas. Esto supone que sólo los comunistas merecen ser salvados, porque solamente ellos tienen la verdad. Por mi parte, opino que ellos, en efecto, lo merecen, pero al mismo título que los demás hombres. Afirmo que el repugnante problema que se nos plantea no puede recibir una solución tan sólo estadística. El castigo de los verdugos no puede significar la multiplicación de las víctimas. Y debemos tomar en nosotros mismos, y alrededor nuestro, medidas (una medida) para que el juicio necesario no coincida con un apocalipsis sin mañana. Todo el resto es moral primitiva o locura del orgullo. Aun si la violencia que usted preconiza fuera más progresista, como dicen nuestros filósofos-espectadores, diría también que hay que limitarla. ¿Pero, está limitada? Éste es el fondo del problema sobre el cual volveré.

En todo caso, cuando usted me compadece porque soy un resignado, puedo muy bien decir que esa conmiseración no tiene sentido. Su error es excusable, por otra parte. Estamos en tiempo de gritos y un hombre que rechaza esa embriaguez fácil pasa por resignado. Tengo la desdicha de no gustar de las paradas, civiles o militares. Déjeme decirle, no obstante, sin levantar el tino, que la verdadera resignación conduce a la ciega ortodoxia y la desesperación a las filosofías de la violencia. Es decirle bastante que no resignaré jamás a nada de lo que usted ya ha consentido.

Tampoco creo que sea razonable ni generoso acusarme de ser un intelectual y de preferir la preservación de mi vida interior y de preferir la preservación de mi vida interior a la liberación del hombre. ¿Usted dice que llegó tarde a la conciencia política? Lo sabía, pero esta conversión, si no tiene nada que no sea honorable, no le confiere el privilegio de negar de un plumazo los años que otros consagraron, con mayor o menor suerte, a luchar contra todas las fuerzas de la tiranía. Al contrario, debería incitarlo a preguntarse sobre las razones que pueden tener hoy esos mismos hombres para levantarse contra las tentaciones de la violencia. La resistencia condenatoria a la sociedad del lucro y del poder que han opuesto, activamente, los que se me asemejan no data de ayer. Si usted consiente precisamente en preguntárselo,

entonces es tanto como decirle que tengo la ilusión, hablando contra usted, de hablar contra la sociedad burguesa.

Uno de los suyos me envía su libro sobre el marxismo, cortésmente, sí, pero haciéndome notar que no conocí la libertad en Marx. Es verdad. La conocí en la miseria. Pero la mayoría de ustedes no saben qué significa esa palabra.

Y hablo precisamente en nombre de quienes compartieron esa miseria conmigo y cuyo primer deseo es tener paz porque saben que no tendrán justicia en la guerra. Objetivamente, como dicen ustedes, ¿están equivocados? Lo veremos. Pero no acuse entonces a los intelectuales o a la vida interior y reconozca claramente que en su sistema no se admite un obrero opositor como tampoco un intelectual disidente. Diga abiertamente que es la noción misma de oposición la que está cuestionada. Entonces estaremos en la verdad y le quedará por justificar esa bella teoría. Y dialogaremos sobre esa justificación.

Es ahora cuando nos acercamos al verdadero problema. Pero antes, es necesario que desmienta las posiciones que usted me adjudica en dos oportunidades. No son el capitalismo y el socialismo lo que condené (usted lo sabe bien), sino aquellas ideologías que han adoptado la forma de conquista, es decir, el liberalismo imperialista y el marxismo. Y desde este punto de vista, voy a sostener lo que ya dije antes: que estas ideologías, nacidas hace un siglo, en tiempos de la máquina de vapor y del optimismo científico ingenuo, están hoy caducas y son capaces, bajo su forma actual, de resolver los problemas que se plantean en el siglo del átomo y de la relatividad.

Usted eligió la máquina de vapor y eso le impide ver, por ejemplo, que se le pueden hacer muchas objeciones a la idea de un parlamento mundial, salvo la de codificar la ANARQUÍA, como usted dice. La ANARQUÍA, en sentido corriente, sólo existe en una sociedad cuando cada uno hace lo que quiere y todo lo que quiere. Y la ANARQUÍA de nuestra sociedad internacional proviene precisamente de que cada nación sólo se obedece a sí misma en un momento en que ya no existen economías nacionales. La ANARQUÍA es, hoy, la soberanía, y es fácil ver que es usted quien la defiende, en beneficio indirecto de algunos Estados burgueses o policiales.

Pero, estos malentendidos me parecen inevitables porque usted no abordó lo esencial. Es a lo esencial a lo que hay que ir ahora.

En el razonamiento que he tratado de seguir no dije más que una cosa: que ninguna nación de Europa podía ya hacer sola su revolución, que la revolución sería mundial o no sería, pero que no podría tener el aspecto que le daban a nuestros viejos sueños: hoy debía pasar por la guerra ideológica. Y pedí, simplemente, que se reflexionara sobre esto, de lo cual nadie, quiere hablar. Usted no dio si este análisis le parecía verdadero o falso, y sin embargo es eso lo que habría que discutir. Pues no es discutir afirmar que renuncio a 1789 y a 1917. Esto es absurdo. En las cosas del espíritu y de la historia, hay herencias a las que no se puede renunciar. Tampoco es discutir decir que pongo guerra y revolución en el mismo saco. Pues ahora usted deforma gravemente lo que debería haber leído: yo solamente escribí que hoy, en 1948, guerra y revolución se confunden. Usted se limita a rechazar el pacifismo, por otra parte razonable, que mi análisis implica, invocando la importancia de lo que está en juego y el precio que hay que pagar por la liberación humana. Marx, sin duda, no retrocedió, en 1870, ante el elogio de una guerra de la que él pensaba que, por sus consecuencias, debía hacer progresar los movimientos de emancipación. Pero se trataba de una guerra relativamente económica y Marx razonaba en función del fusil Chassepot que es arma escolar. Hoy, usted y yo sabemos que lo que sigo a una guerra atómica es inimaginable y que hablar de la emancipación humana en un mundo devastado por una tercera guerra mundial es algo que parece una provocación. ¡Vaya a explicarse a los habitantes de Saint-Malo o de Caen que una tercera guerra mejorará su suerte!



En un plano teórico, podemos admitir que el materialismo dialéctico exige los más considerables sacrificios en función de una sociedad justa cuyas probabilidades sean muy fuertes. ¿Qué significan esos sacrificios, si la probabilidad se reduce a cero, si se trata de una sociedad que agonizará entre los escombros de un continente atomizado? Es la única pregunta que se plantea. Yo me la he planteado y no me he reconocido el derecho de recomendar otra cosa más que la lucha contra la guerra y el muy vasto esfuerzo que debe realizar una verdadera democracia internacional. Para decirlo de una vez, no veo cómo un espíritu preocupado por la justicia y afecto a un ideal de liberación podría elegir otra cosa. Si se trata sólo de la justicia, ningún socialista, por ejemplo, ninguna conciencia política, en todo caso, debería rehusarse a adoptar esta posición. Y si una parte de la inteligencia Europea, lejos de adoptarla, por el contrario la combate, es que no se trata de la justicia; esto está claro. Es aquí donde comienza la mistificación que quiere hacernos creer que la política de poder, cualquiera que sea, puede darnos una sociedad mejor, en la que la liberación social se realizará por fin. La política de poder significa la preparación para la guerra. La preparación para la guerra, y con mayor razón la guerra misma, hacen precisamente imposible esta liberación social. La liberación social y la dignidad obrera dependen estrechamente de la creación de un poder internacional. La única cuestión es saber si se llegará a ello por la guerra o por la paz. Es con respecto a esa elección que debemos unirnos o separarnos. Todas las otras opciones me parecen fútiles.

Usted dice que para suprimirla guerra, hay que suprimir al capitalismo. Me parece bien suprimir el capitalismo. Pero para suprimirlo es necesario hacer la guerra. Esto es absurdo, y sigo pensando que no se combate lo malo con lo peor, sino con lo menos malo. Usted me dirá que se trata de la última guerra, la que va a arreglar todo. Mucho me temo, en efecto, que sea la última, y en todo caso, me inquieta ver lazar a los hombres a esta nueva aventura diciéndoles, una vez más, que es preciso hacerlo para que sus hijos no vean otra guerra. En verdad, el mundo capitalista y Stalin mismo dudan ante la guerra. Pero, usted que se dice socialista, usted no parece dudar. No es paradójico más que en apariencia y querría decirle por qué, tan simplemente como pueda.

Cierto aspecto crítico del marxismo me parece siempre válido. Si yo fuera marxista, habría sacado de la gran noción de mistificación la idea que las mejores intenciones, comprendidas también las que sustentan los marxistas de hoy, pueden ser mistificadas. Había también Marx una sumisión a la realidad y una humildad ante la experiencia que lo habría sin duda, conducido a revisar algunos de los puntos de vista que sus actuales discípulos quieren desesperadamente mantener en la esclerosis del dogma. Me resulta impensable que el mismo Marx, ante la desintegración del átomo y ante el aterrador desarrollo de los medios de destrucción, no hubiera sido llevado a reconocer que los datos objetivos del problema revolucionario habían cambiado. Es que además Marx amaba a los hombres (los verdaderos, los vivientes, y no los de la duodécima generación a los que le es a usted más fácil amar puesto que no están aquí para decir cuál es la clase de amor que no quieren).

Pero algunos marxistas no quieren ver que los datos objetivos cambiaron. Y hay muchas cosas desde hace cincuenta años que ellos no han querido tener en cuenta. Es que antepone a la historia tal como es, la idea que se forjan de la historia. Es la debilidad racionalista. Marx creyó que habría corregido. Pero lo que transmitió de Hegel triunfó sobre él entre sus sucesores. La razón de ello es simple y voy a decírsela, no con el desdén de los jueces, sino con la angustia de quien sabe muy bien que está consustanciado con toda su época como creerse limpio de todo reproche. Los marxistas del siglo XX (y no son los únicos) se hallan en el extremo de esta larga tragedia de la inteligencia contemporánea que sólo se podría resumir escribiendo la historia del orgullo europeo. Existía Lenin y Netchaiev. Es Netchaiev quien triunfa poco a poco. Y el racionalismo más absoluto que la historia haya conocido termina, como es lógico, por identificarse con el más absoluto nihilismo. En verdad, a pesar de nuestras afirmaciones, no se trata de la justicia. Se trata de un prodigioso mito de divinización del hombre, de dominación, de unificación del universo por los meros poderes de la razón humana. Se trata de la conquista de

la totalidad, y Rusia cree ser el instrumento de ese mesianismo de Dios. ¿Qué pesan la justicia, la vida de algunas generaciones, el dolor humano ante ese misticismo desmesurado? Nada, a decir verdad. Algunas inteligencias con formidables ambiciones llevan un ejército de creyentes hacia una tierra santa imaginaria. Durante un cuarto de siglo, los marxistas condujeron en verdad el mundo. Pero entonces tenían los ojos abiertos. Lo siguen conduciendo por la fuerza del impulso, pero con los ojos ya cerrados. Si no los abren a tiempo, se estrellarán contra el muro del orgullo y millones de hombres pagarán el precio de esa soberbia. Toda idea falsa termina en la sangre, pero no se trata siempre de la sangre ajena. Es lo que explica que algunos de nuestros filósofos se sientan a gusto diciendo no importa qué.

Desesperando de la justicia inmediata, los marxistas que se llaman ortodoxos eligieron dominar el mundo en nombre de una justicia futura. En cierta manera, no tienen ya los pies sobre la tierra, a pesar de las apariencias. Están en la lógica. Y es en nombre de la lógica que, por primera vez en la historia intelectual de Francia, escritores de vanguardia aplicaron su inteligencia en justificar a quienes fusilan, a reservar de protestar después en nombre de una categoría bien determinada de fusilados. Ha hecho falta mucha filosofía, pero llegaron a eso; la filosofía no cuesta nada. Es que la historia intelectual no tiene más sentido. Se trata de historia religiosa y las inquisiciones, si se les cree, jamás ejecutaron a los hombre sino por su verdadera felicidad. Ignoro si usted ha llegado a eso. Pero quiero, sin embargo, decirle, porque es verdad, que usted ha elegido la vocación homicida de la inteligencia y que la ha elegido por una curiosa especie de desesperación y de resignación.

Estas perspectivas le parecerán, tal vez, desmesuradas. Son sin embargo verdaderas y la historia de hoy es tan sangrienta sólo porque la inteligencia europea, traicionando su herencia y su vocación, eligió la desmesura, por amor al patetismo y a la exaltación es preciso partir de estas perspectivas para permanecer en la verdad del momento. Son ellas en todo caso las que me permitirán, para terminar, responder a la única parte de su artículo que no puedo aceptar. Usted me acusa de una complicidad inconsciente u objetiva con la sociedad burguesa. Ya contesté en parte esa acusación. Pero sería poco decir que yo le niego el derecho de creerse con las manos limpias. Estamos en un nudo de la historia en que la complicidad es total. Usted no solamente no escapa a esa servidumbre, sino que tampoco hace ningún esfuerzo por escapar. Mi única ventaja sobre usted es que, por mi parte, yo habré hecho ese esfuerzo y habré abogado, como debía hacerlo en nombre de mi oficio y en nombre de todos los míos, para que disminuya desde ya el atroz dolor de los hombres.

Sólo quería, cuando usted haya terminado de leer esta respuesta, que se preguntara, objetivamente, de qué se ha hecho cómplice con consentimiento. Advertirá entonces, quizás, esa mancha de sangre intelectual de la que Lautréamont decía que toda el agua del mar no sería suficiente para lavar. Tranquilícense usted, Lautréamont era poeta. Y a falta de agua de mar, algo podrá siempre lavarlo: una sincera confesión de ignorancia. Los que pretenden saber todo y arreglar todo, terminan por matar todo. Llega un día en que no tiene otra regla que el homicidio, ni otra creencia que la pobre escolástica que, en todos los tiempos, sirvió para justificar el crimen. Que algunos de nosotros confiesen su ignorancia sobre dos o tres puntos, como yo lo hice, y usted puede sacar ventaja. Pero es la ventaja de la que viven todos los culpables hasta el momento de la confesión. Esperará, pues, que la modestia le llegue. Y hasta entonces, mi propia ignorancia me impedirá siempre condenarlo absolutamente. ¿Cómo podría hacerlo, por otra parte? Lo peor que puede sucederle es ver triunfar lo que ha tratado de defender ante mí. Pues ese día usted tendrá, sin duda, razón, en el sentido en que este mundo miserable lo entiende. Pero tendrá razón en medio del silencio y de los cadáveres. Es una victoria que jamás le envidiaré.

(*Caliban*, núm. 16).

## SEGUNDA RESPUESTA

Mi segunda respuesta será la última. Hay en su largo artículo<sup>3</sup> un tono que me obliga a abreviar. Pero le debo todavía algunas aclaraciones.

1º. Me he visto forzado a señalar que he nacido en una familia obrera. No es un argumento (jamás lo utilicé hasta ahora). Es una rectificación. Tantas veces la hoja en que usted me respondió y otras que intentaba rivalizar con ella en la mentira me han presentado como hijo de burgués, que es preciso que, *una vez al menos*, recuerde que la mayoría de ustedes, intelectuales comunistas, no tienen ninguna experiencia de la condición proletaria y que ustedes no son los adecuados para tratarnos de soñadores ignorantes de la realidad. No se trata de mí, sino de un argumento de polémica general al que hay que hacer justicia de una buena vez. Su pudor se equivoca, pues, al ofenderse.

2º. Hubo y hay impudencia, al contrario, en alardear de sus servicios en la resistencia. No se tiene mérito por el nacimiento por las acciones. Pero hay que saber callarlas para que el mérito sea completo. Para ser más breve, el tipo "excombatiente" no es el mío. No lo seguiré, entonces, en la comparación que hace entre nosotros. La encuentro ligeramente calumniosa, por supuesto; pero no espere que me justifique. Para que esté cómodo, por el contrario, no podré ninguna dificultad en dejarle el primer puesto en una aventura en la que me permitirá, sin embargo, reconocermelo el segundo puesto, que ha sido siempre mío.

Pero, en todo caso, no finja creer que al escribir que "me horrorizan aquellos cuyas palabras van más lejos que sus actos" haya querido poner en duda su accionar. Una vez más, es un argumento del que soy incapaz. Sólo significa, y es bastante, que me horrorizan esos intelectuales y esos periodistas, con los que usted se solidariza, que piden o aprueban ejecuciones capitales, pero que cuentan con que otros realicen la tarea.

3º. No hubo equívoco en hacerle decir lo que dicen sus amigos comunistas. Hace tan poco usted escribió: "Admito mi solidaridad con el partido comunista francés".

4º. No acepto la manera como usted responde a mi planteo sobre el derecho de oposición. "Reconozca -le decía yo- que en su sistema no se admite un obrero opositor como tampoco un intelectual disidente". Sabe muy bien que esto es verdad, y la simple honestidad exigía su reconocimiento. Por el contrario, usted me contesta que la noción de oposición no es clara. Hay que creer que es muy difícil negar públicamente a un obrero su derecho de oposición y proletariado francés. Pero eso no impide que su respuesta sea un engaño. Acaban de ejecutar en Rumania a siete opositores bajo el rótulo, ya conocido, de "terroristas". Trate de explicarles a las familias, a los amigos de los fusilados, a los hombres libres que leyeron la noticia que la noción de oposición no está bien definida en Rumania.

5º. Ya que lo desea, y sin extenderme tanto como querría, voy a darle un buen ejemplo de violencia legitimada: los campos de concentración y la utilización como mano de obra de los deportados políticos. Los campos formaban parte del aparato del Estado en Alemania. Formaban parte del aparato del Estado en Rusia Soviética, usted no puede ignorarlo. En este último caso están justificados, parece, por la necesidad histórica. Lo que quiero decir es muy simple. Creo que no se puede justificar los campos con ninguna de las excusas que pueden admitirse para la violencia provisional de una insurrección. No hay razón en el mundo, histórico o no, progresista o reaccionaria, que pueda hacerme aceptar los campos de concentración.

---

<sup>3</sup> En el periódico *Action*.

Propuse simplemente que los socialistas rechacen por anticipado, y en toda ocasión, el campo de concentración como medio de gobierno. Sobre este punto usted tiene la palabra.<sup>4</sup>

6º. Sigo pensando que lo hemos entendido hasta ahora por revolución no puede triunfar hoy más que por vía de la guerra. Usted me pone a Checoslovaquia como ejemplo. Lo que usted llama la revolución de Praga es ante todo una alineación de política exterior que nos acercó considerablemente a la guerra. Ella justifica mi punto de vista. Entre tanto, la experiencia yugoslava lo habrá, sin duda, ilustrado acerca de las posibilidades que tienen Gottwald y los dirigentes checos de colocar en primer plano cuestiones que sean puramente internas.

La única cosa que me conmueve, porque es humana y verdadera, en su respuesta sobre este punto es la imposibilidad en que usted no siente de ceder al chantaje de la guerra. No me crea totalmente ciego al respecto: lo he meditado. Pero hay también un chantaje a la revolución que nos hacemos a menudo a nosotros mismos. Yo propongo no apoyar la puja recíproca a que se han entregado los dos imperios. La manera correcta de no ceder al chantaje no es ni el despotismo ni la obstinación ciega. Es la lucha contra la guerra y a favor de la organización internacional. Al término de ese largo esfuerzo, la palabra revolución retomará su sentido. Pero no antes. Es por ello que sigo creyendo que únicamente los movimientos por la paz y las concepciones federalistas resisten eficazmente a ese chantaje. Y cuando usted ironice de nuevo, con algunos otros, acerca de metas tan lejanas, yo lo dejaré hablar: no nos ofrecieron como elección más que un falso liberalismo que nos repugna y el socialismo de los campos de concentración del que usted es servidor. La esperanza está de nuestro lado, mal que le pese.

7º. Voy a retomar su propuesta. Usted cree confundirme invitándome a enviar una carta abierta a la prensa norteamericana para protestar contra la complicidad directa o indirecta de los Estados Unidos en las recientes ejecuciones griegas. Esto me consuela algo, porque es la prueba de que desconoce mi verdadera posición. Usted no puede saber, por otra parte, que yo he tomado partido sobre ese caso concreto en Inglaterra, hace algunas semanas y sobre casos parecidos en América, hace dos años, en el curso de conferencias públicas. Es por ello que no me voy a tomar el trabajo de contestarle: tengo esa carta a su disposición. Le agregaré una protesta motivada por lo que es un verdadero crimen contra la conciencia europea: el mantenimiento de Franco en España. Le doy carta blanca para su publicación, con una sola condición, que considerará legítima, espero. Usted escribirá, por su parte, una carta abierta, no a la prensa soviética, que no la publicará, sino a la prensa francesa. En ella tomará posición contra el sistema de los campos de concentración y la utilización de la mano de obra de los deportados. En reciprocidad, pedirá al mismo tiempo la liberación incondicional de los republicanos españoles, todavía internados en Rusia Soviética y a los que su camarada Courtade ha creído insultar, olvidando lo que siguen representando esos hombres para todos nosotros e ignorando, sin duda, que él no es digno de atarles los zapatos. Nada de todo esto es incompatible, me parece, con la vocación revolucionaria de la que usted se vale. Y entonces sabremos si este diálogo fue inútil o no. En efecto, yo habré denunciado los males que lo indignan y usted habrá retribuido esa satisfacción con la denuncia de males que deben sublevarlo otro tanto por lo menos.<sup>5</sup>

Pues quiero creer que lo revelan. Y antes de terminar esta polémica, haré lo único que puede hacer ahora por usted: no lo creeré. No le creeré cuando dice que si las matanzas volvieran, a pesar suyo, usted preferiría tener razón en medio de ellas que estar equivocado. Es una manera, sin embargo, de ratificar lo que le dije en mi primera respuesta. Pero prefiero haberme equivocado. Pues para hacer pública una pretensión tan horrible, hace falta mucho orgullo o poca imaginación. Mucho orgullo, en efecto. Ya que es afirma que la razón histórica que usted eligió servir le parece la única adecuada y que la humanidad no puede ser salvada por ninguna

---

<sup>4</sup> Esta propuesta quedo sin contestación.

<sup>5</sup> Esta propuesta quedó sin contestar.

otra. Su razón o las matanzas, es el futuro que usted traza. Decididamente soy más optimista que usted y pondré en duda su imaginación.

Voy a terminar. Usted desdeña muchas cosas en su larga respuesta. Acepto, por mi parte, algunos de sus desdenes. Mi papel, lo reconozco, no es de transformar el mundo ni al hombre. No tengo suficientes virtudes ni luces para ello. Pero sí es, quizás, el de servir, desde mi puesto, a algunos valores sin los cuales un mundo, aun transformado, no vale la pena de ser vivido, sin los cuales un hombre, aun el hombre nuevo, no merecerá ser respetado. Esto es lo que quiero decirle antes de dejarlo: usted no puede prescindir de esos valores y los reencontrará creyendo recrearlos. No vivimos sólo de lucha y de odio. No morimos siempre con las armas en las manos. Hay historia y hay otra cosa, la felicidad simple, la belleza natural. También ellas son raíces que la historia ignora, y Europa, porque las perdió, es hoy un desierto.

Yo lo he concedido que los marxistas tienen a veces los remordimientos de los liberales, que bien lo necesitan. Pero, los marxistas ¿no tienen necesidad de esos remordimientos? Si no la tiene, nadie en el mundo podrá nada a favor de ellos, y juntos conoceremos, para concluirlo, una derrota que toda Europa pagará con la sangre que le queda. Si los necesitan quién se los dará sino esos pocos hombres que, sin separarse de la historia, consientes de sus límites, tratan de plantear, como pueden, la desdicha y la esperanza de Europa. ¡Solitarios! Dirá usted con desprecio. Tal vez, por el momento. Pero ustedes estarían muy solos sin esos solitarios.

*(La Gauchen, octubre de 1948).*

## **EL NO CREYENTE Y LOS CRISTIANOS**

*(Fragmentos de una exposición pronunciada en el convento de los dominicos de Latour-Maubourg en 1948).*

Ya que han tenido a bien pedir a un hombre que no comparte las convicciones de ustedes que venga a responder la pregunta muy general que plantean en el curso de estas charlas -antes de decirles lo que me parece que los no creyentes esperan de los cristianos- querría ya conocer esta generosidad de espíritu con la afirmación de algunos principios.

Hay, ante todo, un fariseísmo laico al cual trataré de no ceder. Llamo fariseo laico a quien finge creer que el cristianismo es cosa fácil y aparenta exigir del cristiano, en nombre de un cristiano visto de afuera, más de lo que se exige a sí mismo. Creo, efectivamente, que el cristiano tiene muchas obligaciones, pero no le corresponde a quien las rechaza recordárselas al que ya las ha admitido. Si alguien puede exigir algo del cristiano, es otro cristiano. La conclusión es que si yo me permito, al final de esta exposición, reclamar de ustedes algunos deberes, no podrá tratarse más que de deberes que se deben exigir a todos los hombres en la actualidad, sea cristiano o no.

En segundo lugar, quiero declarar también que no sintiéndome en posesión de ninguna verdad absoluta ni de ningún mensaje, jamás partiré del principio que la verdad cristiana es ilusoria, sino solamente de hecho que yo no he podido ingresar en ella. Para ilustrar esta posición reconoceré de buen grado lo que sigue: hace tres años una controversia me enfrentó con uno

de los de ustedes y no de los menores. La fiebre de esos años, el difícil recuerdo de dos o tres amigos asesinados, me habían dado esa pretensión. Sin embargo, puedo declarar que a pesar de algunos excesos de lenguaje de parte de François Mauriac, jamás dejé de meditar sobre lo que dijo. Al finalizar esa reflexión -y les doy así mi opinión sobre la utilidad del diálogo creyente no creyente- llegué a reconocer dentro de mí mismo, y sobre el punto preciso de nuestra controversia, François Mauriac tenía razón.

Dicho esto, me será más fácil enunciar mi tercer y último principio. Es simple y claro. No trataré de modificar nada de lo que pienso, ni nada de lo que ustedes piensan (al menos lo que creo que piensan) a fin de obtener una conciliación que nos resulte agradable a todos. Al contrario, lo que deseo decirle hoy es que el mundo necesita del diálogo, que lo opuesto del diálogo, es tanto la mentira como el silencio y que no hay diálogo posible más que entre personas que se mantienen en lo que son y dicen la verdad. Esto equivale a afirmar que el mundo de hoy necesita cristianos que se mantengan cristianos. El otro día, en la Sorbona, dirigiéndose a un conferenciante marxista, un sacerdote católico decía en público que él también era anticlerical. ¡Y bien!, no me gustan los sacerdotes anticlericales, tampoco las filosofías que tienen vergüenza de sí mismas. No trataré, pues, por mi parte, de hacerme el cristiano ante ustedes. Comparto con ustedes el mismo horror por el mal. Pero no comparto la esperanza de ustedes y sigo luchando contra este universo en que hay niños que sufren y mueren.

¿Y por qué no voy a decir aquí lo que escribí en otro lugar? Esperé mucho tiempo, durante esos años espantosos, que en Roma se elevara una gran voz. ¿Yo, no creyente? Precisamente. Pues sabía que el espíritu se perdería si no lanzaba ante la fuerza el grito de condena. Parece que esa voz se elevó. Pero les juro que millones de hombres conmigo no la entendíamos y que había entonces en todos los corazones, creyentes o no, una soledad que no dejó de extenderse a medida que pasaba los días y se multiplicaban los verdugos.

Después me explicaron que la condenación se había llevado a cabo perfectamente, pero en el lenguaje de las encíclicas, que no es claro. ¡La condenación se había llevado a cabo y no había sido entendida! ¿Quién no se dará cuenta ahora dónde está la verdadera condena y quién no vera que este ejemplo aporta en sí mismo uno de los elementos de la respuesta, quizás la respuesta total, que ustedes me piden? Lo que el mundo espera de los cristianos es que hablen, con voz clara y alta y que lleven su condena de tal manera que jamás la duda, una sola duda, pueda albergarse en el corazón del más simple de los hombres. Espera que los cristianos salgan de la abstracción y se enfrenten con el rostro ensangrentado que ha tomado la historia de hoy. La unión que necesitamos es la unión de los hombres. Espera que los cristianos salgan de la abstracción y se enfrenten con el rostro ensangrentado que ha tomado la historia de hoy. La unión que necesitamos es la unión de los hombres decididos a hablar claro ya jugarse. Cuando un obispo español bendice las ejecuciones políticas no es más que un obispo, ni un cristiano, ni siquiera un hombre, es un perro, tal como el que desde lo alto de una ideología ordena esa ejecución sin hacer él mismo trabajo. Esperamos y espero que se unan los que no quieren ser perros y están decididos a pagar el precio que hay que pagar para que el hombre sea algo más que un perro.

¿Y ahora qué pueden hacer los cristianos por nosotros?

En primer lugar terminar con las vanas querellas de las cuales la primera es la del pesimismo. Creo, por ejemplo, que Gabriel Marcel se beneficiaría dejando en paz formas de pensamiento que lo apasionan y lo extravían. Marcel no puede llamarse demócrata y pedir al mismo tiempo la prohibición de la pieza de Sartre. Es una posición fastidiosa para todo el mundo. Es que Marcel quiere defender valores absolutos, como el pudor y la verdad divina del hombre, cuando se trata de defender los pocos valores provisionales que le permitirán a Marcel seguir luchando un día, y a su gusto, por esos valores absolutos...

¿Con qué derecho, por lo demás, un cristiano a un marxista me acusaría, por ejemplo, de pesimismo? No soy yo quien inventó la miseria humana, ni las terribles fórmulas de la maldición divina. No soy yo quien ha gritado aquel *Nemo bonus*, ni la condenación de los niños sin bautismo. No soy yo quien ha dicho que el hombre es incapaz de salvarse solo y que desde el fondo de su degradación no tiene más esperanza que la gracia de Dios. ¡En cuanto al famoso optimismo marxista...! Nadie llevó más lejos la desconfianza en el hombre y finalmente las fatalidades económicas de este mundo aparecen más terribles que los caprichos divinos.

Los cristianos y los comunistas me dirán que su optimismo es de más largo alcance, que es superior a todo lo demás y que Dios o la historia, según el caso, son las metas satisfactorias de su dialéctica. Tengo el mismo razonamiento para hacer. Si el cristiano es pesimista en cuanto al nombre, es optimista en cuanto al hombre. Y no en nombre de un humanismo que siempre me ha parecido de cortos alcances, sino en nombre de una ignorancia que trata de no negar nada.

Esto significa entonces que las palabras pesimismo y optimismo necesitan ser apreciadas y que a la espera de poder hacerlo, debemos examinar lo que nos une más bien que lo que nos separa.

Esto es, creo, todo lo que tenía que decirles. Estamos ante el mal. Y para mí es verdad que me siento un poco como ese Agustín de antes de su conversión que decía: "buscaba de dónde es verdad que sé, con algunos otros, lo que hay que hacer, si no para disminuir el mal, al menos para no aumentarlo. No podemos impedir, quizás, que en este mundo los niños sufran. Y si ustedes no nos ayuda, ¿quién podrá ayudarnos?".

Una gran lucha desigual ha comenzado entre las fuerzas del terror y las del diálogo. Sólo tengo ilusiones razonables sobre el resultado de esa lucha. Pero creo que hay que entablarla y sé que hay hombres que están decididos a ello. Solamente temo que se sientan a veces un poco solos, que lo estén en efecto, y que con dos mil años de intervalo nos expongamos a asistir al sacrificio muchas veces repetido de Sócrates. El programa para el mañana es la comunidad del diálogo o la condena a muerte, solemne y significativa, de los testigos del diálogo. Después de haber aportado mi respuesta, la pregunta que planteo, a mi vez, a los cristianos es ésta: "¿Sócrates estará aún solo y no hay nada en él y en la doctrina de ustedes que los impulse a unirse con nosotros?".

Puede ser, lo sé bien, que el cristianismo responda negativamente. ¡Oh, no por boca de ustedes! Ya lo creo. Pero puede ser, y es lo más probable, que se obstine en dejarse arrancar definitivamente el espíritu de rebelión y de indignación que le perteneció hace ya mucho tiempo. Entonces los cristianos vivirán y el cristianismo morirá. Entonces serán los otros, en efecto, quienes pagarán los sacrificios. Es un futuro, en todo caso, que no me corresponda decidir, a pesar de todo lo que remueva en mí de esperanza y de angustia. Sólo puedo hablar de lo que sé. Y lo que sé, y que constituye a veces mis nostalgia, es que si los cristianos decidieran, millones de voces -millones de voces, oigan bien- se unirían en el mundo al grito de un puñado de solitarios, que sin fe ni ley abogan hoy un poco por todas partes y sin descanso a favor de los niños y de los hombres.

## TRES ENTREVISTAS

### ENTREVISTA I

(Esta entrevista fue publicada por Émile Simon en la *Reine du Caire*, en 1948. Las extensas y pertinentes preguntas de Émile Simon fueron aquí abreviadas sin ser deformados).

*... ¿No cree usted que se podría fundar una moral muy pura sobre esta idea de felicidad lamentablemente confundida en el pensamiento de algunos con el dejar pasar, el placer, la vida fácil? La felicidad es, no obstante, una virtud muy alta y muy difícil de conquistar (¿Qué más raro, en efecto, que un hombre feliz?)...*

“Sí, en cuanto a la felicidad. Pero sin exclusivismo. El error proviene siempre de una exclusión, dice Pascal. Sí no se busca más que la felicidad, se termina en lo fácil. Si no se cultiva más que la desdicha se desemboca en la complacencia. En ambos casos, una devaluación. Los griegos sabían que hay una parte de sombra y una parte de luz. Hoy no vemos más que la sombra y la tarea de quienes no quieren desesperar es recordar la luz, los mediodías de la vida. Pero es una cuestión de estrategia. En todo caso, a lo que hay que tender no es a la terminación, sino al equilibrio y al dominio”.

*... ¿No se puede inferir que este sufrimiento de los niños -tan inútil, tan monstruoso e injustificable- es una de esas evidencias que lo llevan a negarse a creer en lo que los cristianos llaman la Divina Providencia, que lo inducen a considerar la Creación como una gran obra frustrada?*

*A ese sufrimiento, el cristiano no puede oponer mucho más que un acto de fe... Pero ese acto de fe del cristianismo, esa sumisión de la razón a la injusticia escandalosa, no es más que renuncia y escapismo. Es para salvarse a sí mismo que el cristianismo acepta ahora creer, para salvar la paz de su alma.*

*La única actitud digna del hombre es la del doctor Rieux, que se niega, incluso con el pensamiento, a pactar con el mal y pone en acción todos los recursos de su inteligencia y de su corazón para expulsar el sufrimiento de los dominios de la tierra.*

*¿No es éste el fondo de su pensamiento?*

“El obstáculo infranqueable me parece que es, en efecto, el problema del mal. Pero es también un obstáculo real para el humanismo tradicional. Hay una muerte de los niños que expresa la arbitrariedad divina, pero está también el homicidio de niños que traduce la arbitrariedad humana- Estamos atascados entre dos arbitrariedades. Mi posición personal hasta donde puede ser defendida, es considerar que si bien los hombres no son inocentes, son culpables tan sólo de ignorancia. Es una idea que se podría desarrollar.

”Pero yo reflexionaría antes de decir como usted que la fe cristiana es una renuncia. ¿Se puede decir eso de un San Agustín o de un Pascal? Lo honesto consiste en juzgar una doctrina por sus expresiones más elevadas, no por sus subproductos. Y, por otra parte, aunque sé poco de estas cosas, tengo la impresión de que la fe es menos una paz que una esperanza trágica.



"Dicho esto, yo no soy cristiano. Nací pobre, bajo un cielo feliz, en una naturaleza con la cual uno siente acuerdo, no hostilidad. No comencé, entonces, por el desgarramiento, sino por la plenitud. Después... Pero, yo me siento griego de corazón. ¿Y qué hay en el espíritu griego que el cristianismo no pueda aceptar? Muchas cosas, pero esto en particular: los griegos no negaban a los dioses, pero *limitaban sus poderes*. El cristianismo, que es una religión *total*, para emplear un término de moda, no puede admitir ese espíritu en que se señalan límites a lo que, a su juicio, debe abarcar la totalidad. Aunque ese espíritu puede muy bien admitir la existencia del cristianismo. Cualquier cristiano inteligente le dirá que de esa forma preferiría el marxismo, si tan sólo el marxismo lo admitiera.

"Esto en cuanto a la doctrina. Queda la Iglesia. Pero, tomaré la iglesia en serio cuando sus jefes espirituales hablen el lenguaje de todo el mundo y vivan la vida miserable y llena de peligros de la mayoría".

*¿Para un escritor, el simple hecho de escribir o de crear alcanza para exorcizar el absurdo, para mantener en suspenso la piedra de Sísifo, lista para aplastarlo? ¿cree usted en una virtud trascendente al acto de escribir?*

"La rebelión humana tiene dos expresiones que son la creación y la acción revolucionaria. En sí, y fuera de sí, el hombre sólo encuentra al comienzo desorden y falta de unidad. A él le corresponde poner todo el orden que pueda a una condición que no lo tiene. Pero esto nos llevaría muy lejos".

*¿No cree usted que lo que aguza en nosotros el sentimiento del absurdo, lo que agrava la incoherencia de nuestros destinos, son precisamente los terribles acontecimientos que vivimos?*

"El sentimiento trágico que recorre nuestra literatura no data de ayer. Ha recorrido todas las literaturas desde que existe en ellas. Pero es verdad que la situación histórica le da hoy su agudeza. Es que la situación histórica supone hoy la sociedad universal. Mañana Hegel recibirá la confirmación o el desmentido más sangriento que se pueda imaginar. La circunstancia histórica hoy no cuestiona, entonces, tal existencia nacional o tal destino individual, sino la condición humana en su totalidad. Estamos en vísperas del juicio, pero se trata de un juicio en que el hombre se juzgará a sí mismo. He ahí por qué cada uno está apartado, aislado en sus pensamientos, del mismo modo que cada uno, de alguna manera, está acusado. Pero la verdad no está en la separación sino en la unión".

*Los escritores de hoy se coaligaron unánimemente para defender lo que llaman, lo que llamamos, las libertades y los derechos de los individuos.*

*... Quizás defendiéndolos en lo abstracto y lo absoluto como hacemos, somos, en realidad prisioneros, sin saberlo, de las formas anacrónicas y caducas que esos valores revistieron.*

*... Hubo épocas, y tal vez estemos en vísperas de conocer otra, en que la grandeza de un escritor estaba en relación directa con la fuerza de su adhesión al medio social, con su fuerza representativa. Sólo en una sociedad en vía de disgregación, el mérito de un escritor está en relación con su capacidad de disidencia.*

"Cuando se defiende una libertad, se la defiende siempre en lo abstracto hasta el momento en que hay que rendir cuentas. No me gusta la disidencia por la disidencia. Pero lo que usted dice justificaría, por ejemplo, a un escritor nacionalista alemán que escribiera los *Nibelungos* en un país donde Hitler hubiera triunfado. Los *Nibelungos* estarían contruidos así sobre los huesos de millones de seres asesinados. ¿Necesito decirle que es ése un acuerdo que considero demasiado caro?"

“¿En relación con qué la libertad reclamada por el escritor le parece abstracta? En relación con la reivindicación social. Pero esta reivindicación no tendría hoy ningún contenido si no se hubiera conquistado, a través de los siglos, la libertad de expresión. La justicia supone derechos. Los derechos suponen la libertad de defenderlos. Para actuar debe hablar. Sabemos lo que defendemos. Y además cada uno habla en nombre de un acuerdo. Todo *no* supone un *sí*. Hablo en nombre de una sociedad que no impone el silencio, sea cual fuera la opresión económica o la opresión policial”.

*La sociedad comunista -la sociedad soviética, más precisamente- le niega al escritor el permiso para absorberse en la búsqueda de lo que nosotros llamamos valores estéticos.*

*Algunos artistas o escritores franceses de hoy se han asociado a esta modalidad.*

*¿No cree usted que ponen en peligro la cultura por no haber comprendido en qué reside la virtud esencial de la obra de arte?*

“Es un problema falso. No existe el arte realista. (Ni siquiera la fotografía es realista: ella elige). Y los escritores de lo que usted habla utilizan, digan lo que digan, los valores estéticos. A partir del momento en que escribe algo más que un libelo, un escritor comunista es un artista, y le es imposible, por ello, coincidir jamás *perfectamente* con una teoría o una propaganda. Es por ello que no se dirige la literatura, a lo sumo se la suprime. Rusia no la suprimió, creyó poder servirse de sus escritores. Pero esos escritores, aun de buena fe, serán siempre heréticos por su misma función. Lo que digo se ve bien claro en los relatos de depuración literario. Por ello estos escritores no ponen en peligro la cultura, como usted dice. Es la cultura que los pone en peligro a ellos. Y lo digo sin ironía, como ante una absurda crucifixión y con el sentimiento de una solidaridad forzosa”.

## **ENTREVISTA II**

### **DIÁLOGO A FAVOR DEL DIÁLOGO**

*(Défense de l'Homme, julio de 1944)*

– El futuro es muy sombrío.

– ¿Por qué? No hay nada que temer, puesto que ya nos enfrentamos con lo peor. Entonces, sólo hay razones para esperar y luchar.

– ¿Con quién?

– Por la paz.

– ¿Pacifista incondicional?

– Hasta nueva orden, resiste incondicional -y a todas las locuras que se nos propongan.

– En resumen, como se suele decir, usted no está en el asunto.

– No en ése.

– No es muy confortable.

No. He tratado lealmente y con seriedad de estar en él. Y después me resigné: hay que llamar criminal a lo que es criminal. Estoy en otra cosa.

– El no integral.

– El sí integral. Naturalmente, hay persona más prudentes que tratan de arreglárselas con lo que hay. No tengo nada en contra.

– ¿Entonces?

– Entonces, estoy a favor de la pluralidad de posiciones. ¿Es que se puede tomar el partido de los que no están seguros de tener razón? Sería el mío. En todo caso, yo no insulto a los que no están conmigo. Es mi única originalidad.

– ¿Sí concretaremos...?

– Concretemos. Los gobernantes de hoy, rusos, norteamericanos y algunas veces europeos, son criminales de guerra, según la definición del tribunal de Nuremberg. Todas las políticas internas que los apoyan de una manera y otra, todas las iglesias, espirituales o no, que no denuncian la mistificación de que el mundo es víctima, participan de esa culpabilidad.

– ¿Qué mistificación?

– La que nos quiere hacer creer que la política de dominio, cualquiera que sea, puede conducirnos a una sociedad mejor, en que, por fin, se producirá la liberación social. La política de dominio significa la preparación para la guerra. La preparación para la guerra, y con mayor razón, la guerra misma, hacen justamente imposible esta liberación social.

– ¿Usted qué eligió?

– ¿Ha pensado en Munich?

– Pensé. Los hombres que conozco no comprarán la paz a cualquiera precio. Pero teniendo en cuenta la desdicha que acompaña toda preparación para la guerra y los desastres inimaginables que acarrearía una nueva guerra, estiman que no se puede renunciar a la paz sin haber agotado todas las posibilidades. Y además Munich ya se repitió y por dos veces. En Yalta y en Postdam. Por los mismos que quieren enfrentarse hoy. No somos nosotros quienes entregamos los liberales, los socialistas y los anarquistas de las democracias populares de este a los tribunales soviéticos. Son los signatarios de pactos que consagraron la partición del mundo.

– Esos mismos hombres lo acusan de ser un soñador.

– Hacen falta soñadores, y personalidades, aceptaré ese papel, ya que no tengo inclinación para el oficio de asesino.

– Se le dirá que también son necesarios los asesinos.

– ¡Bueno! Candidatos no faltan. Y fornidos, parece. Entonces, podemos dividir el trabajo.

– ¿Conclusión?

– Los hombres de los que hablé, al mismo tiempo que trabajan por la paz, deberían hacer probar, internacionalmente, un código que determinara estas limitaciones a la violencia: supresión de la pena de muerte, denuncia de las condenas de duración indeterminada, de la retroactividad de las leyes y del sistema de los campos de concentración.

– ¿Qué más?

– Haría falta otro encuadre para precisar. Pero si fuera posible que estos hombres adhirieran masa a los movimientos por la paz aun existentes, redactaran y defendieran con la palabra y el ejemplo el nuevo contrato social que necesitamos, creo que estarían de acuerdo con la verdad.

“Si tuviera tiempo, diría también que esos hombres deberían tratar de preservar en su vida personal la parte de alegría que no pertenece a la historia. Se nos quiere hacer creer que el mundo actual necesita hombres totalmente identificados con su doctrina y que persigan fines definitivos mediante la sumisión total a sus convicciones. Creo que ese tipo de hombres, en el estado en que está el mundo, hará más mal que bien. Pero admitiendo, aunque no lo creo, que terminen por hacer triunfar el bien al final de los tiempos, pienso que debe existir otra especie de hombres atentos a preservar el matiz delicado, el estilo de vida, la posibilidad de felicidad, el amor, el equilibrio difícil, en fin, que los hijos de esos mismos hombres necesitarán finalmente, aun en el caso de que se haya logrado entonces la sociedad perfecta”.

### **ENTREVISTA III**

(Entrevista no publicada).

“... Desde luego, decirse revolucionario y rechazar, por otra parte, la pena de muerte, la limitación de las libertades y la guerra es no decir nada. No digamos, pues, nada, provisionalmente, salvo que decirse revolucionario y exaltar la pena de muerte, la supresión de las libertades y la guerra, es decir tan sólo que se es reaccionario, en el sentido más objetivo y menos reconfortadle de la palabra. Y es debido a que los revolucionarios contemporáneos aceptaron ese lenguaje que vivimos hoy universalmente una historia reaccionaria. Por no sabemos cuánto tiempo, las potencias policiales y las potencias del lucro harán la historia contra el interés de los pueblos y la verdad del hombre. Pero tal vez, es por esas razones que la esperanza es lícita. Dado que yo no vivimos tiempos revolucionarios, aprendamos, al menos, a vivir el tiempo de los rebeldes. Saber decir no, esforzarse cada uno desde su puesto para crear los valores vitales de los que ninguna renovación podrá prescindir, mantener lo que vale la pena, preparar lo que merece vivirse, practicar la felicidad para que se dulcifique el gusto terrible por la justicia, son motivos de florecimiento y de esperanza.

“Hay un chantaje que, desde ahora, no tendrá ya curso. Hay mistificaciones que, desde ahora, denunciaremos con rudeza. Rehusaremos creer por más tiempo que el cristianismo de los salones y de los ministerios pueda olvidar impunemente el cristianismo de las prisiones. Pero aunque los gobiernos cristianos tienen vocación de complicidad, no olvidaremos que el marxismo es una doctrina de acusación cuya dialéctica no triunfa más que en el mundo de los procesos. Y llamaremos partidarios de los campos de concentración a quien lo sean, incluso el socialismo.

“Sabemos que nuestra sociedad reposa sobre la mentira. Pero la tragedia de nuestra generación es haber visto, bajo los falsos colores de la esperanza, una nueva mentira suponerse a la antigua. Al menos, ya nada nos obliga a llamar salvadores a los tiranos ni a

justificar la muerte del niño por la salvación del hombre. Rehusaremos creer también que la justicia pueda exigir, aunque sea provisionalmente, la supresión de la libertad. Las tiranías pretenden siempre ser provisionales. Nos explican que hay una gran diferencia entre la teoría reaccionaria y la tiranía progresista. Habría así campos de concentración que siguen la dirección de la historia y un sistema de trabajos forzados que supone la esperanza. Suponiendo que esto fuera cierto, podríamos al menos interrogarnos sobre la duración de esa esperanza. Si la tiranía, aunque progresista, dura más de una generación, ello significa para millones de hombres una vida de esclavos, y nada más. Cuando lo provisional cubre el período de la vida de un hombre, es para ese hombre lo definitivo. Por otra parte, estamos ante un sofisma. La justicia no es posible sin el derecho. Podemos hablar con tanto orgullo de esa justicia por la cual multitud de hombres, hoy, mueren o hacen morir, sólo porque un puñado de espíritus libres conquistaron, a través de la historia, el derecho a expresarse. Hago aquí la apología de aquellos a quienes se llama con desprecio, intelectuales".

## ¿POR QUÉ ESPAÑA?

### (RESPUESTA A GABRIEL MARCEL)

(*Combat*, diciembre de 1948).

Sólo responderé aquí a dos pasajes del artículo que usted dedicó a *El estado de sitio*, en *Les littéraires*. De ningún modo quiero contestar a las críticas que usted, u otros, le hicieron a esa pieza en tanto obra teatral. Cuando alguien se arriesga a presentar un espectáculo o a publicar un libro, se expone a ser criticado y debe aceptar la censura de su tiempo. Es preciso, entonces, callar, aunque se tenga algo que decir.

Sin embargo, usted ha rebasado sus privilegios de crítico al asombrarse de que una pieza sobre la tiranía totalitaria hubiera sido situada en España, cuando usted la vería mejor en los países del Este. Y me concede definitivamente la palabra al escribir que hay en ella falta de coraje y de honestidad. Es cierto que usted es demasiado bueno al pensar que no soy responsable de esa elección (traduzcamos: es el malvado Barrault, ya tan cubierto de crímenes). La desgracia es que el drama transcurre en España porque yo lo decidí, y decidí solo, tras reflexión, que transcurriera, en efecto, allí. Debo, entonces, hacer caer sobre mí sus acusaciones de oportunismo y deshonestidad. No se extrañará de que, en tales condiciones, me sienta obligado a responder.

Probablemente, por otra parte, no me defendería de esas acusaciones (¿ante quiénes justificarse eso, hoy?), si usted no hubiera tocado un tema tan grave como el de España. En verdad, no tengo ninguna necesidad de decir que no busqué adular a nadie al escribir *El estado de sitio*. Quise atacar de frente un tipo de sociedad política que se ha organizado, o se organiza, a derecha y a izquierda, sobre el modelo totalitario. Ningún espectador de buena fe puede dudar de que esta obra toma el partido del individuo, de la carne en lo que ella tiene de noble, del amor terrenal, en fin, contra las abstracciones y los terrores del Estado totalitario, ya sea ruso, alemán o español. Graves doctores meditan a diario sobre la decadencia de nuestra sociedad buscándole profundas razones. Esas razones existen, sin duda. Pero para los más simples de nosotros, el mal de la época se define por sus efectos, no por sus causas. Se llama Estado, policía o burocrático. Su proliferación en todos los países, bajo los más diversos

pretextos ideológicos, la insultante seguridad que le dan los medios mecánicos y psicológicos de la represión, lo convierten en un peligro mortal para lo que hay de mejor en cada uno de nosotros. Desde este punto de vista, la sociedad política contemporánea, no importa su contenido, es despreciable. No he dicho nada más que esto, y es por ello que *El estado de sitio* es un acto de ruptura que no quiere perdonar nada.

Dicho esto con claridad, ¿por qué España? Debo confesarle que siento un poco de vergüenza al formular en su nombre esta pregunta. ¿Por qué Guernica, Gabriel Marcel? ¿Por qué esa cita donde por primera vez, ante un mundo todavía adormecido en su comodidad y en su miserable moral, Hitler, Mussolini y Franco mostraron a los niños lo que es la técnica totalitaria? Sí, ¿por qué esa cita que también nos concernía a nosotros? Por primera vez los hombres de mi edad vieron la injusticia triunfante en la historia. La sangre inocente corría entonces en medios de una gran charlatanería farisaica que, precisamente, aún dura. ¿Por qué España? Porque somos de los que no se lavará las manos ante esa sangre. Cuales quiera que sean las razones del anticomunismo -y conozco algunas muy buenas- jamás lo aceptaremos si se abandona a sí mismo al punto de olvidar esta injusticia que se perpetúa con la complicidad de nuestros gobernantes. Dije, tan alto como puede, lo que pensaba de los campos de concentración rusos. Pero ellos no me harán olvidar Dachau, Buchenwald y la agonía sin nombre de millones de hombres, ni la horrible represión que diezmó a la república española. Sí, a pesar de la conmiseración de nuestros grandes políticos, es todo eso, e conjunto, lo que hay que denunciar. Y no voy a disculpar esta peste terrible en el Oeste de Europa, por que causa estragos en el Este, sobre extensiones más grandes. Usted escribe que, para quienes están bien informados, no es de España de donde llegan en estos momentos las noticias más apropiadas para desesperar a los que aprecian la dignidad humana. Está mal informado, Gabriel Marcel. Precisamente ayer, cinco opositores políticos fueron condenados a muerte en España. Pero, cultivado el olvido, usted ya se preparaba para estar mal informado. Usted ha olvidado que en 1936, un general rebelde se sublevó, en nombre de Cristo, a un ejército de moros para arrojarlos contra el gobierno legal de la República española, hizo triunfar una causa injusta tras inexplicables matanzas y comenzó, a partir de ese momento, una atroz represión que ha durado diez años y que no ha terminado todavía. Sí, en verdad, ¿por qué España? Porque, como muchos otros, usted ha perdido la memoria.

Y además porque, igual que a un pequeño número de franceses, me sucede también que no estoy orgulloso de mi país. No sé que Francia haya entregado jamás opositores soviéticos al gobierno ruso. Eso llegará, sin duda; nuestras *élites* están dispuestas a todo. Pero en cuanto a España, por el contrario, ya hicimos muy bien las cosas. En virtud de la cláusula más deshonrosa del armisticio entregamos a Franco, por orden de Hitler, republicanos españoles, entre ellos al gran Luís Companys. Y Companys fue fusilado gracias a ese horrendo comercio. Era Vichy, por supuesto, no éramos nosotros. Nosotros solamente habíamos encerrado, en 1938, al poeta Antonio Machado en un campo de concentración, del que salió para morir. Pero cuando el Estado francés funcionaba como reclutador de los verdugos totalitarios ¿quién levantó la voz? Nadie. Es que, sin duda, Gabriel Marcel, los que hubiera podido protestar encontraron como usted que todo eso carecía de importancia al lado de lo que más detestaban en el sistema ruso. Entonces ¿no es cierto? ¡un fusilado más o menos...! Pero el rostro de un fusilado es una mala llaga y la gangrena termina que meterse en ella. La gangrena ganó.

¿Dónde están los asesinos de Companys? ¿En Moscú o en nuestro país? Hay que responder: en nuestro país. Hay que decir que nosotros fusilamos a Companys que somos responsables de lo que vino después. Hay que declarar que nos humillamos y que la única manera para nosotros de reparar lo hecho será mantener el recuerdo de una España que fue libre y que nosotros traicionamos, como pudimos, desde nuestra posición y a nuestra manera, ambas mezquinas. Es cierto que no hay ninguna potencia que no la haya traicionado, salvo Alemania e Italia que fusilaron a los españoles de frente. Pero esto no puede ser un consuelo y la España libre sigue, con su silencio, pidiéndonos una reparación. Hice lo que pude, con mis modestos

medios, y es eso lo que lo escandaliza. Si hubiera tenido más talento, la reparación hubiera sido mayor, he aquí todo lo que puedo decir. Transigir habría sido cobardía y engaño. Pero no seguiré con este tema y haré callar mis sentimientos por consideración a usted. A lo sumo, podía decirle que ningún hombre sensible hubiera debido asombrarse de que teniendo que elegir hacer hablar al pueblo de la sangre y de la altivez para oponerlo a la vergüenza y a las sombras de la dictadura, haya elegido al pueblo español. Realmente, no podía elegir al público internacional del *Reader's Digest* o a los lectores de *Samedi-Soir* y *France-Dimanche*.

Pero, sin duda, a usted le corre prisa porque explique, sin duda, el papel que le adjudiqué a la iglesia. Sobre este punto seré breve. Usted halla que ese papel es odioso, en tanto que en mi novela no lo era. Pero debía, en mi novela hacer justicia a mis amigos cristianos que encontré, bajo la ocupación en una lucha justa. Por el contrario, en mi drama debía decir cuál fue el papel de la iglesia de España. Y si lo pinté odioso es porque a la faz del mundo, el papel de la iglesia de España fue odioso. Por Dura que esta verdad le resulte, se consolará pensando que la escena que le molesta sólo dura un minuto, en tanto que la que ofende todavía la conciencia europea dura ya diez años. Y la iglesia entera estaría mezclada en el increíble escándalo de obispos españoles bendiciendo los fusiles de la ejecución, si desde los primeros días dos grandes cristianos, Bernanos, hoy muertos, y José Bergamín, desterrado de su país, no hubieran levantado la voz. Bernanos no habría escrito lo que usted escribió sobre este asunto. Él sabía que la frase que termina mi escena: "Cristianos de España estáis abandonados" no agravía a su creencia. Sabía que si yo decía otra cosa o si callaba, habría entonces agraviado a la verdad.

Si debiera rehacer *El estado de sitio*, lo situaría de nuevo en España, ésta es mi conclusión. Y a través de España, mañana como hoy, sería claro para todo el mundo que la condena que contiene apunta a todas las sociedades totalitarias. Pero al menos, no sería a costa de una complicidad vergonzosa. Es así y no de otra manera, jamás de otra manera, como podremos conservar el derecho de protestar contra el terror. Es por ello que no puedo compartir su opinión cuando dice que nuestro acuerdo es absoluto en cuanto al aspecto político. Pues usted acepta silenciar un terror para combatir mejor otro terror. Y nosotros estamos entre los que no queremos silenciar. Es esta sociedad política, en su totalidad, lo que nos repugna. Y sólo habrá salvación cuando todos los que todavía valen algo la hayan repudiado por entero, para buscar, fuera de las contradicciones insolubles, el camino de la renovación. Hasta entonces hay que luchar. Pero sabiendo que la tiranía totalitaria no se construye con los meritos de los totalitarios, sino sobre los errores de los liberales. La frase de Talleyrand es despreciable, un error no es pero que un crimen. Pero el error termina por justificar el crimen y proporcionarle su coartada. El error desespera a las víctimas y es por ello que es culpable. Es esto, precisamente, lo que no puedo perdonar a la sociedad política contemporánea: que sea una máquina para desesperar a los hombres.

Usted ha de encontrar, sin duda, que es ésta mucha pasión para un motivo tan pequeño. Pero, déjeme hablar, una vez al menos, en mi nombre. El mundo en que vivo me repugna, pero me siento solidario con los hombres que en él sufren. Hay ambiciones que no son las mías y no estaría cómodo si debiera recorrer mi camino apoyándome en los pobres privilegios que se reserva a quienes se conforman con este mundo. Pero me parece que hay otra ambición que debería ser la de todos los escritores: atestiguar y clamar, cada vez que sea posible, y en la medida de nuestro talento, a favor de quienes están sojuzgados como nosotros. Es esta ambición lo que usted cuestionó en su artículo y yo no dejaré de negarle el derecho de hacerlo hasta que el asesinato de un hombre parezca no indignarle nada más que en la medida en que ese hombre comparte sus ideas.

## EL TESTIGO DE LA LIBERTAD

(Alocución pronunciada en Pleyel, en noviembre de 1948, durante un encuentro internacional de escritores, y publicado por *La Gauche*, el 20 de diciembre de 1948).

Vivimos en una época en que los hombres impelidos por ideologías mediocres y feroces, se acostumbran a tener vergüenza de todo. Vergüenza de sí mismo, vergüenza de ser felices, de amar o de crear. Una época en que Racine se ruborizaría de *Berenice* y Rembrant, para hacerse perdonar por haber pintado *La ronda nocturna*, correría a anotarse para hacer penitencia. Los escritores y los artistas de hoy tienen también la conciencia sufrida y está de moda entre nosotros hacernos personar nuestro oficio. En verdad, se pone cierto esmero en ayudarnos a ello. De todos los rincones de nuestra sociedad política se levanta una gran protesta en contra nuestra que nos obliga a justificarnos. Debemos justificarnos de ser inútiles al mismo tiempo que de servir, por nuestra misma inutilidad, a malas causas. Y cuando respondemos que es muy difícil quedar limpios de acusaciones tan contradictorias, se nos dice que no es posible justificarse a los ojos de todos, pero que podemos obtener el generoso perdón de algunos, tomando su partido, que es, por otra parte, el único verdadero, en el caso de creerles. Si este tipo de argumento falla, entonces se le dice al artista: “Observe la miseria del mundo. ¿Qué hace usted por ella?” A este chantaje cínico, el artista podría contestar: “¿La miseria del mundo? No la aumento. ¿Cuál de ustedes puede decir otro tanto?”. Pero no es menos cierto que ninguno de nosotros, si se exige a sí mismo, puede permanecer indiferente al llamado que se eleva de una humanidad desesperada. Es preciso, pues, sentirse culpable por fuerza. Hemos aquí llevados a una actitud confesional laica, la peor de todas.

No obstante, no es tan simple. La elección que se nos pide no puede hacerse por sí misma, está determinada por otras elecciones, hechas anteriormente. Y la primera elección que hace un artista es, precisamente, la de ser artista. Y si ha elegido ser artista, es tomando en cuenta lo que él mismo es y a causa de una cierta idea que se forma del arte. Y si esas razones le han parecido bastante buenas para justificar su elección existe la posibilidad de que sigan siendo bastante buenas para ayudarlo a definir su posición frente a la historia. Esto es, al menos, lo que pienso, y querría singularizarme un poco, esta noche, poniendo el acento, ya que hablamos aquí con libertad, a título individual, no sobre un remordimiento que no tengo, sino sobre los dos sentimientos que frente a y a causa misma de la miseria del mundo, abrigo respecto de nuestro oficio, es decir, el agradecimiento y la altivez. Ya que hay que justificarse, querría decir por qué hay una justificación en ejercer, dentro de los límites de nuestras fuerzas y de nuestro talento, un oficio que, en medio de un mundo endurecido por el odio, nos permite a cada uno de nosotros decir tranquilamente que no es el enemigo mortal de nadie. Pero esto exige una aplicación y no puedo darla si no hablo un poco del mundo en que vivimos y de lo que nosotros, artistas y escritores, nos consagraremos a hacer en él.

El mundo que nos rodea es desdichado y se nos pide hacer algo para cambiarlo. ¿Pero cuál es esa desdicha? A primera vista, se define fácilmente: se ha matado mucho en el mundo en estos últimos años y algunos prevén que todavía seguirá matando. Un número tan levado de muertos termina por enrarecer la atmósfera. Naturalmente esto no es nuevo. La historia oficial fue siempre la historia de los grandes crímenes. Y no es que Caín mata a Abel. Pero es de hoy que Caín mata a Abel y reclama después la legión de Honor. Daré un ejemplo para que se me entienda mejor.



Durante las grandes huelgas de 1947, los diarios anunciaron que el verdugo de París abandonaría también su trabajo. No se ha reparado lo suficiente en mi opinión, en la decisión de nuestro compatriota. Sus reivindicaciones eran claras. Pedía naturalmente una prima por cada ejecución, lo que está en las normas de toda empresa. Pero, sobre todo, reclamaba con fuerza el rango de director de administración. Quería, en efecto, recibir del Estado, al que tenía conciencia de servir eficientemente, la única consagración, el único honor tangible que una nación moderna puede ofrecer a sus buenos servidores, es decir, un estatuto administrativo. Así se apagaba, bajo el peso de la historia, una de nuestras últimas profesiones liberales. Pues es, efectivamente, bajo el peso de la historia. En los tiempos bárbaros, una aureola terrible mantenía alejado del mundo al verdugo. Era el que, por oficio, atentaba contra el misterio de la vida y de la carne. Era, y lo sabía, objeto de horror. Y ese horror consagraba al mismo tiempo el precio de la vida humana. Hoy es sólo objeto de pudor. Y, en esas condiciones, encuentra que tiene razón al no querer ser más el pariente pobre al que se esconde en la cocina porque no tiene las uñas limpias. En una civilización en la que el homicidio y la violencia son ya doctrinas y están a punto de convertirse en instituciones, los verdugos tienen todo el derecho de ingresar en los cuadros administrativos. A decir verdad, nosotros los franceses estamos un poco atrasados. Un poco en todas partes del mundo, los verdugos están, ya instaladas en los sillones ministeriales. Reemplazaron tan sólo el hacha por el sello.

Cuando la muerte se convierte en objeto de administrativo y de estadística es que, en efecto, las cosas del mundo van mal. Pero si la muerte se hace abstracta es que la vida también lo es. Y la vida de cada uno no puede ser sino abstracta a partir del momento en que a uno se le ocurre someterla a una ideología. Desgraciadamente estamos en la época de las ideologías, y de las ideologías totalitarias, es decir, muy seguras de sí mismas, de su razón imbécil o de su mezquina verdad, como para supeditar la salvación del mundo sólo a su propia admiración. Y querer dominar a alguien o algo es desea la esterilidad, el silencio o la muerte de ese alguien. Alcanza, para constatarlo con mirar en derredor nuestro.

No hay vida sin diálogo. Y en la mayor parte del mundo, el diálogo es remplazado hoy por la polémica. El siglo XX es el siglo de la polémica y del insulto. La polémica ocupa, entre las naciones y los individuos, e incluso a nivel de las disciplinas antaño desinteresadas, el lugar que ocupaba tradicionalmente el diálogo reflexivo. Miles de voces, día y noche, cada una por su lado tras un monólogo tumultuoso vierte sobre los pueblos un torrente de palabras mistificadoras, ataques, defensas, exaltaciones. Pero, ¿cuál es el mecanismo de la polémica? Consiste en considerar al adversario como enemigo, en simplificarlo, en consecuencia, y en negarse a verlo. Al que insulto, no le conozco más el color de sus ojos, ni si sonríe y de qué manera. Convertidos en casi ciegos gracias a la polémica, no vivimos más entre hombres, sino en un mundo de siluetas.

No hay vida sin persuasión. Y el mundo de hoy sólo conoce la intimidación. Los hombres viven, y solamente pueden vivir, con la idea de que tienen algo en común, en lo que pueden siempre reencontrarse. Pero nosotros hemos descubierto esto: hay hombres a los que no se persuade. Era y es imposible a una víctima de los campos de concentración explicar a quienes lo degradan que no deben hacerlo. Es que estos últimos ya no representan a hombres, sino a una idea, llevada a la altura de la más inflexible de las voluntades. El que quiere dominar es sordo. Frente a él hay que pelear o morir. Es por esto que los hombres de hoy viven en el terror. En el *Libro de los muertos* se lee que el egipcio justo, para merecer el perdón, debía poder decir: "no he causado mierda a nadie". En esas condiciones, buscaremos en vano a nuestros grandes contemporáneos, el día del juicio final, en la fila de los bienaventurados.

Cómo extrañarse que esas siluetas, sordas y ciegas, aterrorizadas, alimentadas con tickets, y cuya vida entera se resume en una ficha policial, puedan ser después tratadas como abstracciones anónimas. Es interesante constar que los regímenes surgidos de esas ideologías son, precisamente, los que, por sistema, proceden al desarraigado de las poblaciones

paseándolas a la vista de Europa como símbolos exangües que sólo cobran vida irrisoria en las cifras de las estadísticas. Desde que esas dichosas filosofías entraron en la historia, multitud de hombres, cada uno de los cuales, no obstante, tenía antaño una manera de estrechar la mano, están definitivamente sepultados bajo las dos iniciales de las personas desplazadas, que un mundo muy lógico inventó para ellas.

Sí, todo esto es lógico. Cuando se quiere unificar el mundo entero en nombre de una teoría, no hay más camino que hacer este mundo tan descarnado, ciego y sordo como la teoría misma. No hay más camino que cortar las raíces que fijan al hombre a la vida y a la naturaleza. Y no es por casualidad que no se encuentren paisajes en la literatura europea desde Dostoievski. No es por casualidad que los libros más significativos de hoy, en lugar de interesarse en los matices del corazón y en las verdades del amor, sólo se apasionan por los jueces, los procesos y la mecánica de las acusaciones. Tampoco es casual que en lugar de abrir la ventana a la belleza del mundo, se cierre cuidadosamente sobre la angustia de los solitarios. No es por casualidad que el filósofo que inspira hoy todo el pensamiento europeo es el mismo que escribió que únicamente la ciudad moderna le permite al espíritu tomar conciencia de sí mismo y que llegó a decir que la naturaleza abstracta y que sólo la razón concreta. Es, en efecto, el punto de vista de Hegel y es el punto de partida de una inmensa aventura de la inteligencia, la que termina por matar todo. Es el gran espectáculo de la naturaleza, esos espíritus ebrios sólo se ven a sí mismos. Es la ceguera definitiva.

¿Para qué ir más lejos? Quienes conocen las ciudades destruidas de Europa saben de qué hablo. Esas ciudades ofrecen la imagen de este mundo descarnado, seco de orgullo, donde a lo largo de un monótono apocalipsis, yerran los fantasmas a la búsqueda de una amistad perdida, con la naturaleza y con los seres. El gran drama del hombre de occidente es que entre él y su devenir histórico ya no se interponen las fuerzas de la naturaleza ni de la amistad. Cortadas sus raíces, desecados sus brazos, se confunde ya con las horcas que le son prometidas. Pero, al menos, llegado al colmo de la sinrazón, nada debe impedirnos denunciar el engaño de este siglo que aparenta correr tras el imperio de la razón, cuando sólo busca las razones de amar que perdió. Y nuestros escritores que terminan todos por apelar a ese sucedáneo desdichado y descarnado del amor que se llama moral, lo saben bien. Los hombres de hoy pueden, tal vez, dominar todo en ellos, y ésa es su grandeza. Pero hay, al menos, algo que la mayor parte de ellos no podrá jamás volver a encontrar: la fuerza de amar que le fue arrebatada. Por ello tienen vergüenza. Y es justo que los artistas compartan esta vergüenza porque contribuyeron a ella. Pero que sepan decir, al menos, que tienen vergüenza de sí mismos y no de su oficio.

Pues todo lo que constituye la dignidad del arte se opone a un mundo tal y lo recusa. La obra de arte, por el solo hecho de existir, niega la conquista de la ideología. Uno de los sentidos de la historia de mañana es la lucha, ya iniciada, entre los conquistadores y los artistas. Ambos se proponen, sin embargo, el mismo fin. La acción política y la creación son las dos caras de una misma rebelión contra los desórdenes del mundo. En los dos casos se quiere dar al mundo su unidad. Y durante mucho tiempo la causa del artista y la del innovador político se confundieron. La ambición de Bonaparte es la misma que la de Goethe. Pero Bonaparte nos dejó el tambor en los liceos y Goethe las *Elegías romanas*. Más desde que las ideologías de la eficacia, apoyadas en la técnica, intervinieron, desde que por un sutil movimiento, el revolucionario se hizo conquistador de derecha o de izquierda, no es la unidad, que es ante todo la armonía de los contrarios, es la totalidad, que consiste en aplastar las diferencias. El artista distingue allí donde el conquistador nivela. El artista que vive y crea al nivel de la carne y de la pasión sabe que nada es simple y que el otro existe. El conquistador quiere que el otro no exista, si mundo es un mundo de señores y de esclavos, este mismo mundo en que vivimos. El mundo del artista es el mundo de la discusión viva y de la comprensión. No conozco una sola gran obra que se haya construido sólo sobre el odio, en cambio conocemos los imperios del odio. En una época en que el conquistador, por la lógica misma de su actitud, se hace verdugo y policía, el artista está obligado a ser refractario. Frente a la sociedad política contemporánea, la única actitud

coherente del artista, o si no debe renunciar al arte, es el rechazo sin concesión. No puede ser, aunque lo quisiera, cómplice de los que emplean el lenguaje o los medios de las ideologías contemporáneas.

He aquí por qué es inútil y ridículo pedirnos justificación y compromiso. Comprometidos, lo estamos; aunque involuntariamente. Y para terminar, no es que la lucha haga de nosotros artistas, sino que el arte nos obliga a ser militantes. Por su función misma, el artista es el testigo de la libertad y es ésta una justificación que suele pagar cara. Por su función misma está metido en la espesura más inextricable de la historia, allí donde se sofoca la propia carne del hombre. Siendo el mundo lo que es, estamos comprometidos con él, mal que nos pese, y somos por naturaleza enemigos de los ídolos abstractos que en él hoy triunfan, sean nacionales o partidarios. No en nombre de la moral y de la virtud. Como se intenta hacer creer por un engaño suplementario. No somos virtuosos. Y viendo el aspecto antropométrico que toma la virtud en nuestros reformadores, no hay por qué lamentarse. Es en nombre de la pasión del hombre, por lo que hay de único en él que rechazamos siempre esas empresas que se cubren con lo que hay de más miserable de la razón.

Pero esto determina, al mismo tiempo, nuestra solidaridad para con todos. Porque tenemos que defender el derecho de cada uno a la soledad, jamás seremos solitarios. Estamos apremiados, no podemos trabajar solos. Tolstoi pudo escribir, sobre una guerra que no había hecho, la más grande novela de todas las literaturas. Nuestras guerras no nos dejan tiempo para escribir sobre ninguna otra cosa que esas guerras mismas, y al mismo tiempo, matan a Péguy y a miles de jóvenes poetas. Por esto me parece que, más allá de nuestras diferencias, que pueden ser grandes, la reunión de esta noche tiene sentido. Más allá de las fronteras, a veces sin saberlo, ustedes trabajan juntos en los mil rostros de una misma obra que se levantará frente a la creación totalitaria. Todos juntos, sí, y con ustedes los miles de hombres que tratan de erigir las formas silenciosas de sus creaciones en el túmulo de las ciudades. Y con ustedes, los que no están aquí, pero que por la fuerza de las circunstancias se nos unirán un día. Y también aquellos otros que creen poder trabajar para la ideología totalitaria por los medios de su arte, en tanto que en el seno mismo de su obra la pujanza del arte destruye la propaganda, reivindica la unidad de la que ellos son los verdaderos servidores y los señala, forzosamente, a nuestra fraternidad, al mismo tiempo que desconfía de los que, provisionalmente, los emplea.

Los verdaderos artistas no son buenos vencedores políticos, pues son incapaces de aceptar - ¡ah! Yo lo sé bien- la muerte del adversario. Están de parte de la vida, no de la muerte. Son los testigos de la carne, no de la ley. Por su vocación, están condenados a la comprensión de lo que les es enemigo. Esto no significa, por el contrario, que sean incapaces de juzgar el bien y el mal. Pero, ante el peor criminal, su aptitud para vivir la vida de otros les permite reconocer la constante justificación de los hombres: el dolor. Es esto lo que siempre nos impedirá pronunciar el veredicto absoluto y, en consecuencia, ratificar el castigo absoluto. En este mundo nuestro de la condena a muerte, los artistas testimonian a favor de lo que en el hombre rehúsa morir. ¡Enemigos de nadie, excepto de los verdugos! Y es esto lo que los señalará siempre, eternos girondinos, a las amenazas y a los golpes de nuestros jacobinos de magas de lustrina. Después de todo, esta mala posición, por su misma incomodidad, constituye su grandeza. Llegará el día en que todos lo reconocerán y, respetuosos de nuestras diferencias, los más valiosos de nosotros dejarán entonces de desgarrarse como lo hacen. Reconocerán que su vocación más honda es defender hasta sus últimas consecuencias el derecho de sus adversarios a no ser de su opinión. Proclamarán, de acuerdo con su condición, que es mejor equivocarse sin matar a nadie y dejarlo hablar a los demás que tener razón en medio del silencio y los cadáveres. Intentarán demostrar que si las revoluciones pueden triunfar por la violencia, ellos no pueden mantenerse sin el diálogo. Y sabrán entonces que esta singular vocación les crea las más perturbadora de las fraternidades, la de los combates dudosos y de las grandezas amenazadas, la que a través de todas las épocas de la inteligencia no dejó jamás de luchar para afirmar en su contra las abstracciones de la historia lo que rebasa a toda historia: la carne, sea sufrimiento,

sea dichosa. Toda la Europa de hoy, erguida en su soberbia, les grita que esta empresa es irrisoria y vana. Pero todos nosotros estamos en el mundo para demostrar lo contrario.